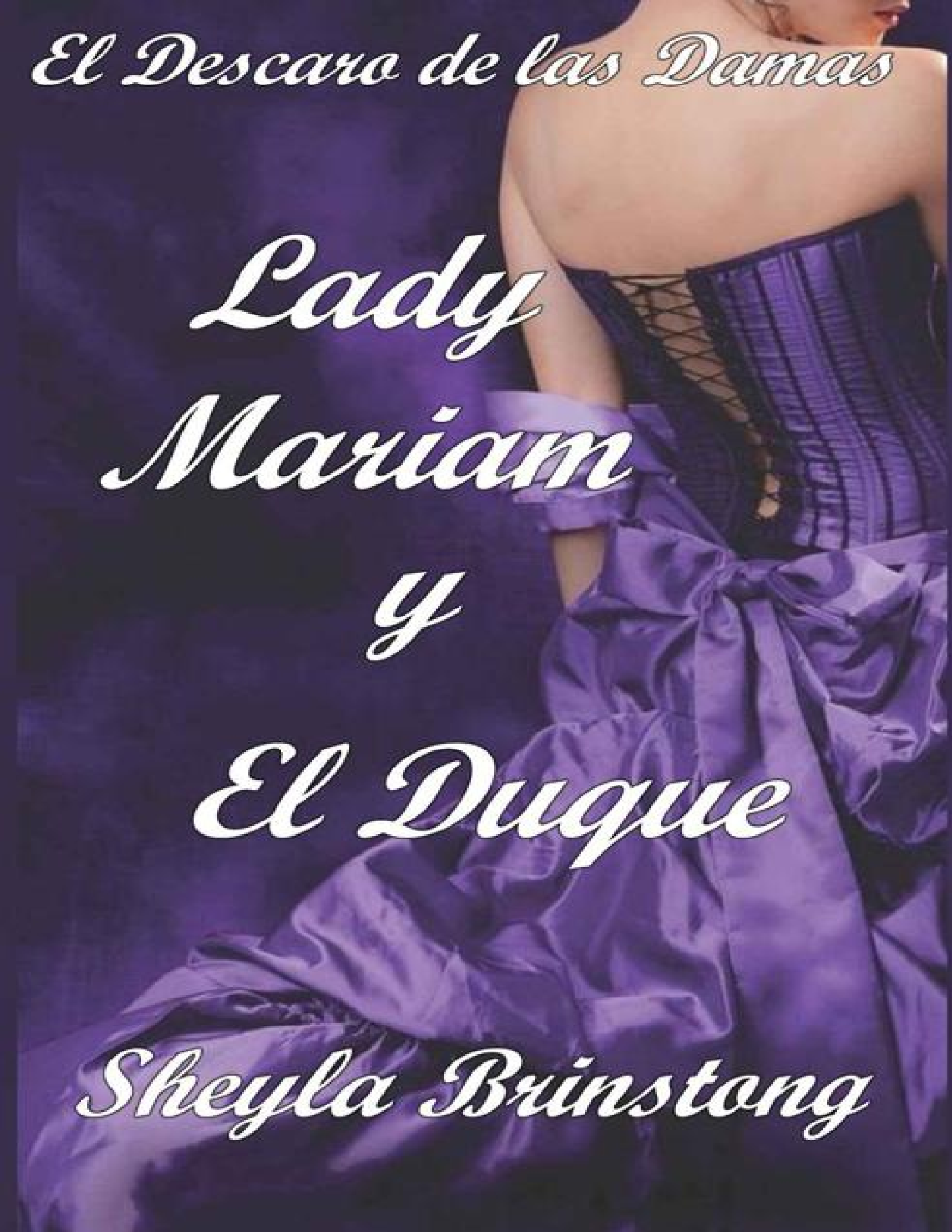




*El Descaro de las Damas*

*Lady  
Mariam*

*y*

*El Duque*

*Sheyla Brinstang*

*Sheyla Brinstong*

**Lady Mariam  
y  
el Duque**

El Descaro de las Damas V

## Argumento:

Lady Mariam nunca imaginó que se casaría con un hombre tan despreciable como el Conde de Leinster.

Ella era la preferida en los salones de baile, siempre rodeada de grandes pretendientes donde elegir.

El Duque de Alister, se declaró precipitadamente a su Dama, pero ella decidió casarse con otro, durante su ausencia.

Por lo que ahora, se veía obligado a buscar entre las debutantes, quién fuera su Duquesa.

Pero un giro del destino volvió a hacer que sus caminos se cruzasen.

¿Podrían dejar el pasado atrás?

¿O sería demasiado devastador para ambos?

Serie: El Descaro de las Damas V

Lady Mariam y el Duque

Sheyla Brinstong

All rights reserved **ISBN:** 9798366150651

Kindle Direct Publishing

Paperback edición 2024

# Prólogo

Por fin había terminado, era todo lo que podía pensar la afligida viuda mientras veía enterrar a su esposo.

Aún no podía creérselo, tan solo al amanecer del día anterior, había tenido que ejercer sus deberes como esposa en el lecho, antes de que saliera en esa bendita cacería, donde lo encontró la muerte al caerse del caballo.

Habían sido casi ocho meses de infierno, pero al fin era libre de nuevo.

Podría volver a casa con sus seres queridos y olvidar, al menos intentarlo junto a ellos.

Ellos la ayudarían a lidiar con los demonios que habitaban sus pesadillas, mientras se recuperaba de las heridas.

Nunca volvería a ser aquella jovencita feliz y despreocupada, que se paseaba por los salones de Londres durante la temporada, pero encontraría la manera de seguir viviendo, respirando cada día y dándole gracias a Dios porque todo hubiera acabado.

En su casa, con sus hermosos campos y rodeada de las personas que más quería, podría hacerlo.

Cómo los había echado de menos, que falta la había hecho durante esos malditos meses de cautiverio, sometida a la voluntad de su malvado señor, quien no dudaba en agredirla si se atrevía a negarse a sus deseos.

Noto un ligero toque de alguien en su brazo y se dio cuenta de que todo había acabado, la gente comenzaba a caminar hacia la casa, donde se habían preparado unos refrigerios en su honor.

Se unió a la comitiva en silencio, para todos ellos era la desconsolada viuda del Conde de Leinster, solo tenía que interpretar ese papel un poco más y recuperaría su libertad de nuevo, se dijo, caminando estoica tras ellos, solo unas horas más, pensó dándose ánimos con solo anticipar en lo que la esperaba al día siguiente en el puerto.

Mariam se levantó tarde aquella mañana, era la primera vez que había dormido de verdad, desde que llegaron a aquella maldita isla perdida de la mano de Dios, pensó, desperezándose aún en la cama.

Saber que su esposo no cruzaría esa puerta en cualquier momento de la noche, para forzarla, había tenido mucho que ver, estaba segura de ello, pero ahora había llegado el momento de levantarse.

Tenía mucho que hacer si deseaba coger el barco que partía hacia Inglaterra al anochecer,

y no tenía ninguna intención de perderlo, se dijo, saliendo de la cama rumbo a su vestidor.

Minutos más tarde descendía por las escaleras, dispuesta a disfrutar de un buen desayuno antes de comenzar su día.

—Buenos días, Lady Leinster — la saludo su mayordomo nada más alcanzar el vestíbulo —la Condesa Viuda la espera en la salita dorada lo antes posible —la informó.

—Buenos días —le respondió arrugando el ceño con fastidio al oírle —iré a verla en cuanto acabe de desayunar —le dijo, retomando su camino hacia el comedor.

—Mandaré que la lleven una bandeja a la salita, milady —sugirió veladamente no dándole otra opción —la acompañaré hasta allí.

Mariam miró la rígida espalda de su mayordomo con fastidio, no veía la hora en que pudiera salir de allí y perderlos de vista de una vez por todas, pensó, siguiéndole por los pasillos hacia la parte trasera del castillo.

—Condesa —saludo a su suegra que se encontraba de espaldas observando los jardines, desde el gran ventanal que dominaba la estancia —me habéis mandado a buscar.

—Hace horas de eso, espero que tengas una buena excusa para ignorar mis demandas — la reprocho airada, volviéndose hacia ella.

Mariam abrió la boca dispuesta a contestarla, pero no tuvo oportunidad antes de que continuara hablando.

—El Conde, nuestro nuevo amo y señor, desea que os reunáis con él en la residencia familiar lo antes posible —dijo, blandiendo en el aire la misiva que había llegado esa misma mañana —ya he dado orden de que lo preparen todo para nuestro viaje, partiremos esta misma noche hacia Inglaterra.

Mariam se puso rígida al oírla, la cabeza empezó a darla vueltas, iba a desmayarse, pensó asiéndose con fuerza al respaldo de la silla más cercana.

No, no, no, eso no podía estar pasando, su cuñado era aún más ruin y malvado que su marido, seguro que no deseaba nada bueno de ella.

—Como heredero del condado y de todas las posesiones de mi querido hijo, Dios lo tenga en su gloria —continuaba diciendo la Condesa Viuda.

¿En su gloria?, en el peor de los infiernos, es donde debería estar ese desgraciado, mal nacido, si es que existía justicia divina, algo que dudaba muy seriamente después de esos meses de pesadilla.

Iba a replicar a su adorada madre, pero lo pensó mejor y se centró en lo que estaba diciendo esa bruja arpía, tan malvada o más que cualquiera de sus hijos.

—Como es tradición, ninguna Condesa Viuda de Leinster vuelve a casarse, por muy joven que sea cuando su esposo la dejó.

Mariam estuvo de acuerdo con eso, no tenía intención de volver a confiar su vida, su futuro en ningún otro esposo, en lo que la quedara de vida.

Ni tenía necesidad de ello, Halfted no la obligaría a nada por el estilo y la protegería con su apellido, pensó sin tener ninguna duda al respecto.

—Vuestro nuevo amo sabe que al ser tan joven tenéis necesidades que solo un hombre

puede calmar en el lecho, por lo que os reclama a su lado para poderse ocupar personalmente de atenderos —concluyo, volviéndose de nuevo a contemplar el jardín, incapaz de mirarla.

Sabía muy bien a lo que su hijo se refería y lo que pensaba hacer con ella, pensó, la Condesa Viuda.

No es que no pensara que debía seguir siendo castigada por lo que el asesino de su hermano le había hecho a su amada hija, arrebatándola de su lado a tan temprana edad, pero prefería no ser testigo de ello, si podía evitarlo.

A pesar de susurrarle a sus verdugos nuevos métodos con los que seguir convirtiendo su vida en un infierno, el resto de sus días.

—Yo misma, junto con el ama de llaves y nuestro mayordomo os llevaremos de regreso a Inglaterra para entregaros a mi hijo, a quien debéis servir como vuestro amo y señor —concluyo, apartándose de la ventana y saliendo de la sala —partiremos esta misma noche —la comunico ya desde el pasillo sin volverse a mirarla.

Mariam no supo cuanto tiempo estuvo allí de pie, aferrada a aquella silla, rígida, paralizada, sin sentir nada, incapaz de moverse, ni de pensar.

Las campanadas de algún reloj lejano anunciando el mediodía consiguieron sacarla del estado en el que se encontraba.

No podía permitir que algo así sucediera, había cumplido su parte del trato, se había casado con él y se había alejado de su familia y seres queridos por completo, tal y como deseaba.

A cambio, él, la había entregado los informes médicos sobre su hermana, anteriores a aquella noche, donde se diagnosticaba que era aquejada por la locura, así como la carta para el médico de Londres que la trataría su dolencia.

Además, de varios informes policiales de otros dos incidentes parecidos ocurridos con anterioridad y los de esa misma noche.

Todo eso exoneraría a su hermano de cualquier acusación de asesinato que la familia Leinster quisiera presentar ante la corte.

Ahora que su esposo había fallecido, no tenía por qué seguir sometida a sus caprichos, pensó decidida, encontraría la manera de librarse de ellos y regresar a casa, tal y como, deseaba, aunque no tenía mucho tiempo para ello, el barco zarpaba esa misma noche y atracarían pasado mañana a primera hora de la tarde en suelo inglés.

Ese era todo el tiempo con el que contaba para encontrar la manera de salir de esta y regresar con los suyos.

Una vez que desembarcaran y tomaran los carruajes para continuar hasta Leinster, sus oportunidades se reducirían, por lo que debía contar con un plan de huida antes de que eso ocurriera, forzándose a ponerse en movimiento e ir a prepararse para el viaje.

Nunca llegaría a Leinster, prefería acabar ella misma con su vida que entregarse a su nuevo amo y señor, como su concubina.

Sintió las náuseas, subir por su garganta y se obligó a tragárselas mientras se apresuraba por las escaleras rumbo a sus aposentos, había mucho por hacer en muy poco tiempo, se recordó a sí misma.

# Capítulo 1

Alister apenas llevaba un par de semanas en Glasgow cuando recibió el aviso de que debía viajar con urgencia a su fortaleza en Halkrik, la cual había sido confiscada por un grupo de personas que vivían en su interior. Según las autoridades locales de Thurson, quienes le habían escrito, para consultarle como debían proceder y si debían desalojarlos según sus deseos.

Alister arrugo el ceño frustrado, eso daba al traste con sus planes de viajar a Edimburgo durante el verano, con la esperanza de conocer a alguna Dama, entre la sociedad que se daba cita en la ciudad durante esas fechas, a quien convertir en su esposa.

Se estaba haciendo mayor, pronto cumpliría los treinta y debía cumplir con su deber de engendrar un heredero para su clan y su ducado.

Aunque su intención había sido siempre cederle los derechos a Dudley, el verdadero heredero de todo, ya que era el mayor de los dos hijos varones de sus padres, tuvo la desgracia de nacer antes de que pudieran casarse, lo cual lo convirtió en un bastardo fuera de la línea de sucesión.

Había pasado gran parte de su vida adulta, intentando devolverle lo que por derecho le pertenecía, o al menos a su descendencia, pero las leyes eran muy estrictas en esos temas y no había nada que se pudiera hacer al respecto.

Por lo que se veía en la necesidad de tomar esposa y pronto.

Tras la pérdida de Lady Mariam, a quien consideraba la Dama más adecuada, por su valentía y tesón, no había encontrado a nadie más, todas las mujeres que había conocido en las últimas dos Temporadas en Londres, terminaban siendo comparadas con ella y descartadas inmediatamente.

Ninguna era como su Mariam y dudaba muy seriamente que alguna más le convenciera, pero debía dejar de pensar en ella y elegir entre las jóvenes casaderas, de una vez por todas, se regañó a sí mismo por enésima vez.

Sacudió la cabeza para alejarla de su mente y salió de su estudio en busca de Dudley, para informarle de lo que pasaba en Halkrik y que debía partir hacia allí inmediatamente.

—¿Y qué vas a hacer una vez llegues? —le pregunto Dudley, confuso con las noticias —, ¿los desalojarás?

—Esa es la idea, la fortaleza fue cerrada y abandonada por todos los horrores que se cometieron en su interior, no tengo ninguna intención de que vuelva a ser habitada.

—Conozco la historia —le aseguro, entendiendo perfectamente sus motivos —, pero no

sabes las circunstancias de sus moradores actuales. Ten en cuenta que la hambruna ha golpeado con fuerza esa parte del país en especial.

—Si ese es el motivo, me ocuparé personalmente, de reubicarlos lo mejor posible dentro de mis tierras —se comprometió con él —, pero fuera de la fortaleza.

—Está bien, esa sería una buena solución —concordó con sus planes —¿cuándo partirás?

—En cuanto me sea posible organizarlo todo, quiero acabar con esto de una vez por todas y ver si aún puedo pasarme por Edimburgo al menos un par de semanas —le confesó.

—Ya veo que aún sigues empeñado en conseguir esposa este año.

—Sí, cuanto antes la encuentre, antes podre volver a mis inventos y dejar de fingir ser un hombre sociable, en todos los eventos a los que asisto.

—Pobrecito, que calvario debe de ser aceptar las invitaciones de tus pares para asistir a sus fiestas —se burló, Dudley, sabiendo como lo odiaba.

—Uf —bufó desde la puerta sin volverse a mirarlo, mientras abandonaba la estancia para ir en busca de su ayuda de cámara y secretario.

Tenía un viaje que planear e iba a necesitar de sus servicios.

Había tardado casi una semana en poder ponerse en marcha hacia las Tierras Altas, cuna del clan MacFarlan, sus raíces escocesas y Laird del mismo, aunque no viajaba allí desde que era un adolescente.

Si no recordaba mal, había sido con su abuelo MacFarlan, con quien había viajado para ser presentado al clan como su heredero, pero nunca llegó a serlo en realidad.

Su padre, el Duque de Alister, adoptó las costumbres inglesas tras heredar el título y se olvidó de su gente en las Tierras Altas, aunque en realidad era medio inglés, un noble de la frontera, por lo que nadie se sorprendió cuando los dejó a su suerte.

Su madre sí que era una auténtica MacFarlan, pero no tuvo mucha opción ante los designios de su marido, tampoco es que opusiera mucha resistencia, era feliz codeándose entre la nobleza inglesa durante la Temporada en Londres.

Por lo que él y Dudley fueron educados como auténticos caballeros ingleses y enviados a Eton y Oxford, en lugar de a Edimburgo, cuando tuvieron edad para ello.

Si no hubiera sido por su abuelo, no sabrían nada de sus raíces escocesas, pensó, recordando las historias que le contaba mientras viajaban por esos mismos caminos tantos años atrás.

Alister sabía que su abuelo había nombrado a George MacFarlan como su sucesor, aunque no pudo nombrarlo como Laird, tal y como era su deseo.

George era un buen hombre que velaba por su clan, aunque no lo había visto desde que ambos eran unos críos sí que mantenían contacto constante, para mantenerse al día por si surgía algún problema que requiriera su intervención, como ahora, pensó, fijando la vista en el horizonte desde la montura de su caballo.

Pronto anoecería, sería mejor que regresara junto al carruaje y buscar un lugar donde pasar la noche, aún tardarían cinco días más en llegar a Thurson, lugar a donde se dirigían, antes de ir a Halkrik.

Quería hablar con las autoridades y ver que habían podido averiguar antes de dirigirse a la fortaleza.

Alister observaba el próspero pueblo en que se había convertido la aldea de los MacFarlan durante su ausencia, desde la loma de un cerro cercano, siete días después de iniciar su viaje.

George MacFarlan había sabido llevar a su clan muy sabiamente hacia la prosperidad.

El centro de la ciudad se veía activo y lleno de vida, desde allí, podía distinguir al menos tres tabernas, una posada a la entrada norte de la ciudad, y numerosos comercios alineados en lo que suponía era la calle principal.

Así como diversos almacenes desde donde se distribuían los productos, supuso que serían, por las estructuras de los edificios.

A las afueras se podían observar las granjas, grandes extensiones de terrenos y las casas bien construidas, en perfecto estado, donde vivían quienes las regentaban.

Sintió un deseo intenso de acercarse para ver si habían adaptado sus inventos a la agricultura local y ese era el motivo por el que se las veía tan prósperas y fértiles, pero eso tendría que esperar.

Fijo la vista en la muralla de más de tres metros que rodeaba la fortaleza, la cual había sido mantenida en buen estado, aislando los horrores que se ocultaban tras sus muros.

Desde donde estaba, no pudo notar nada extraño, que delatara que volvía a estar habitada en contra de sus deseos, observo frustrado, dando media vuelta a su caballo.

Era hora de volver a Thurson para regresar como su Laird en compañía de su secretario, debía encontrarse con George MacFarlan y ser presentado a su pueblo, pensó, resignado a cumplir con su deber hacia ellos.

Aunque nunca los había abandonado, siempre había velado por su bienestar en la distancia, no había sido un Laird presente para ellos, tampoco es que creyera que le hubieran echado mucho de menos, viendo como les había ido sin él.

## Capítulo 2

Como dos horas después, Alister, entraba en el poblado, vestido con su tartán, luciendo los colores del clan y el broche que le distinguía como Laird, prendido sobre su pecho, levantando miradas de curiosidad allí por donde pasaba.

—Encontraremos a George en la taberna más cercana a la plaza —le aseguro, Alister a su secretario intentando mantenerse ajeno al interés que despertaban.

Nunca le había gustado llamar la atención sobre su persona, prefería ser uno más y pasar desapercibido, pero estaba allí como dueño y señor de la fortaleza y debía ser reconocido por todos como tal, si quería ejercer su autoridad, para devolverle al lugar la soledad que deseaba.

Todo sería más fácil si le aceptaban como tal y le obedecían cuando les ordenase que se marcharan, no deseaba tener que recurrir a las autoridades locales, eso solo generaría una violencia innecesaria, que no deseaba impartir.

—¿Y si os equivocáis y no está allí, excelencia? —le pregunto su secretario, dudoso, cabalgando a su lado.

—Entonces preguntaremos al tabernero donde podremos encontrarlo, pero no antes de poder disfrutar una buena jarra de aguamiel, como solo los MacFarlan saben hacerla —le informo de cuáles eran sus planes —, o al menos eso es lo que decía mi abuelo y mi padre sobre ella —le aclaro —, aunque la verdad es que yo nunca he tenido el honor de saborearla.

Pierson ahogo una risa al escucharle, mientras se bajaba del caballo, junto a los establos de la posada, para continuar caminando hasta la taberna.

George MacFarlan se atragantó con su aguamiel, al escuchar al recién llegado a la taberna, donde se encontraba, anunciando que su Laird venía hacia allí.

Alister no se presentaría en el pueblo sin avisarle, pensó, recuperándose de la impresión, ese hombre debía de estar confundido, él no había vuelto por allí desde que su abuelo falleció y su padre ordeno cerrar la fortaleza a cal y canto.

Aun así se puso de pie, dispuesto a salir a la calle para comprobarlo, justo cuando la puerta se abrió y quedo frente a frente, mirando directamente a la cara al Duque de Alister, Laird de los MacFarlan.

—Excelencia —logro balbucear, tras unos minutos de incertidumbre, donde todos les observaban en silencio.

—MacFarlan —le saludo a su vez — que tal si nos dejamos de formalidades y me invitas de una vez a esa jarra de aguamiel que tantas veces me has prometido —dijo con jovialidad,

tratando de romper el hielo entre ellos.

Habían pasado muchos años desde que no se veían, ya no eran aquellos chiquillos que jugaban entre el brezo, se habían convertido en dos hombres desconocidos, que no sabían muy bien que esperar el uno del otro.

—Así que al final te has decidido a venir a probarlas de una vez por todas.

—Ya que estoy aquí, sería una tontería no hacerlo.

Ambos caminaron en silencio hacia una mesa vacía en un rincón, lo más alejada posible del resto de los comensales que los miraban con recelo.

Todos se preguntaban a qué había venido, si nunca se había interesado por ellos y en que les afectaría.

La actitud de George frente a él, no considerándolo una amenaza, les tranquilizaba, pero aun así recelaban de sus intenciones.

—Bien, ¿qué haces aquí, exactamente? —pregunto, George, una vez que el tabernero se había retirado, tras servirles —y no me digas que solo has venido a compartir una jarra conmigo.

—Nunca insultaría de esa manera tu intelecto —le confesó, sacando la carta que las autoridades le habían enviado y entregándosela para que la leyera.

George la tomo y la leyó en silencio, antes de levantar de nuevo la mirada, para fijarla en sus ojos.

—Ya veo, tarde o temprano tenía que ocurrir —comento enigmático —aunque me sorprende, que hayamos podido guardar el secreto durante tanto tiempo.

—Así que es cierto —dijo, sintiendo como la ira lo dominaba — creía que lo había dejado bien claro desde el principio. Nunca pensé que me traicionaras de esa manera.

—En realidad se han cumplido tus deseos —le contradijo sin inmutarse por sus palabras, llevaba mucho tiempo esperando esa conversación y tenía muy claro como debía abordarla — será mejor que lo veas por ti mismo.

Alister le imito, apurando su jarra de un trago, antes de ir tras él.

—¿A dónde vamos? —le pregunto al ver que no iban hacia la fortaleza, tal y como él esperaba.

—A buscar a Roxanne, solo las mujeres del clan pueden traspasar sus muros y no todas —le respondió enigmático —, esperemos que no se niegue a que tú lo hagas.

Alister se erizó al oírle, por qué iba a negarse, aquellas eran sus tierras y la fortaleza su casa, nadie podía impedirle que entrara.

Encontraron a Roxanne en el jardín posterior de su casa, a las afueras del pueblo, trabajando en el huerto. La cual se sorprendió mucho al verle y comenzó a hablar con su hermano en un tono casi histérico.

—Os recuerdo que hablo perfectamente el gaélico —les recordó, al ver como parecían haberlo olvidado.

Ambos se volvieron hacia él, sorprendidos y un poco avergonzados, por lo que había podido oír mientras discutían.

—No soy el enemigo, solo he venido a ver lo que está ocurriendo, además de a cerrar la fortaleza de nuevo, tal y como mi padre deseaba —les informo, armándose de paciencia.

—Será mejor que se lo muestres —dijo, George, convencido de que esa era la mejor opción —lo haría yo mismo, si no fuera porque eso violaría la norma que tenemos establecida, dando pie a otros hombres para hacerlo.

—Y no queremos eso —termino Roxanne por él —nos ha costado mucho llegar hasta aquí, como para perderlo todo por algo así.

—Exacto.

—Está bien, lo llevaré allí —claudico, Roxanne contra su voluntad, pero sabiendo que no podía hacer nada más, frente a él —solo espero que sea tan buena persona como tú siempre has asegurado, no decida acabar con todo —comento caminando hacia la puerta principal.

—Esperemos.

Alister le miro confuso y lleno de preguntas, a qué venía todo eso, que narices estaba pasando tras esos muros, pensó, fijando la mirada en la alta muralla.

—Regresa a la posada, donde hemos dejado los caballos, hasta mi regreso —le ordeno a su secretario, quien le esperaba junto a la puerta, fuera de la vivienda.

—Me ofrecería a acompañaros, pero debo hablar con mis vecinos y tratar de calmar sus temores, ante la inesperada llegada de su Laird —se disculpó, George, por no ser más hospitalario.

—Estaré bien, no os preocupéis por mí —le aseguro, con la mirada clavada en la espalda del Duque, quien se alejaba con aquella mujer, hacia las murallas que dominaban el valle.

Alister observo como Roxanne metía una vieja llave de hierro oxidada en una de las pocas pequeñas puertas que existían, a lo largo de la muralla.

Si no recordaba mal, solo eran dos, una daba al norte y otra al sur, las cuales eran las únicas entradas aparte del portón principal.

—Por favor, manteneos junto a mí e intentar no alarmarlos más de lo que vuestra presencia, representa para ellos —le pidió, Roxanne, entrando en el recinto.

—No sé a qué os referís —respondió, confuso viendo como se volvía, para cerrar la puerta con llave.

—Ya lo entenderéis, —le aseguro volviéndose hacia él para encabezar la marcha —, os lo explicaré todo cuando salgamos, manteneos junto a mí y démonos prisa, no deseo importunarlos más de lo estrictamente necesario.

—¿Quiénes son toda esta gente? —pregunto, furioso, mirando a su alrededor.

Alister no podía creer lo que estaba viendo, dentro de las murallas parecía haber otra aldea, que el mundo desconocía, las casas, bien alineadas, formaban calles alrededor de una gran plaza, donde según podía ver desde allí, parecía haber un gran comercio y una taberna, aparte de la gran fuente de cuatro caños de la cual se abastecían.

Varios niños dejaron de jugar al verlos y corrieron hacia sus casas, donde les esperaban sus madres, quienes le miraban con una mezcla de curiosidad y temor, pero lo que más le impacto, fue el miedo desgarrador que veía en sus ojos, antes de que entraran al interior y

cerraran todo a cal y canto.

En tan solo unos segundos, no quedo nadie en las calles, todos se habían refugiado en sus casas, dándole un aspecto aterrador a aquella pequeña aldea, que muy pocos conocían.

—Me tienen miedo —afirmo, asombrado de ello.

Roxanne se volvió a mirarle, por encima del hombro, sin detenerse.

—No sois más que un extraño, que no debería estar aquí, para ellos.

—Pero ...

—Ya hemos llegado —afirmo, parándose ante la entrada principal de la gran construcción de piedra, donde todo había ocurrido —como podéis ver, nadie ha traspasado estas puertas desde que vuestro padre las cerró —dijo, señalando las plantas de espino que casi las ocultaban por completo —, daremos la vuelta a la construcción, para que podáis comprobar, que ninguna de ellas ha sido abierta, ni quebrantado vuestros deseos.

Roxanne se giró y comenzó a guiarle alrededor del perímetro de la vieja fortaleza, esquivando las enredaderas de espino que vivían salvajes a su alrededor.

—Tan solo el patio y los terrenos han sido ocupados —continuo hablando teniendo cuidado en donde pisaba —tampoco ninguna de las otras edificaciones están siendo utilizadas.

Alister observaba todo a su alrededor sin saber muy bien que decir, aunque era cierto que no habían quebrantado los deseos de su padre, ni los suyos, el hecho de que hubiera una aldea en el interior de la muralla no era lo que ninguno de los dos había planeado, para la fortaleza.

Su intención era que nadie traspasara las puertas de aquella maldita muralla, donde tantos hombres habían sido torturados, hasta la muerte, por orden de sus familiares, quienes supuestamente, debían protegerlos, solo por ser diferentes.

—Esto no es lo que ordenamos —replico muy serio —nadie debía traspasar esos muros —añadió señalando la muralla.

—Y todos estarían muertos si no lo hubieran hecho, incluso yo.

Alister se paró en seco y se volvió hacia la voz que había escuchado tantas veces en sus sueños, desde que la vio por última vez.

—Todos los que estamos aquí huimos de nuestros familiares, por un motivo u otro, ellas de sus esposos, ellos por ser diferentes, pero todos encontramos un lugar seguro, tras estos muros, donde vivir en paz y olvidar los horrores a los que hemos sido sometidos —continuo con la voz firme —, sé que sois un buen hombre que no les daréis la espalda, ni nos obligaréis a volver al sitio del que huimos.

Alister la observaba en silencio, estaba demacrada, prácticamente en los huesos y la luz de sus ojos había desaparecido, ahora estaban vacíos, sin sentimientos.

Ya había perdido la esperanza de volver a verla y mucho menos en aquellas circunstancias.

—Lady Mariam —logro pronunciar su nombre e inclinar la cabeza a modo de saludo —, vos no podéis estar huyendo de Halfted.

—Lady Leinster, Condesa viuda de Leinster, excelencia —le corrigió —aunque todos aquí me conocen como Mariam, los títulos y la alcurnia carecen de importancia en estos lares,

nadie los utiliza por temor a ser descubiertos.

—¿Os encontráis bien? —consiguió preguntar, al darse cuenta de su avanzado estado de gestación.

—Tengo todo lo que necesito y ambos seremos bien atendidos, cuando llegue el momento —le aseguro, apoyando la mano en su vientre.

Roxanne se movió apenas unos centímetros, lo que llamo la atención del Duque, sobre ella.

—Tenemos que hablar —afirmo categórico —, pero no aquí, en medio del camino, donde cualquiera pueda oírnos.

—Estoy de acuerdo, solo que hay un problema, yo no puedo salir sin exponerme y vos no debéis estar aquí.

—Estas son mis tierras, nadie puede prohibirme estar en ellas —contesto, furioso.

—Por el bien de todos, debéis marcharos y no volver más —insistió al ver su determinación a quedarse.

—No antes de saber como habéis acabado aquí, si os negáis a satisfacerme, todos serán expulsados de mis tierras, antes de que anochezca.

Mariam se estremeció al oírle, solo tenía que avisar a las autoridades y cumpliría su amenaza, por desgracia no tenía ninguna duda de que lo haría, al ver la determinación en sus ojos.

Era un hombre bueno, de gran corazón, pero también poderoso, no debían olvidar que habían invadido sus tierras, en contra de sus deseos expresos.

—Quizás haya una manera de solucionar eso y ambos puedan entrevistarse en privado, sin tener que traspasar esas murallas, ni invadir la aldea con vuestra presencia, excelencia —se atrevió, Roxanne, a intervenir al escucharles —permitidme que os lo muestre.

Alister se echó a un lado para permitirle el paso.

—Mariam —la indico que le siguiera y fue tras ella.

Roxanne camino a través de la fortaleza hasta el otro extremo de la muralla.

—Esta casa perteneció a uno de los terratenientes que se negó a vivir bajo el mismo techo donde trabajaba —dijo parándose ante la edificación —,no es gran cosa y por supuesto no es digna de un Duque como vos, pero tiene una puerta que da directamente a la entrada norte de la muralla y otra, trasera, que da al patio de armas donde está la aldea —les explico —, vos podríais entrar sin importunar a nadie y vos —dijo volviéndose hacia la joven —, desde la aldea, lo que les permitirá a ambos entrevistarse en su interior con total privacidad.

Alister se quedó mirando el abandonado edificio, dudando seriamente que fuera mínimamente habitable, tras tantos años de abandono.

—Solo necesita una buena mano de limpieza, un poco de pintura y algunos muebles —le aseguro adivinando sus dudas —, si nos ponemos a ello podría estar lista para mañana por la tarde, como mucho pasado.

Mariam y Alister se miraron dudando seriamente, de que eso fuera posible en tan poco tiempo.

—Si estás dispuesto a esperar hasta entonces, antes de tomar una determinación sobre el futuro de todos nosotros, me reuniré contigo y hablaremos.

—Supongo que no tengo otra opción —refunfuño, contrariado por tener que esperar.

—Entonces vayamos a buscar a George, cuanto antes nos pongamos manos a la obra, antes terminaremos.

Alister se volvió hacia Mariam, no dispuesto a dejarla allí, ahora que la había encontrado, pero sabiendo que no podía hacer nada para evitarlo, no si eso la ponía en peligro de algún modo.

—Entonces os veré mañana —dijo a modo de despedida —, no faltéis a nuestra cita.

—No lo haré, os lo prometo —le aseguro —y gracias, por darnos, al menos, la oportunidad de escucharme.

Alister inclino la cabeza en señal de despedida, pero no dijo nada, prefería no comprometerse mientras no obtuviera las respuestas que necesitaba, para tomar la decisión correcta, sobre todo ese asunto tan desagradable.

Siguió a Roxanne de regreso a la puerta sur en silencio, tenía mucho en lo que pensar y temas muy importantes sobre los que decidir.

Mariam se quedó allí plantada, con la vista fija en su espalda, mientras se alejaba.

De verdad, pensaba que Alister era un buen hombre, que nunca los expondría al peligro que suponía para todos ellos traspasar esos muros, pero aun así sentía una opresión en el pecho, una desconfianza nacida por todo lo vivido desde que conoció a Leinster, sabiendo que la continuidad del refugio, en esos momentos, estaba en sus manos.

Tomo una respiración profunda tratando de acallar sus temores, lo haría lo mejor posible, se prometió a sí misma, pero la decisión final la tomaría él.

## Capítulo 3

Alister camino junto a Roxanne, en silencio, hasta la posada, ya casi era la hora del almuerzo, esperaba que George y Pierson estuvieran allí, cuanto antes acabaran con ese tema y se pusieran manos a la obra mejor.

—Bueno, yo debo dejaros, he de volver para responder a sus preguntas y tratar de calmar sus temores lo mejor que pueda —anuncio, Roxanne, sin llegar a tomar la silla que la ofrecían.

—Un momento, yo también tengo muchas preguntas que necesitan respuestas —replico ofendido ante su huida —, pero entiendo que necesitaremos un lugar mucho más privado, que este para que me aclaréis las cosas.

—Entiendo vuestro malestar, excelencia, pero ellos ...

—Os quiero a los dos —la interrumpió furioso —en la casa, justo en el mismo momento en que se marchen los trabajadores. Y no toleraré ninguna excusa —les advirtió, con cara de pocos amigos, mirándola directamente a los ojos.

—Allí estaré, excelencia —se comprometió con él —ahora si me disculpan —se inclinó en una ligera reverencia, a modo de despedida, antes de darse la vuelta y volver por donde había venido.

De verdad estaba preocupada por ellos, necesitaba volver tras la muralla para comprobar que todo estaba bien y si no era así intentar calmarlos.

Maldito fuera el Duque, por presentarse allí de esa manera, amenazándolos con cerrar el refugio, es qué no se daba cuenta de lo importante que era, para todos ellos ese lugar.

Tomo una rápida respiración para calmarse y acallar así sus temores, tenía que mantenerse firme y entera o no podría ayudarles.

Ojalá, Mariam, al contarle su historia, fuera la que fuera, lograra convencerle de lo crucial que era aquel asentamiento, para todos los que huían tratando de salvar sus vidas y le permitiera continuar con el refugio, para ofrecérselo, a todo el que lo necesitase y fuera digno de ello.

Sacudió la cabeza para sacarse todos esos pensamientos de su mente, cuadro los hombros y se recompuso lo mejor que pudo, luciendo su mejor sonrisa, antes de abrir la puerta y caminar hacia su interior.

—¿Casa?, ¿qué casa? —pregunto, George, sorprendido mientras veía desaparecer a su hermana por la puerta de la posada.

—La casa del terrateniente junto a la puerta norte —le aclaro, Alister, tomando una silla y

acomodándose —Roxanne se ha comprometido a que mañana por la tarde estaría de nuevo habitable —le informo —Pierson y yo nos alojaremos en ella durante nuestra estancia en Halkrik.

—¿Os vais a quedar?, ¿aquí? —le pregunto sorprendido de ello.

—Es eso o mando llamar a las autoridades de Thurson para el desalojo.

—No, no, por favor —le suplico, George, al escucharle —perdonarme, excelencia, solo estoy sorprendido por vuestra decisión. Halkrik no tiene nada que ofreceros a la altura de vuestro estatus social, no estaréis demasiado cómodo en una casa tan inapropiada para vos.

—Me las arreglaré —le aseguro, sin saber muy bien si sentirse ofendido por sus palabras.

—Está bien, haremos lo que podamos, para que sea digna de un Duque inglés.

Pierson vio la mirada asesina en los ojos de su patrón al oírle y dio gracias a la llegada del posadero, para tomarlos nota de sus pedidos.

No le gustaba nada el cariz con el que se estaban volviendo las cosas, ni tampoco entendía que había pasado tras esas paredes, esperaba que su excelencia pudiera informarle pronto, para poder hacer su trabajo lo mejor posible.

—También soy un Laird escocés, el vuestro —siseo entre dientes, indignado, una vez el posadero se hubo retirado —, no vuelvas a olvidarlo.

George sintió como se le secaba la garganta y un escalofrío le recorría de arriba abajo al captar la sutil amenaza en su voz.

Tenía razón, lo había olvidado, algo que no podía volver a suceder o todos los MacFarlan estarían en problemas, se prometió a sí mismo, no volver a cometer semejante error.

—Está bien, comenzaremos esta misma tarde —dijo, George cambiando de tema — reuniré un equipo de trabajadores, mañana al amanecer, enviaré los carros a Thurson a por el mobiliario que necesitamos, con un poco de suerte la casa estará adecentada y lista para habitarla, esa misma tarde.

—Que los carros, se dirijan directamente a la posada donde nos alojamos, para que pueda unirme a ellos.

—Enviar también a algunas mujeres —se atrevió, Pierson, a añadir —, ellas saben mejor que nadie los enseres que necesita una casa, aparte de los muebles.

—Bien visto, Pierson.

—Sí, señor, no lo había pensado —le alabo, George, por su sugerencia.

—Entonces nosotros volveremos a Thurson tras el almuerzo y regresaremos mañana con los carruajes, listos para instalarnos —les informo, Alister, de cuáles eran sus planes.

Justo en ese momento el posadero regreso con las viandas que habían pedido y se dispusieron a dar buena cuenta de ellas, dando por terminado el tema que los ocupaba, mientras bromeaban y se ponían al día, de los acontecimientos más importantes, ocurridos en sus vidas, en los últimos años.

Tras lo cual se despidieron y cada uno fue a ocuparse de sus propios quehaceres.

—Pierson, a partir de ahora, dispondrás de mucho tiempo libre, ya que necesitaré que

desalojes la casa, por privacidad, en muchas ocasiones —le informo de cuáles serían sus obligaciones a partir de mañana, una vez llegaron a la posada de Thurson.

—Sí, excelencia —le contesto confundido.

—No puedo enviarte de vuelta, porque tengo la sensación de que te necesitaré y mucho, tras los primeros días, donde seré informado de todo lo que está ocurriendo —le explico—. Te aconsejo que aproveches bien este tiempo de descanso, algo me dice que lo vas a necesitar.

—Eso haré, excelencia, aunque sí me permitís una sugerencia.

—Claro, qué tenéis en mente.

—No sería mejor que tomara unas habitaciones en la posada, un dormitorio y una salita que utilizaría como estudio y fuera a la casa solo cuando me necesitarais —se atrevió a sugerir.

—Me parece bien, por ahora, como os he dicho, tras unos días, estaremos en mejor posición de hacer planes sobre vuestro alojamiento.

—Entonces, iré a la posada una vez regresemos a Halkrik y ahora, si me disculpáis, iré a prepararlo todo para nuestra partida mañana.

—Ve, yo creo que daré un paseo hasta el río, tengo mucho en lo que pensar.

—Excelencia —se inclinó, en una reverencia, antes de volverse y dejarlo solo en el patio de la posada.

Alister le agradeció su discreción y comenzó a caminar despacio por el sendero, ajeno a las miradas de curiosidad, que los colores de sus ropas, luciéndolas un lord inglés, despertaban entre las personas con las que se cruzaba.

Como le había dicho a Pierson, tenía mucho en lo que pensar, aunque Lady Mariam dominaba su mente, impidiéndole concentrarse en nada más.

Mariam suspiró cuando los vio desaparecer tras la esquina de la gran fortaleza de piedra y se volvió despacio hacia la aldea que aún permanecía desierta.

Todos se habían recluso en sus casas, por miedo a ser reconocidos por el visitante, y que este pudiera alertar de su paradero a sus familiares, o a quienes les buscaban bajo sus órdenes.

Quizás ella también debería haberse escondido dentro de su cabaña, pero no había podido evitar acercarse al reconocer al Duque de Alister, el que pensó sería su esposo.

Antes de que Leinster apareciera y diera al traste con todos sus sueños, poniendo su vida del revés, dando comienzo su tormento, recordó sintiendo el dolor de la humillación y los golpes físicos, como si aún los estuviera recibiendo.

Tenía que tranquilizarse, todo aquello había acabado, se dijo a sí misma, acariciándose el vientre con cariño, ese bebé, su bebé era lo único bueno que había salido de todos aquellos meses de sufrimiento.

Aunque sabía que debería permanecer escondida el resto de su vida, lejos de sus seres queridos, para que ninguno de los Leinster pudiera reclamarla ni a ella ni su bebé, era un sacrificio que estaba dispuesta a hacer, con tal de mantenerlos lejos de aquella malvada familia.

Antes acabaría con su vida y la de su bebé, que caer de nuevo en sus manos, pensó mientras se abrazaba, como podía, la cintura tratando de dejar de temblar.

Al fin, llego hasta su cabaña y entro cerrando la puerta con llave tras ella, dando las gracias mentalmente, porque nadie la hubiera interceptado en su camino, para preguntarla por lo que estaba pasando, aunque sabía que no tardarían mucho en ir a buscarla, llenos de preguntas a las que no podría responder.

En realidad, había sido toda una sorpresa volver a verlo, casi se desmaya al reconocerlo.

Su instinto le había dicho que se acercara, que Alister no suponía ninguna amenaza para ella o su bebé y tras escucharle hablar con Roxanne, sabía que la continuidad del refugio estaba en sus manos.

Tenía que hacer todo lo que pudiera, porque todo siguiera igual, por ella y por todos los que necesitaban aquel lugar, oculto, para seguir viviendo.

Por lo que se alegraba de haberse expuesto ante él, estaba segura de que mantendría su palabra de guardar su secreto, hasta que pudieran hablar en privado y tuviera la oportunidad de explicarle, lo que aquel refugio representaba para todos ellos.

Unos tímidos golpes en la puerta la sacaron de sus cavilaciones, tomo una respiración profunda y dibujo una falsa sonrisa, de confianza, en sus labios antes de abrir.

El momento de enfrentarse a sus vecinos había llegado, trataría de calmarlos lo mejor que pudiera, se prometió a sí misma, abriendo la puerta de par en par, saliendo al exterior, donde impacientes la esperaban.

Podía ver el temor y la angustia en cada uno de sus rostros.

Era hora de devolverles un poco de la paz, que esos mismos rostros la transmitieron cuando llego allí, durante los primeros días.

Sin su apoyo nunca lo hubiera conseguido.

## Capítulo 4

Tal y como tenían previsto, a media tarde del día siguiente, los trabajos se terminaron y todos los trabajadores, tanto de la aldea como del refugio, abandonaron la casa.

Alister les recompensó, generosamente, con algunas monedas por el esfuerzo, antes de que se marcharan.

Al día siguiente una cocinera, que haría las veces de gobernanta, dos doncellas y un mozo, se incorporarían al servicio del Duque, los cuales serían suficientes para atender sus necesidades más básicas, ya que la casa era pequeña y no requería mucha atención, le había asegurado Pierson cuando se lo comentó, si no sería demasiado trabajo para tan pocos empleados.

Él siempre había contado con mucho más personal en sus casas, pero confió en su criterio, al fin y al cabo, él nunca se había encargado de esos menesteres, ni siquiera sabía quién se ocupaba de ello.

—Si no necesita nada más, yo también paso a retirarme, excelencia.

Oyó decir a Pierson, en medio de la nebulosa de pensamientos que le acechaban.

—Está bien, puedes retirarte —le contestó volviéndose hacia él —cuando llegues a la posada, haz el favor de encargarte que nos traigan una cena fría para cuatro personas y algo de beber.

—Diles que la entreguen por la puerta norte, yo mismo saldré a recogerla —se ofreció, George.

—Por supuesto, les deseo que pasen una buena noche —se despidió, antes de marcharse, sabiendo que eso no ocurriría, sería una larga noche para todos.

Alister cabeceó su acuerdo y se volvió hacia Roxanne, quien se había acomodado en uno de los sillones.

Parecía estar muy tensa y expectante, aunque trataba de ocultarlo, las próximas horas serían decisivas para el refugio y estaba muy preocupada por ello.

—Me gustaría que Lady Mariam nos acompañase esta noche, si fueras tan amable de ir a buscarla —la pidió, sabiendo que no podía hacerlo él mismo, como le gustaría.

—Enseguida, excelencia —dijo, levantándose y saliendo por la puerta de la cocina que daba directa al patio de armas.

—Mientras esperamos, nosotros, nos aseguraremos de que todas las ventanas se

encuentran cerradas y no queda nadie más en la casa.

—Me parece una excelente idea —concordó, George, con él —me ocuparé del piso superior.

—Está bien.

Y ambos se dispusieron a comprobar que las ventanas estuvieran bien cerradas, desde el interior y los postigos atrancados.

Todos estaban de acuerdo en que lo que se hablara allí esa noche, no podía ser oído por nadie más, cualquier descuido, podría tener graves consecuencias para los habitantes del refugio, y ninguno de los presentes deseaba correr riesgos.

Roxanne regreso acompañada por Lady Mariam a los pocos minutos, parecía como si esta hubiera estado esperando a que la avisaran de que ya podía entrar en la casa.

—Bien, pues ahora que estamos todos, me gustaría empezar por el principio —dijo, Alistar, acomodándose frente a George en uno de los dos sillones de la estancia, mientras que las damas, compartían el diván, junto a ellos —, ¿cómo empezó todo esto? —pregunto, mirando a Roxanne directamente, algo le decía que ella había sido la propulsora del refugio, y que a su hermano no le había quedado más remedio que asumirlo.

Roxanne trago saliva para aclararse la garganta, que se le había quedado seca de repente al oírle, tomando una larga respiración.

No es que deseara contarle su vida al Duque, menos un tema tan delicado y privado, pero si ese era el precio que debía pagar para contar con su beneplácito, lo pagaría, se dijo, decidida apartando la angustia que sentía por tener que recordar el pasado y exponerse de esa manera ante él.

Alistar espero pacientemente a que estuviera lista para contar su historia, era consciente de que no sería un momento agradable para nadie, el escucharla, y mucho menos para ella.

Odiaba tener que hacerla pasar por eso, pero necesitaba conocer toda la historia, para poder tomar una decisión lo más justa posible para todos.

Muchas vidas dependían de ello.

Tras unos minutos, levanto la cabeza y se sentó muy rígida al borde del asiento.

—Fui entregada a Donald MacGregor en matrimonio —comenzó así a contarles lo ocurrido —, es el cuarto hijo del Laird MacGregor y yo era su segunda esposa —les explico, con la mirada fija en sus manos, entrelazadas, sobre sus rodillas.

—Era un buen hombre, un poco rudo en sus modales y su trato, pero no violento. Su única obsesión, era engendrar hijos varones, para ofrecérselos a su padre.

Eso le estaba resultando más difícil de lo que esperaba, pero era importante que todos entendieran su situación y lo que había motivado lo que ocurrió después.

—Fue un ... matrimonio, hasta que alumbra a su hijo, varón, muerto. Eso lo volvió loco y todo cambio.

Tomo una respiración profunda, tratando de dominar todas las emociones, que esos recuerdos la despertaban.

—El parto tampoco fue bien para mí, por lo que el médico decreto que debía guardar

reposo absoluto, con el fin de que la hemorragia se detuviera cuanto antes, por supuesto las visitas de mi marido a nuestra cama no debían producirse, bajo ninguna circunstancia o no sobreviviría.

Alister la vio tragar saliva con dificultad, podía imaginarse el resto, ya que su situación era la misma, que la de muchas otras mujeres, por desgracia.

Estaba a punto de decirle que no era necesario que les diera los detalles, cuando vio como Mariam, quien parecía haber adivinado sus intenciones, le hacía un gesto para que permaneciera callado, por algún motivo que él desconocía, parecía ser importante que siguiera contándole su historia.

—MacGregor no le escucho y visito mi cama, incluso esa misma noche, en varias ocasiones, cada vez con más violencia. Mi sangrado iba en aumento y nadie parecía ser capaz, de hacerle entender que así nunca engendraría un nuevo hijo, ya que su simiente era expulsada de mi cuerpo por la hemorragia.

George permanecía anclado al sillón, obligándose a sí mismo a no moverse, conocía lo ocurrido y las penurias de su hermana, a manos de ese desalmado, pero nunca había oído los detalles.

Lo cual era una suerte porque le hubiera matado con sus propias manos, aquel día, cuando tuvo la desgracia de volverlo a ver.

—Ni siquiera la advertencia del médico, de que si seguía así, no sobreviviría más de un par de semanas, le freno.

Se quedó callada un par de minutos, recomponiendo la historia, de lo que ocurrió después, en su mente.

—Las palabras del doctor fue lo que me hizo reaccionar, a pesar de mi debilidad, conseguí sacar fuerzas de flaqueza, tome el queso y el pan que encontré en la cocina y salí del torreón, donde me encontraba, con las primeras luces del alba, al día siguiente.

Alister abrió los ojos, sorprendido, una mujer en ese estado, tras semanas de abuso, no debería tener fuerzas ni para ponerse en pie, pero de alguna manera ella lo había conseguido.

La naturaleza humana no dejaba nunca de sorprenderle.

—No sabía a donde iba, solamente me interne en el bosque y camine durante todo el día, al llegar la noche, me refugie en una pequeña cueva y espere a la mañana, para continuar. Dos días después, me topé con una cabaña habitada por una mujer del clan MacGregor que había sido desterrada, acusada de brujería —una débil sonrisa cruzo su cara al recordarlo—. Bajo sus cuidados, cinco semanas después, el sangrado había cesado y me encontraba totalmente recuperada —les explico—. Era hora de continuar mi camino, sabía que todo el clan MacGregor me estaba buscando y hubiera sido totalmente desconsiderado por mi parte, seguir poniendo en peligro, la vida de la única persona, que me había ayudado.

Les dijo, levantando la cabeza por primera vez, para mirarlos, lo peor de su historia ya había pasado y ninguno de ellos parecía juzgarla o reprocharla que hubiera abandonado a su esposo, cuando las cosas se habían puesto difíciles entre ellos.

Dado que su obligación era permanecer a su lado, como su esposa, y aceptar sus designios, aunque eso supusiera la muerte para ella.

Todos en la sala, permanecieron en silencio, esperando que continuara contándoles.

—En ningún momento pensé en dirigirme hacia aquí, sabía que eso pondría en peligro a todo mi clan, pero sobre todo a George, quien no dejaría pasar tan grave ofensa, hacia su propia hermana, pero de algún modo, una tarde apareció ante mis ojos, la puerta norte de la muralla y entre.

Les confesó, aún aturdida sin saber muy bien, como sus pasos la guiaron hacia allí, el primer lugar donde MacGregor, la buscaría para devolverla a su esposo.

—Tarde casi tres meses en darme cuenta, de que alguien había podado la enredadera de espino y estaba usando la puerta norte —intervino, George, llegado a este punto —, cuál no fue mi sorpresa al entrar y ver a un grupo de mujeres cultivando una huerta junto a los viejos establos, entre ellas a mi propia hermana, a quien ya dábamos todos por perdida, salvo su esposo, que seguía buscándola, sin descanso.

George se volvió hacia ella, mirándola con el cariño que albergaba en su corazón, pero a la vez lleno de orgullo, por todo lo que había conseguido con su valentía.

—¿Tres meses?, ¿cómo conseguiste sobrevivir aquí dentro tres meses? —pregunto, Alister, asombrado por su proeza.

Él bien sabía que se necesitaban meses, para que una huerta diera sus frutos y poder abastecer de comida a las personas, que la cuidaban, tras un arduo trabajo.

—Durante mi viaje hasta aquí, me encontré con muchas otras mujeres en mi misma situación, unas se escondían en los bosques y sobrevivían como podían, siempre con el miedo a que las encontraran, otras permanecían junto a sus torturadores al no tener a donde ir. Pero todas y cada una de ellas me ayudaron como pudieron.

Alister la miro a los ojos, empezaba a hacerse una idea de como había surgido el refugio, pero aún tenía muchas preguntas que necesitaban una respuesta, por lo que permaneció callado esperando a que continuara.

—Un día las más cercanas, comenzaron a traerme comida al bosque, la dejaban allí y más tarde yo la recogía —les explico —, también se pasaban, las unas a las otras, la noticia de que había encontrado un lugar seguro donde quedarme. Y así un día sin más, comenzaron a llamar a mi puerta, pidiendo ser acogidas en mi refugio y así poder estar a salvo, de una vez por todas, de quienes las perseguían.

—Y sin darnos apenas cuenta el refugio surgió —aclaró, George —lo cual es una completa ironía del destino. El mayor centro de tortura y muerte de Escocia, se había convertido de la noche a la mañana, en el lugar más seguro donde poder vivir sus vidas en paz, los que antes eran torturados.

Sí que era una ironía, pensó, Alister, además de una gran broma del destino, que debía manejar.

—Nunca entramos en la fortaleza, ni en ninguna de sus edificaciones —aseguro, Roxanne —solo los establos fueron mi primer refugio, hasta que conseguimos montar algunas tiendas de tela.

—Las cuales fueron sustituidas poco a poco por las cabañas actuales, una vez supe de sus habitantes, todo el clan MacFarlan participo en su construcción.

—Así que todo el clan sabe lo que se oculta tras sus murallas —afirmo, Alister, sorprendido de ello, le había dado la impresión de que no era así, por el secretismo que habían mantenido desde su llegada.

—Todos saben del refugio, pero pocos han visto a sus habitantes —le aclaro, George.

—Y cuantos menos los vean mejor, nunca se sabe quién podría decir algo indebido, que los pusiera en peligro —afirmó, Roxanne, categórica, no dispuesta a que eso ocurriera.

—Estoy de acuerdo, la discreción es un seguro de vida para todos —afirmo, Mariam, quien había permanecido en silencio, hasta el momento.

—¿Cuánto hace que el refugio existe? —quiso saber, Alister, lleno de curiosidad.

—Este otoño hará once años que llegue aquí, excelencia.

—Y desde entonces todo el clan está dispuesto a defender este lugar a capa y espada, aunque gracias a Dios, aún no hemos tenido que recurrir a la violencia.

—Me alegro por ello —dijo, Alister, mirando a George a la cara —, aún tengo muchas preguntas y más que irán surgiendo con el tiempo, pero se nos ha hecho muy tarde, así que os propongo retirarnos a descansar y volver a reunirnos de nuevo, para seguir hablando sobre el tema.

—Me parece bien, excelencia, todos necesitamos descansar tras estos dos días frenéticos —dijo, Roxanne, poniéndose en pie e invitando a los demás a que le siguieran.

Alister acompañó a sus invitados a las puertas, antes de subir a su habitación, pronto amanecería, confirmo mirando a través de la ventana.

Habían avanzado mucho y ya casi había tomado una decisión, al respecto del futuro del refugio, pero necesitaba hablar con Mariam, su historia sería decisiva, para inclinar la balanza en una u otra dirección, pensó dejándose caer en la cama, muerto de cansancio.

Mañana la tocaría a ella hablar sobre su experiencia, cómo llegó allí, pero sobre todo, lo que le interesaba, era conocer sus planes de futuro y si podía ayudarla de algún modo.

Esa mujer seguía siendo importante para él y haría lo que fuera necesario por darle luz de nuevo a sus bellos ojos, se prometió a sí mismo, antes de cerrar los ojos y abandonarse al sueño.

## Capítulo 5

Mariam caminaba, cabizbaja, arrastrando los pies hacia su casa, había sido una noche muy larga, se sentía agotada, tanto física, como mentalmente, aunque ella no había contado aún su historia.

Había podido sentir el miedo y el dolor de Roxanne en sus propias carnes, pero sobre todo la desesperación que sentía al no saber a donde ir, ni como protegerse de su vil esposo.

La cual era tan grande que prefería morir deambulando, por aquellos bosques, que seguir sometida a sus deseos.

Ella nunca se había sentido así de desesperada, cuando escapo era porque quería seguir viviendo, a toda costa, pero no bajo el yugo de su torturador.

Tuvo suerte y encontró aquel refugio, donde poder cobijarse a esperar el nacimiento de su bebé, donde podría criarlo en paz y darle una buena vida, pero de no haber sido así, tarde o temprano hubiera recurrido a Halfted o a Emma, en busca de ayuda.

Estaba segura de que ninguno de los dos se hubiera negado a su petición, aunque eso les hubiera puesto en peligro irremediablemente.

Era mejor así, se dijo entrando en la cabaña, yendo directamente a su cuarto, estaba tan cansada, pensó cerrando los ojos, justo antes de caer en un profundo sueño, del cual no despertó hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

Lo primero que vio, nada más bajar, fue que alguien había introducido, una discreta nota, por debajo de su puerta mientras dormía.

Se agachó, como pudo, dado su avanzado estado de gestación, a cogerla para poder leerla.

Era de Alister, el cual la informaba, que la esperaba en su casa, tras el almuerzo.

Mariam no tuvo dudas de que ese día, sería ella a quien la tocaría contar como había llegado hasta allí, se preparó mentalmente, para revivir aquellos meses de horror, junto al que fuera su esposo.

Solo esperaba ser capaz de hacerlo, sin derrumbarse ante sus ojos.

Él siempre la había considerado una mujer fuerte, a la que admiraba por su valentía y no deseaba que cambiara su forma de verla, por algún motivo que no comprendía, eso era muy importante para ella.

Que Alister siguiera admirándola como era, en la mujer en que se había convertido

cuando la conoció, era de vital importancia.

Alister se entretuvo, con un informe de otra de sus propiedades, que su secretario le había traído, esa misma mañana para su supervisión, mientras esperaba la llegada de Lady Mariam, para su entrevista.

Había mandado una nota con Pierson, a Roxanne y George, para informarles de que no era necesaria su presencia esa tarde en la casa.

Lady Mariam se merecía un poco de privacidad, a la hora de elegir con quién compartir su historia y él no estaba dispuesto a quitársela, aunque era necesario que la conociera para poder ayudarla.

Ella no pertenecía a aquel lugar, pero no sabía que podía hacer, para devolverla a su estatus de privilegios, en el que siempre había vivido, sin ponerla en peligro, a ella y a su bebé no nato.

Aunque ya había tomado una decisión sobre el futuro del refugio, el cual contaría con su beneplácito y apoyaría económicamente su supervivencia, mejorando en todo lo posible, la calidad de vida de sus habitantes, no lo comunicaría hasta conocer la historia de Lady Mariam y decidiera que hacer con ella.

Unos discretos golpes en la puerta trasera, le anunciaron su llegada, doblo con cuidado los papeles que había estado examinando, antes de devolverlos a su cartera y se dispuso a esperarla.

—Buenas tardes, excelencia —le saludo con una ligera reverencia.

—Lady Mariam —la correspondió—, me he tomado la libertad de solicitar una bandeja de té y algunas tartaletas por si la apetecen —dijo, señalando el servicio dispuesto en la mesa baja, frente al diván.

—Tenéis suerte de que me guste el té frío.

Alister sintió como se ruborizaba al escucharla, no había pensado en que el té se enfriaría mientras hablaban y mucho menos que eso podría desagradarla.

—Veo que Roxanne y George no han llegado todavía —comento, cambiando de tema, al ver su azoramiento.

—Les he pedido que no nos acompañen esta tarde, en consideración a su privacidad.

En esta ocasión fue Mariam, quien sintió que se acaloraba, ante su consideración por sus sentimientos al tener que desnudar su alma ante dos completos desconocidos, con los que apenas si había cruzado un par de palabras, desde que llevaba allí.

—También han traído una cena fría de la posada por si se nos hacía tan tarde como ayer —comento al ver su alborozo, tratando de distraerla.

—Gracias, os apetece una taza de té, excelencia.

—Por supuesto —la respondió, yendo a ocupar uno de los sillones colocados junto al diván.

Mariam se dispuso a servirle, antes de acomodarse en el diván.

—Por donde deseáis que empiece.

—Por el principio, si no es mucho pedir, tener en cuenta que yo no estaba en Londres cuando todo ocurrió y solo he oído rumores, de como os fugasteis con el Conde de Leinster, para casaros, ante la oposición de vuestro hermano y tutor.

Mariam sintió un escalofrío al oírle mencionar a Halfted, casi estuvo a punto de derrumbarse con solo pensar en su querido hermano, cómo le echaba de menos, pensó con los ojos anegados de lágrimas.

—Me haríais un favor —le pregunto con timidez, temiendo que se negara a complacerla —, cuando vuestra curiosidad haya sido satisfecha, me contaréis que ha sido de él, durante todo este tiempo.

—Por supuesto, podéis contar con ello.

—Gracias.

Mariam tomó una larga respiración, para recomponerse, antes de comenzar a contarle como Leinster se había presentado en Londres, dispuesto a llevar a Halfted ante la justicia y pedir que fuera ejecutado, si no accedía a casarse con él y a alejarse de todos sus seres queridos.

—¿Y le creísteis?, sin hablar antes con vuestro hermano —dijo, Alister, quien había permanecido en silencio, muy atento a sus palabras.

—Hable con Halfted, pero él no les dio ninguna importancia a sus amenazas —le replico, furiosa por su velada acusación —, pero Leinster me enseñó los informes policiales de lo ocurrido esa noche, las declaraciones juradas de los testigos, que lo presenciaron todo. Nada de eso dejaba en buen lugar a mi hermano —le confesó, avergonzada.

—Entiendo, perdonarme por dudar de vos —se disculpó compungido por haberse precipitado, en su juicio, antes de terminar de escucharla.

Algo que no volvería a suceder, se prometió a sí mismo, tomando un buen trago de té, para aclararse la garganta.

—Accedí a sus peticiones a cambio de que cesara en su empeño de castigar a mi hermano, por su delito, y me entregara todas las pruebas que tenía contra él para destruirlas.

—No habréis sido tan tonta como para hacer tal cosa —la pregunto desconcertado.

Siempre la había considerado mucho más inteligente como para hacer algo así.

Mariam le miro furiosa, negándose a contestarle, por pensar que había sido tan estúpida, como para cometer semejante necesidad.

—Más tarde me enteré, durante uno de sus múltiples excesos con la bebida, que eran falsos y que tanto los informes policiales como las declaraciones que se recogieron esa noche, se encontraban en la caja fuerte de su estudio —le confesó, aún enfadada, por lo estúpida que había sido al creerle —fue lo único que traje conmigo, salvo algunos efectos personales y todas las joyas y gemas de las que disponía.

—Chica lista —la felicito por su decisión y buen hacer —puedo preguntar, donde están ahora mismo esos documentos.

—A través de Roxanne, contacté con un bufete de abogados de Thurson, de total confianza, quienes hicieron múltiples copias, avaladas por un notario, ante un juez, antes de enviarlas a Londres, por diversos conductos anónimos, a los abogados de mi hermano,

depositando otras en una caja de seguridad, tanto en Londres como en Edimburgo, así como otras fueron enviadas a ciertos lores y parlamentarios, para su custodia. Mientras que los originales siguen en mi poder.

Alister la miro admirado por la solución tan acertada que había adoptado.

—He de suponer que esos documentos solo verán la luz en el caso de que algún Leinster decida ir a por vuestro hermano.

—Exacto.

—Os felicito.

Mariam sonrió, no sabía por qué su aprobación era tan importante para ella y la hacía tan feliz.

Alister se atragantó con su propia saliva, al ver su sonrisa, tan parecida a la que habitaba en sus sueños, pero consiguió disimularlo, en el último momento, tragando con fuerza.

No sabía como, pero devolvería esa sonrisa a su hermosa cara, costase lo que costase, se prometió a sí mismo, más decidido que nunca, a devolverla al lugar donde pertenecía, de una manera u otra, lo conseguiría.

—Prosigamos —la invito a continuar curioso por saber más.

Mariam se tomó unos minutos, para recomponer sus recuerdos en su mente, antes de complacerle.

—Como ya habréis podido adivinar, mi esposo, resulto ser un vil maltratador a las órdenes de su adorada madre, que solo buscaba venganza por la muerte de su hija. Cualquier Halfted le servía para sus propósitos, sobre todo si estaba vivo y podía verle sufrir con sus propios ojos —puntualizo.

—Ya veo, una gran Dama, la Condesa, llena de rencor y odio.

—Exacto, para tal fin nos instalamos en el castillo, propiedad de la familia, situado en una isla deshabitada, frente a las costas de Irlanda, con personal de la más entera confianza y leal a su señora.

—No quería que nadie supiera lo que pasaba entre los recién casados, siento mucho que tuvierais que pasar por algo así.

—Yo no, fue mi decisión y no me arrepiento de ello.

Alister la miro sorprendido por sus palabras, pero no le quedo ninguna duda de que era totalmente sincera, al ver la determinación en su mirada.

—Si me permitís continuar —le pidió nerviosa con su escrutinio.

—Por supuesto, disculparme —consiguió, balbucear, consciente de su sutil llamada de atención.

—Gracias a Dios, mi esposo encontró la muerte tan solo unos meses después y yo cometí el error de crearme libre de nuevo, para poder volver con los míos —le confesó aún enfadada consigo misma, por ello —. Que estúpida.

—No creo que fuerais nada de eso, sois una joven viuda con todo el derecho a rehacer vuestra vida —la contradijo, Alister, enfadado al verla así de derrotada.

Mariam le miro con una sonrisa sarcástica en el rostro, pero se abstuvo de contestar, sabiendo que el resto de su historia la daría la razón.

—Al día siguiente del entierro de mi esposo, llego una carta del condado de Leinster del nuevo amo y señor, quien residía en la casa familiar, para su madre —dijo en apenas un susurro, decidida a contárselo todo, por muy humillante que fuera—. En ella le pedía, que nos trasladáramos inmediatamente a Leinster, ya que las damas viudas, tan jóvenes, tenían necesidades que solo un hombre podía satisfacer y debía ejercer su deber hacia ella, cuanto antes.

—¿Qué? —grito, Alister, escandalizado, levantándose de un salto, preso de la ira—, maldito, malnacido, sinvergüenza, sin un ápice de honor en sus venas.

—Calmaos, por favor, os lo suplico.

Mariam lo observaba, ir de un lado a otro de la estancia, cerrando y abriendo los puños, con violencia, temerosa de que si continuaba en ese estado, pudiera sufrir una apoplejía.

Alister se paró en seco y se volvió hacia ella.

—Yo nunca os haría daño —la aclaro, al ver su temor reflejado en sus ojos.

Por el amor de Dios, era una mujer que había sufrido toda clase de violencia a manos de un hombre y él había reaccionado con esa misma violencia al oír semejante aberración, no le extrañaba que le mirara aterrorizada, ante su arrebato, esperando que la golpeará con furia.

—Mariam, yo ... —trato de nuevo de hacerla saber, que eso jamás ocurriría.

—Tranquilo, a pesar de vuestro estado, no os tengo miedo —le dijo, tratando de aclarar el malentendido entre ellos—. Sé que nunca me pondríais la mano encima, ni me causaríais ningún daño, por vuestra voluntad.

—Gracias a Dios —suspiro aliviado, dejándose caer de nuevo en el sillón— porque os juró que yo ...

—De no ser así, no estaría sentada con vos, sola en esta casa —continúo cortando su disculpa— mi temor en realidad, es por vuestra salud, al veros tan alterado.

Alister abrió la boca, pero volvió a cerrarla sin emitir sonido alguno, no sabía que decir, estaba preocupada por él, pensó, admirándola aún más de lo que ya lo hacía.

Mariam, espero a que se calmara del todo, antes de continuar.

—Como no estaba dispuesta a caer de nuevo bajo el yugo de ningún Leinster, por el resto de mi vida, trace un plan de huida.

—Y así es como acabasteis aquí.

—No exactamente, eso fue pura suerte y debido a un gran error.

Alister levanto una ceja, sorprendido al escucharla.

—Me disfrace de humilde caballero y abandone el barco con los primeros pasajeros, cuando mis acompañantes quisieron darse cuenta de mi desaparición, yo ya me encontraba embarcada hacia Londonderry desde Galway.

—¿Londonderry?

—No os ríais de mí, por favor —le suplicó—, mi intención era regresar a Inglaterra, junto a mis seres queridos, pero me equivoqué de barco.

—Supongo que las prisas por embarcar, antes de ser descubierta, tuvieron mucho que ver con eso —trato de excusarla.

—Supongo que sí, pero gracias a Dios que ocurrió —le confesó, aliviada por ello—. Durante los tres días que duro la travesía, pude pensar en mi futuro y el aprieto en que pondría a mi familia, ya que sería el primer sitio donde me buscarían, sabía que Halfted no me entregaría de nuevo a ellos, sin luchar hasta la muerte.

—En eso tengo que daros la razón —estuvo de acuerdo con ella— y no os olvidéis de Emma, la cual puede superar al más temido de los caballeros, con creces, si tiene que defender a un ser querido.

Mariam se rio con ganas al imaginar a su querida amiga presentando batalla.

—La echo tanto de menos —susurro, poniéndose seria de nuevo.

—Y ella a vos —fue lo único que pudo decir al respecto.

Mariam sacudió la cabeza, apartando sus recuerdos, para concentrarse en lo que estaba diciendo.

—En ese momento supe que no podía pedirles algo así, bajo ningún concepto —afirmo categórica—. Entonces recordé, que mientras investigábamos sobre como podíamos montar algo así en Halfted. Un refugio para mujeres —le aclaro, al ver la confusión en su rostro—, oímos hablar vagamente de este lugar, así que decidí viajar lo más al norte de Escocia que pudiera, con el fin de encontrarlo, aunque ni siquiera tenía la seguridad de que existiera en realidad.

—Aun así os arriesgasteis viniendo hasta aquí.

—Tampoco es que tuviera muchos lugares a donde ir, las Tierras Altas era un lugar tan bueno, como cualquier otro sitio donde poder ocultarme de mis perseguidores —le confesó, cuáles habían sido sus pensamientos en ese momento.

—También podíais haber venido a Glasgow, donde os hubiera acogido y protegido sin dudar —replico, Alister, con resentimiento al ver que no había pensado en esa posibilidad.

—Y ponerlos en peligro, no, gracias, no. Era mejor así.

Vio su intención de protestar y continuo antes de que pudiera hacerlo.

—Tome un barco de nuevo hasta Thurson, pensé que los carruajes y las casas de postas estarían más vigilados, al menos así estaría a salvo mientras durara la travesía.

—Lo cual fue una decisión muy acertada —la alabo, sintiéndose orgulloso de su ingenio.

—El capitán supo desde el primer momento que era una dama inglesa disfrazada, que huía de un cruel destino, lo había visto en más de una ocasión —le confesó—. Poco a poco fue acercándose a mí y me hablo de este lugar, una vez estuvo seguro, de que era digna de su confianza.

—Cualquiera puede ver vuestra integridad, os conozca o no.

Mariam inclinó la cabeza para agradecerle su alago, antes de continuar.

—Cuando desembarcamos, me dio una carta de presentación, una dirección y el nombre de la persona a la que debería entregársela. Después varias personas me entrevistaron, investigaron y juzgaron, antes de conducirme hasta aquí —le contó, el proceso de selección al que fue sometida, antes de que considerasen que no era un peligro para el refugio y estuvieran

seguros de que acataría las normas.

—Durante esas semanas descubrí que estaba en cinta, por lo que cada día que pasaba, era más desesperante que el anterior, tenía que encontrar un lugar seguro para mí y mi bebé cuanto antes —dijo, recordando aquellos días de angustia, por no saber que hacer—. Ya había perdido la esperanza, cuando una mañana, me trajeron hasta aquí y me dieron el visto bueno para instalarme. Este es el mejor lugar para criar a mi bebé, sin que los Leinster descubran su existencia y puedan reclamarlo.

—Ya veo, así que estáis decidida a permanecer aquí —la pregunto, ya sabiendo la respuesta.

—Por el resto de mi vida, si me lo permiten —le confirmo, llena de confianza —no encontraría un sitio más seguro para él, ni en los confines de la tierra.

—Nunca digas, nunca, jamás, me decía mi abuelo MacFarlan, porque siempre, abra una circunstancia o situación que te obligara a desdecirte —la dijo, recordando su consejo, tantas veces repetido.

Mariam se quedo mirándolo en silencio, sin saber muy bien que decir.

—De todas maneras, me hago cargo de que vuestra situación es muy delicada y que debéis pensar en lo mejor para vuestro bebé.

—Gracias por ser tan comprensivo.

—No me las deis aún —la contradijo sin darla ninguna explicación más de a que se refería —de todas maneras, se ha hecho muy tarde y debéis descansar.

—No vais a decirme que habéis decidido respecto a la continuidad del refugio —inquirió incrédula por su silencio.

—Tengo mucho en lo que pensar, no quisiera precipitarme dándoos falsas esperanzas.

—Entiendo.

—Os acompañaré a la puerta —dijo levantándose, tendiéndole la mano para ayudarla a incorporarse —os haré llamar en cuanto haya tomado una decisión definitiva, os lo prometo.

—Espero que así sea, os deseo una buena noche, excelencia.

—Buenas noches, milady —dijo cerrando la puerta a su espalda, con decisión, antes de que se olvidara de donde estaba y la acompañara hasta su casa.

Ninguna Dama debía caminar sola por las calles de noche, ni ningún hombre que se considerara un caballero debía permitirlo.

Tomo una respiración profunda y se encaminó hacia el piso superior, tal y como la había dicho, tenía mucho en que pensar.

## Capítulo 6

Alister salió por la puerta norte con la intención de pasear por los bosques.

Sabía que todos esperaban su decisión y estaban intranquilos, muchas vidas estaban en sus manos, incluso el porvenir de su clan entero dependía de su decisión respecto a la continuidad del refugio, porque su clan había prosperado gracias a él y el comercio que mantenían con sus habitantes, tanto aprovisionándolos con lo que necesitaban, así como comercializando lo que producían.

La verdad es que lo tenían todo muy bien organizado, pensó asombrado y orgulloso de ello.

No necesitaban de su posible financiación, para sobrevivir, llevaban haciéndolo sin su ayuda once años.

Aunque si les vendría bien, para mejorar aún más su calidad de vida o al menos eso esperaba, Roxanne, George y Mariam podían orientarle mejor sobre como podía hacerlo y cuáles eran sus carencias.

Las cuales no se veían a simple vista, pero que estaba seguro de que existían.

Tomo el sendero de la izquierda, el cual se estrechaba considerablemente, internándose en el bosque.

Si no recordaba mal, su abuelo le había advertido, de que aquellos bosques estaban llenos de trampas y que nunca debía abandonar el camino.

En la antigüedad, esas trampas servían para alertar al clan de la presencia indeseada de quien venía atacarlos, le contaba su abuelo cuando paseaban por esos mismos senderos, en la actualidad solo servían para cazar y abastecer de carne sus hogares.

No parecía que las cosas hubieran cambiado después de tantos años, pero estaba seguro de que muchas cosas habían ocurrido, desde entonces, que él desconocía.

Como lo ocurrido con Roxanne y el uso que ella le dio al bosque, durante su tiempo en el refugio.

Ese pensamiento le hizo detenerse en seco, hay estaba la respuesta que necesitaba, se dijo a sí mismo, girando sobre sus talones y dirigiéndose al pueblo con paso apresurado.

Tenía que encontrar a George, esa tarde debían verse de nuevo, con suerte sería la última, antes de poder poner todo en marcha y solucionar las cosas tal y como deseaba.

Alister no había dejado de mirar el reloj desde que regresara, impaciente, cruzaba de un

extremo a otro la estancia, para poder observar su llegada desde la ventana.

George y Roxanne fueron los primeros en llegar, se les notaba nerviosos, a la expectativa, era mucho lo que se jugaban, porque pasará lo que pasara con el refugio ellos, seguirían allí y deberían enfrentarse a las consecuencias, mientras que los demás, se marcharían, en busca de otros lares más propicios para ellos.

La llegada de Lady Mariam le saco de sus cavilaciones, devolviéndole al presente.

—Buenas tardes, excelencia —le saludo con una ligera reverencia de cortesía —, supongo que nos ha reunido esta tarde para comunicarnos la decisión que ha tomado respecto al refugio.

Le pregunto, Mariam, con un nudo de nervios en el estómago provocado por la tensión de no saber que pasaría.

Ese era el mejor lugar donde poder ocultarse y criar a su hijo que podía llegar a imaginar, si Alister decidía cerrarlo, no sabía lo que haría y no le quedaba mucho tiempo para decidirse.

Un par de semanas a lo sumo, antes de que su bebé viniera a este mundo, tiempo del todo insuficiente para trasladarse, sepa Dios a donde y construir un hogar antes de su llegada.

—Buenas tardes, Lady Mariam —la saludo correspondiéndole —me temo que ese no es el motivo por el que les he llamado —la contesto observando la reacción de decepción e incluso el miedo de todos los presentes al escucharle —aunque si espero que sea la última antes de que ocurra.

—Entonces tenéis más preguntas —dijo, Roxanne con más acritud de la que pretendía, pero todos estaban sufriendo por su indecisión y a ese, noble inglés, no le importaba lo más mínimo.

George le había pedido que le concediera un poco de confianza, que no era como otros lores ingleses a los que habían conocido, que estaba seguro de que tomaría una decisión justa por el bien del refugio, pero estaba comenzando a dudar de que fuera así.

Ese hombre parecía divertirse manteniéndolos en suspenso, dándoles órdenes para que acudieran a sus llamadas, sin importarle lo que estuvieran haciendo, ya estaba harta de todo ello.

—Entonces preguntar lo que deseáis saber —intervino, George, al ver el mal humor de Roxanne, antes de que ella se dejara llevar por él y pudiera dar al traste con todos sus intentos por salvar el refugio.

—Antes de nada quiero deciros que soy consciente del malestar que crece cada día que pasa sin saber que será del refugio, pero son muchas las cuestiones a considerar como para dar un simple si o no y no todas tienen que ver con las paredes que lo esconden y si con sus habitantes —les dijo, tratando de justificar su demora, pero sin arrepentirse de ello, eran muchas cosas las que estaban en juego.

Mariam le miro desconcertada, sin entender muy bien a que se estaba refiriendo en realidad.

—Estas son mis tierras y el bienestar de todos y cada uno de sus habitantes, mi responsabilidad —recalco, recordándoles quién era —. Eso es algo que me tomo muy en serio.

Por el rabillo del ojo vio como Roxanne se erizaba en su asiento, dispuesta a responderle.

—No, me he mantenido ausente, respetando el acuerdo al que mi abuelo llego con George cuando le nombro el jefe del clan —les explico —, manteniéndome al margen de todo, dándole plena libertad y no interviniendo a no ser que él o las autoridades requirieran mi presencia —les dijo, justificando así su ausencia.

Para él era muy importante que entendieran que en ningún momento se había desentendido de sus obligaciones, haciendo que otro hombre cargara con ellas.

Él no era ese tipo de noble y nunca lo había sido y por su honor que no permitiría que le tacharan como tal.

—Me he leído todos y cada uno de los informes, que cada tres meses recibía, donde se me mantenía al día, supuestamente —se volvió para mirar a George con suspicacia—. Quien se casaba con tal, quien nacía, que tierras se anexaban a tal o cual familia, el estado de las cosechas y las arcas destinadas a mejorar las cosas.

Alister se puso en pie tratando de refrenar su ira y mantener la calma en la medida de sus posibilidades.

—Pero en ningún momento se requirió mi presencia, por su parte, ni fue mencionado este lugar. Hoy me pregunto cuantas otras cosas fueron omitidas de esos informes —se volvió hacia George, dejándole ver la furia que recorría sus entrañas—. Faltaste a tu palabra y a la promesa que le hiciste a mi abuelo y han tenido que ser las autoridades de Thurson, las que requieran mi presencia aquí al observar un movimiento extraño en la fortaleza, temiendo por el orden público y la apropiación indebida de mis tierras. Lo cual es exactamente lo que ha pasado.

Camino hacia la mesa central y se sirvió un buen vaso de agua.

— Sin contar que debo responder ante ellos, dándoles una explicación sobre lo que está sucediendo, además de refrenarles para que no irruman aquí en busca de los fugitivos a los cuales estáis protegiendo, tras estos muros —dijo, dándose cuenta de que ninguno de ellos había pensado en que esa era otra consecuencia de sus actos que él debía responder con su honor.

Mariam ahogó un grito horrorizado al darse cuenta de en que situación le habían colocado inconscientemente.

—Ni siquiera sé si podre volver a confiar en ti —dijo mirándole directamente a los ojos —no solo el futuro del refugio depende de mi decisión, sino la forma de vida de todo el clan está en juego, ¿qué debo hacer?, ¿destituirte?, ¿poner un supervisor que si goce de mi confianza?, ¿a quién, que sepa lo suficiente de las costumbres de las Tierras Altas y de mi clan, como para conseguir que sigan prosperando?, ¿dejar las cosas como están y desentenderme de todo?, ¿quedarme aquí y hacerlo yo mismo?, —se volvió hacia Roxanne —¿cómo debo castigaros por vuestra desobediencia?

Alister se manoseó el pelo desesperado.

—Todo acto provoca consecuencias y ahora me toca a mí lidiar con ello, no es fácil el papel en que me habéis colocado y solo trato de llevarlo a cabo lo mejor que puedo —concluyo, derrotado, dejándose caer en el sillón que antes ocupaba.

Mariam había permanecido en silencio, ella sabía lo duro que podía ser a veces tomar la mejor decisión para todos, la responsabilidad tan grande que recaía sobre los hombres que tenían gente a su cargo y aceptaban sus obligaciones.

Lo había visto tantas veces en Halfted y en muchos de sus amigos.

Nobles fuertes y respetados que caían derrumbados frente al fuego de sus bibliotecas, abrumados por ser los responsables del bienestar de otros o su desdicha.

Hasta ahora no se había percatado del papel del Duque en todo ese embrollo, sino que solo había pensado en su propio bienestar y el futuro de su bebé, se regañó a sí misma por no haberlo visto antes.

Ella podía ayudar aliviándole esa carga como tantas veces había hecho con Halfted, solo con escucharle y dar su opinión si la necesitaba.

A partir de ahora lo haría, se prometió a sí misma, no tenía por qué cargar solo con esa pesada carga, la compartirían.

Alister sintió el consuelo que Mariam intentaba transmitirle con su inocente gesto y se lo agradeció en silencio, sintió como si en verdad tuviera una compañera con quien compartir su carga, esa cualidad era algo que debía tener su futura esposa, estaba cansado y se hacía mayor como para tener que seguir llevándolo el solo sobre sus hombros.

Tomo una respiración profunda antes de continuar.

—Os he hecho llamar para preguntaros por qué Roxanne puede salir del refugio y moverse con libertad, perteneciendo a los MacGregor, y Lady Mariam, no —les planteo el motivo por el cual se habían reunido esa tarde —y si hay otras mujeres u hombres que hayan conseguido salir y como lo han hecho.

George aún no se había recuperado de sus acusaciones, entendía su malestar y falta de confianza, era algo que ya se esperaba, por lo que no le sorprendió, pero escucharlo de su boca no había sido agradable, aunque tenía razón, solo esperaba ser el único castigado y que nadie más del clan sufriera.

Se enderezó en su sillón dispuesto a aclararle sus dudas, las cuales también eran justificadas, ya que hasta ahora solo habían tratado la entrada en el refugio, pero no su salida.

—En el caso de Roxanne compramos su libertad.

—Explícate.

George tomó una respiración profunda antes de continuar.

—Una vez supe donde estaba y lo que ocurría me puse en contacto con el Laird MacGregor y acordamos, mantener una reunión secreta, con el fin de aclarar las cosas y acabar con la enemistad de ambos clanes, antes de que se nos fuera de las manos —le explico, dispuesto a darle todos los detalles por mínimos que fueran —. Los MacGregor, siempre han sido unos grandes guerreros, brutos y violentos, pero siempre han respetado a sus mujeres con devoción, como fuentes de la vida que son y sus grandes compañeras fuera de la batalla. Por lo cual, quedo muy sorprendido e incluso avergonzado del trato que su propio hijo había dado a Roxanne, así que acordamos que se retirarían de la búsqueda y la liberarían, para que pudiera disfrutar de la paz que se había ganado.

—Ojalá, mis problemas con la familia Leinster pudieran resolverse tan fácilmente y pudiera volver con mi familia y amigos —se lamentó, Mariam, con lágrimas en los ojos —mi bebé no merece vivir alejado de su cariño, ni de todo lo que pueden ofrecerle.

Esta vez fue Alister quien sintió la necesidad de tomar su mano para transmitirle su consuelo, en esos momentos tan difíciles que la habían tocado vivir.

Casi estuvo a punto de decirle que encontrar el modo de devolverla su libertad y arrancarla de las garras de los Leinster de una vez por todas. Era el motivo principal de la reunión de esa tarde, pero se refrenó a tiempo, no quería darla falsas esperanzas, ni prometerla nada, sin llegar a estar seguro de que podría cumplir con su palabra.

Aunque no cesaría en su empeño de encontrar una solución a su cautiverio.

Oyó a Roxanne carraspear llamando su atención y levanto la cabeza para mirarla, obligándose a concentrarse en sus palabras.

—Por supuesto que no fue tan fácil, mi esposo es un hombre orgulloso, el cual monto en cólera al conocer el acuerdo al que había llegado su padre en su nombre y se negó a obedecerlo —continuo, Roxanne, contándoles —, se presentó aquí para reclamarme junto con algunos de sus amigos proscritos, los cuales habían sido expulsados del clan MacGregor por sus delitos de diferente índole —les explico—. Hombres desalmados que no tenían nada que perder y algo que ganar con lo que mi esposo les había prometido por ayudarle a recuperarme.

—Por el amor de Dios —exclamo, Alister, exaltado —una guerra en la puerta de mi casa de la que no fui informado.

Alister recorrió a George de arriba abajo con la mirada, si antes estaba furioso, ahora lo estaba aún más, esto tenía que acabarse, ya no podía confiar en él de nuevo y esa desconfianza se vería reflejada en todo el clan, algo que no estaba dispuesto a que sucediera, bajo ningún concepto.

—Santo cielo y qué paso —quiso saber, Mariam, colocando su mano de nuevo sobre la rodilla del Duque para darle su apoyo.

—Que el Laird MacGregor junto a Mama MacGregor llegaron tras él —dijo, George, sin alterarse.

—Mama MacGregor es una mujer de armas tomar a la que todo su clan quiere y respeta —les dijo, Roxanne, al ver el desconcierto en sus ojos —su palabra es ley y nadie, ni el más fiero de sus guerreros, se atreve a contradecirla.

—Llamo a su hijo y en tan solo unos minutos la controversia se había resuelto y el pacto con MacGregor fue acatado por todos.

—Vaya, parece más fiera aún que Emma —exclamo, Mariam, a quien sus palabras la habían recordado a su amiga.

—Al menos igual de decidida por presentar batalla ante una injusticia —estuvo de acuerdo, Alister, con ella.

Roxanne y George los miraron sin comprender a quién se referían, pero se abstuvieron de preguntar.

—Pero la intervención de Mama MacGregor siempre tiene un precio —continuo, Roxanne —y este caso no sería una excepción.

—¿Cuál? —quiso saber, Alister, temiéndose lo peor.

—Ese año la cosecha del trigo había sido mala para todos. apenas daba para sobrevivir ese invierno —retomo, George, la historia —algunos clanes ni eso, como los MacGregor.

—El pago sería todo el grano que guardábamos en los almacenes —dijo, Roxanne.

—El cual era demasiado alto como para poder tomar una decisión en el momento — continuo —, volverían en dos días a por el grano o a por mí, dejando bien claro que uno de los dos les debería ser entregado o tomarían nuestras tierras.

—Increíble, es que no me lo puedo creer —grito, Alister, levantándose de un salto, incapaz de permanecer ni un minuto más en aquel sillón.

—Tranquilizaos, excelencia, por favor, me estáis asustando.

Solo la suave súplica de Mariam, penetrando en su mente, hizo que se calmara y volviera a ocupar su lugar.

George tomó la palabra en cuanto se acomodó, antes de que volviera a alterarse de nuevo.

—Convocamos una reunión de urgencia con todos los miembros del clan y acordamos entregarles el grano que nos pedían.

—Y me vas a decir que todos y cada uno de ellos estuvieron de acuerdo —replico, Alister, asombrado por su osadía al mentirle a la cara de esa manera.

—Por supuesto que no, pero eran los que menos, por lo que la decisión fue tomada —le aseguro, Roxanne.

—¿Y cómo sobrevivieron al invierno? —quiso saber, Mariam, presa de la curiosidad.

—Gracias al refugio —la respondió, Roxanne, orgullosa.

—Nuestra cosecha no había sido tan mala como la de nuestros vecinos, gracias a los inventos del Duque y sus avances en el cultivo de las tierras.

Ahora fue el turno de Alister de abrir la boca sorprendido, siempre le pedía a George que experimentara con las cosechas y aunque sabía que habían tenido éxito, en casi todo lo que habían probado, nunca hasta ese punto.

—Ellos pidieron todo el grano de nuestros almacenes y supervisaron su retirada, pero no dijeron nada del que se guarda en las casas ni de la mitad de la cosecha que se guardaba en el refugio con el fin de comercializarla durante el invierno —les explico, Roxanne —debido a la escasez y la hambruna hubiéramos obtenido lo necesario para construir las cabañas que necesitaban sus habitantes.

—Pero en lugar de eso, sirvió para dar de comer a todo el clan, sin que nadie pasara hambre, a pesar del pago a los MacGregor —replico, George, orgulloso de su estrategia — evitamos una guerra y Roxanne recupero su libertad.

—Hay que reconocer que fue una gran idea —le alabo, Mariam, por su ingenio.

Alister se revolvió en su asiento, sin decidirse si asesinar a George, por ponerlos a todos en peligro, o felicitarle, por asegurar la libertad de su adorada hermana, tendría que pensar en ello más detenidamente, lo que si estaba. era molesto, porque le hubiera mantenido al margen, cuando era su obligación y no la suya ocuparse de ese asunto en particular y eso sí que no pensaba dejarlo estar, pero eso sería algo que George y él tratarían en privado, en otro momento, ahora sus prioridades eran otras y necesitaban ser resueltas esa misma noche.

—Aparte de Roxanne ha habido otras personas del refugio que hayan podido abandonarlo con total libertad y sin poner en riesgo sus vidas —quiso saber, retomando así el tema por el cual se habían reunido.

—Por supuesto que si, aunque algunos deciden quedarse para siempre, son los que menos —le aseguro, Roxanne —, casi todos añoran de donde vienen y sobre todo a sus seres queridos, por lo que por lo general encuentran una manera de regresar a sus hogares.

—Se puede decir que el refugio es un lugar de tránsito donde recuperarse de sus heridas —continuo, George —Un lugar seguro donde recuperar la esperanza y pensar en su futuro. Aunque todos parecen haber encontrado la misma solución.

—¿Cuál?

—El matrimonio —replico, Roxanne, categórica —en el caso de los hombres y mujeres con gustos especiales —continuo, sintiendo como se ruborizaba hablando de esos temas —casándose entre ellos, dándoles a la sociedad lo que desea, una vez son bendecidos por el santo casamiento, son perdonados sus desvaríos y ya no importan, siempre y cuando mantengan las apariencias de cara a la sociedad.

—Recuperan sus tierras, sus fortunas y pasan gran parte del año bajo el mismo techo, compartiendo sus vidas con quien realmente desean, sin ser molestados —continuo, George, explicándoles —. Lo mismo pasa con las mujeres, las cuales cambian de amo al volver a casarse, por lo que son readmitidas en la sociedad sin mácula alguna.

—Todas las mujeres que permanecen es por sus hijos, ya que estos siguen perteneciendo a la familia de su esposo, aunque rehagan su vida con otro hombre a través del matrimonio y aunque solo les pueden ofrecer, en el caso de hijos nobles, unos años de paz alejados de ellos, tarde o temprano estos deben ocupar su lugar en la sociedad, sobre todo si son varones y herederos del título —les aclaro, Roxanne —, sus madres les preparan desde que nacen para enfrentarse a sus maltratadores y solo desean que sean lo bastante valientes, cuando deban hacerlo.

—Aunque algunos también se usan como moneda de cambio para recuperar la libertad, cuando sienten que no pueden seguir viviendo entre tantas penurias y lo único que desean es regresar a la opulencia de donde proceden.

—Entiendo —dijo, Alister, sintiendo que ya tenía la respuesta que buscaba, ahora solo tenía que ver la manera de adaptarla a sus planes.

—Hoy se ha hecho más tarde de lo normal, por lo que si su curiosidad ha sido satisfecha, excelencia, propongo que nos retiremos, con su permiso por supuesto —recalco, Mariam, por miedo a ofenderle con su sugerencia.

—¿Qué? —pregunto desconcertado al oírla —claro, por supuesto, pueden retirarse y acepten mis disculpas por haberles entretenido más de lo debido —se disculpó compungido al no haberse dado cuenta de la hora.

—Entonces con su permiso nos retiramos, que pase una buena noche excelencia.

Alister los vio salir uno a uno de la estancia, sentado en su sillón perdido en sus pensamientos.

Iba a ser una noche muy larga si quería tenerlo todo listo a la mañana siguiente, tal y como deseaba.

Roxanne tenía razón en el hecho de que no podía tener en suspenso las vidas de tantas personas por más tiempo.

Había llegado la hora de actuar y tomar el control, aunque en el fondo no se sintiera preparado para hacerlo.

## Capítulo 7

Era primera hora de la mañana del día siguiente, cuando Alister salió por la puerta de la cocina de su cabaña, al patio de armas, sorprendiendo a todos con los que se cruzaba en su camino.

Al menos en esa ocasión no corrían despavoridos a refugiarse en sus casas y sus miradas de temor se habían teñido de incertidumbre.

Sabían que el futuro del refugio estaba en sus manos y esperaban pacientemente su decisión confiando en su benevolencia.

Mariam saltó sorprendida al oír la suave llamada a su puerta, era demasiado temprano como para que nadie la visitase, a no ser que hubiera ocurrido alguna desgracia durante la noche, pensó apesadumbrada.

Se secó las manos en el delantal que usaba mientras trabajaba en la cocina y fue a abrir.

—Buenos días, Lady Mariam —la saludo, Alister, manteniendo su cara sin expresión a duras penas.

Verla allí parada, atendiendo la puerta, ella misma, con aquellas ropas y su sucio delantal, le revolvía las tripas.

Ella había nacido entre algodones, para ser una señora, no una criada, pensó maldiciendo a Leinster mentalmente por enésima vez, por todo lo que la había hecho y en que la había convertido, pero eso iba a cambiar, se prometió a sí mismo.

—Buenos días, excelencia —le saludo, ruborizándose, siendo perfectamente consciente de su aspecto sucio y descuidado.

Siempre se arreglaba lo mejor que podía cuando acudía a las reuniones, se recogía su larga cabellera y se ponía uno de los pocos vestidos de seda que había llevado consigo.

Seguía siendo una Dama, a pesar de sus circunstancias, así es como deseaba que él la viera.

Aunque no la importaba ocuparse ella misma de la casa y del huerto, prefería que él la recordara como aquella hermosa joven que un día conoció en su opulenta casa, y no en lo que en realidad se había convertido, cuando él se marchara, porque tarde o temprano se marcharía.

Aquel pensamiento hizo que se le revolviera el estómago de angustia, habría venido a despedirse, se preguntó sintiendo una enorme tristeza en su alma.

—Puedo pasar —dijo, Alister, dando un paso al frente —tenemos que hablar.

—Por supuesto, os apetece una taza de té —le ofreció guiándole hacia el jardín trasero donde tendrían más intimidad.

Alister se acomodó en una de las sillas de hierro forjado, observando detenidamente a su alrededor.

El espacio no era demasiado grande, apenas un cuadrado de unos veinte metros, calculo mentalmente, pero bien aprovechado.

Aunque el huerto ocupaba casi todo de él, este estaba delimitado por pequeños rosales de vivos colores, marcando un sendero alrededor, con un aroma embriagador, transmitiendo paz en aquel lugar de dolor.

Viendo ese pequeño jardín recordó las palabras de George la tarde anterior, refiriéndose al refugio como un lugar de tránsito donde recuperar la esperanza y cerrar heridas.

Ese pequeño espacio había sido diseñado precisamente para eso, además de para proveer de alimentos a quien lo cuidara.

—Perdonar mi tardanza —se disculpó, Mariam, regresando, por fin, con una bandeja de té entre las manos.

—La espera ha merecido la pena —observo, al contemplarla tan hermosa como la recordaba.

Mariam se sonrojó al percibir la alabanza vedada tras sus palabras.

No había podido resistirse a subir a su cuarto para adecentarse, recogiendo el cabello y cambiándose de vestido, al fin y al cabo él era un Duque y esperaba una Dama como compañera a su mesa.

—Vos diréis en que puedo servirlos —dijo, sentándose frente a él.

—Desde el primer momento que os vi aquí, me prometí a mí mismo que os sacaría —dijo, yendo directamente al grano del motivo de su visita—. Vos no pertenecéis a este lugar, tenéis familia y amigos que os quieren, los cuales lo han pasado francamente mal, desde que os marchasteis de Londres, con vuestro silencio. Ni siquiera saben que huisteis de Leinster y que os encontráis en peligro.

—Ya conocéis mis circunstancias, me es imposible contactar con ellos —le replico, enfadada por acusarla por su silencio —pensé que habíais comprendido la situación en la que me encuentro.

—La cual va a cambiar esta misma mañana —afirmo convencido de ello—. Tener en cuenta que el futuro de toda esta gente y su bienestar depende de que aceptéis lo que os propongo.

—Me estáis amenazando, excelencia.

—No, solo quiero dejar las cosas claras desde el principio —la respondió sin inmutarse —tengo grandes planes para mejorar la vida de este lugar, pero no puedo hacerlo solo.

Mariam se lo quedo mirando en silencio, él podía hacer grandes cosas por todas aquellas personas, no tenía ninguna duda al respecto, pero no se sentía preparada para pagar el precio, fuese cual fuese.

No se sentía capaz de dar un nuevo giro a su vida, ahora no, cuando al fin había

conseguido algo de paz y estabilidad para ella y su bebé.

La había costado demasiado llegar hasta allí, perdonarse a sí misma por la estupidez que había hecho, como para tirarlo todo por la borda por el capricho de un Duque, que utilizaba el chantaje como el que fue su marido para conseguir lo que deseaba de ella.

—Está bien, os escucho —dijo, por el contrario, decidida a no dejarse embaucar de nuevo.

—Como os he dicho, voy a devolveros vuestra libertad para que retornéis a los salones de Londres como la gran Dama que sois.

—Suponiendo que ese sea mi deseo —replico, dejándole ver que estaba dando muchas cosas por sentadas y eso la molestaba —aunque no veo como podríais hacerlo, excelencia.

—Mediante el matrimonio —vio que iba a protestar y continuo hablando —quedaréis bajo la protección de mi apellido, librándoos de una vez por todas de Leinster el cual ya no podrá reclamaros.

—Cambiar un amo por otro —susurro sarcásticamente.

—Eso es algo que no está en mi mano cambiar —se disculpó, por lo injusto que era —. Las mujeres son propiedad de los hombres y sus hijos también —recalco, recordándoselo.

Mariam dio un respingo de indignación por ello, acariciándose temerosa su abultado vientre.

—Nunca sabrán de él —le aseguro.

—Eso os convertiría en una mujer sin alma, negándole sus derechos, condenándole al anonimato, estando destinado a mucho más que eso.

—Más vale eso que caer en sus manos.

—Eso es algo que vos no podéis decidir, sino él, cuando tenga edad para hacerlo.

Mariam se abstuvo de contestarle, ella le educaría para que fuera una buena persona, sin la maldad que los Leinster le enseñarían.

—Habéis pensado en lo que ocurrirá si algún día descubre la verdad, que vos por miedo le ocultasteis y condenasteis a una vida de servidumbre cuando en realidad debería ser a él a quien sirvieran —la expuso —. Qué pensaría de vos.

—Sería una vida humilde, pero honrada.

—No tengo ninguna duda al respecto, pero podéis ofrecerle algo mejor —insistió.

—Que me case con vos no cambiara el hecho de que es un Leinster, ni evitara que lo reclamen en su seno —replico, furiosa, al comprender que deseaba librarse de su bebé.

Al fin y al cabo, que hombre estaría dispuesto a criar como suyo al hijo de otro. Y mucho menos un Duque tan poderoso como Alister.

—Os equivocáis, estamos en Escocia y además en las Tierras Altas, las cosas son muy distintas por aquí, como ya habréis comprobado vos misma —la recordó — y no olvidemos mi autoridad como Laird de los MacFarlan.

—No entiendo a donde queréis ir a parar, de verdad que no lo entiendo —dijo aún más confundida con cuáles eran sus intenciones.

—Solo sería un matrimonio de conveniencia, lo celebraríamos esta misma mañana, ante un sacerdote, un notario y dos testigos —comenzó a explicarle su plan —se extenderían dos certificados, uno con fecha de hoy y otro, el que será registrado ante las autoridades, con fecha de hace cinco meses.

—¿Cómo es posible hacer eso?

—Un despiste del párroco, pasa constantemente en estas Tierras —la explico —lo mismo haremos con la partida de nacimiento de vuestro bebé, pero cinco meses después de su nacimiento. Por lo que legalmente será mi hijo ante cualquiera.

—Ahh, pero ...

—Podemos dejar los detalles para después, andamos escasos de tiempo, milady.

—Necesitáis un heredero que evidentemente este bebé no lo es —recalco al verle tan seguro —y yo no creo que sea capaz de recibiros en mi cama.

—Y no estoy pidiendo que lo hagáis, si es eso lo que os incomoda, buscaré otro lugar donde cubrir esa necesidad si me place —la replico, enfadado —si alguna vez deseais cambiar este acuerdo, deberéis ser vos quien acuda a la mía.

—¿Cómo sé que no cambiaréis de opinión una vez sea vuestra esposa y no me forzaréis a ello? —quiso saber temerosa de que ocurriera.

—No podéis saberlo con certeza, lo único que podéis hacer es arriesgaros y confiar en que cumpliré mi palabra.

Mariam agachó la cabeza confundida, tratando de tomar una decisión, tenía muchas preguntas más que hacerle, pero como él había dicho, tendrían mucho tiempo para aclarar sus dudas tras el matrimonio.

—El plan es casarnos esta misma mañana y de esa manera vos y vuestro bebé quedaríais libres de Leinster para siempre —la resumió de cuáles eran sus intenciones, con paciencia al ver que aún dudaba —tras lo cual y una vez seáis mi Duquesa, mi secretario partirá hacia Glasgow donde Dudley se pondrá en contacto con Emma y la pedirá a ella y Halfted que se reúnan con nosotros lo antes posible.

Mariam abrió los ojos, sorprendida al escucharle, no podía creer que después de tanto tiempo podría verlos de nuevo, pensó con lágrimas en los ojos.

—Como os he dicho, tengo grandes planes para el refugio y necesitaremos la ayuda de Emma para llevarlos a cabo. Mi intención es que nos quedemos aquí, todos —recalco —, hasta la primavera, después pasaremos por Edimburgo un par de semanas para presentaros como la Duquesa de Alister, no tengo intención de hacer ningún anuncio en los periódicos sobre nuestro matrimonio —la aclaro —tras lo cual iremos donde deseéis para instalarnos como una familia.

—¿No viviremos en Glasgow?

—No, le cedí Glasgow a Dudley y su descendencia, él es el verdadero heredero de mi padre, hace unos años —vio como le miraba sin comprender —de la misma manera que George y sus descendientes son los jefes del clan, aunque no su Laird.

—Seguís siendo el Duque y el Laird porque no podéis traspasarles los títulos —dijo empezando a comprender un poco a lo que se refería con lo de no necesitar un heredero.

—Mi fortuna personal es más que suficiente para satisfacer cualquiera de vuestras necesidades y caprichos, viviereis como una gran Duquesa, os lo aseguro.

—Si no tenéis tierras de donde provienen vuestros ingresos —le pregunto contrariada.

—Del comercio principalmente —la contesto llanamente, sin avergonzarse por ello, a pesar de ser noble, lo cual estaba muy mal visto entre sus pares.

—Definitivamente, no sois un Duque corriente.

Alister no pudo evitar carcajearse al oírla, no era la primera vez en su vida que oía esas mismas palabras ni sería la última, estaba convencido de ello.

—Entonces, aceptáis mi oferta y seréis mi Duquesa —la pregunto esperanzado.

—Solo una cosa más, antes de daros mi respuesta, por favor, concedérmela —le suplico.

—Si no hay más remedio, adelante.

—Qué ganáis vos con todo esto, qué esperáis de mí —le pregunto, sin comprender que pintaba ella en todo eso, cuando podría tener a cualquier joven dama que deseara con solo proponérselo.

—Esas son dos cuestiones.

—Por favor.

—Está bien, si lo único que necesitara de una esposa es engendrar un heredero cualquier Dama de alta alcurnia serviría —la expuso con sinceridad —, pero como no es así, lo que deseo de mi esposa es que sea una compañera con la que compartir mi vida y la carga de mis responsabilidades, una mujer inteligente y valiente a la que admire —la dijo con la mirada clavada en sus ojos observando su reacción —. Aunque no posea las tierras que he cedido, sigo teniendo la obligación de velar por el bienestar de aquellos que las habitan, como es el caso de esta fortaleza y eso es algo que me tomo muy en serio.

—Ya veo.

—Vuestra respuesta.

—Acepto, seré vuestra Duquesa.

—Muy bien, os espero en mi casa dentro de una hora —dijo, levantándose y yendo hacia la salida.

—Allí estaré —se comprometió, Mariam, cerrando la puerta tras él.

Ese era un buen arreglo, sobre todo para ella y su bebé, tuvo que reconocer mientras se preparaba en la soledad de su cuarto.

Intentaría ser una buena esposa, pero sobre todo la compañera que él deseaba a su lado, se prometió a sí misma y con el tiempo, una vez se recuperara del parto, trataría de superar sus miedos y cumplir con sus obligaciones como esposa, recibéndole en su cama.

Porque a pesar de lo que había dicho, no era tanto la necesidad de tener un heredero, sino un hijo propio, eso era algo que todos los hombres deseaban, tuvieran un título nobiliario o no que traspasarles.

Y ella se lo daría.

Hecho una última mirada al espejo para comprobar el resultado de sus esfuerzos, era todo

lo que podía hacer dadas las circunstancias.

Aunque este era su segundo matrimonio, estaba claro que en ninguno de ellos, podía parecer una novia normal, tal y como tantas veces había soñado.

Pero tampoco era una mujer normal, era mucho más que eso, se dijo tomando su chal de encima de la cama, saliendo al exterior, era hora de reunirse con su futuro esposo y pronunciar sus votos.

## Capítulo 8

Ya casi había anochecido cuando consiguieron sentarse en la sala para relajarse mientras esperaban que les sirvieran la cena.

—Debes estar agotada después de estar todo el día de un lado para otro —comento tendiéndola una copa de oporto, antes de sentarse en el sillón.

—No tanto como os imagináis, al fin y al cabo mi trabajo solo ha consistido en supervisar, seguro que el vuestro ha sido mucho más fatigoso.

—Si consideráis que pasarme la tarde en una taberna, bebiendo aguamiel con George, conociendo a los operarios que llegaran mañana para empezar las reformas, es cansado, pues sí, estoy completamente exhausto —comento con ironía.

—¿Tan rápido?

—La casa debe estar lista para alojar a nuestros invitados cuando lleguen.

—¿Y cuándo será eso? —pregunto, deseando que ya estuvieran allí.

—En un mes, veinte días como mínimo —la contesto.

—Por un lado, no disponemos de mucho tiempo, dudo de que podamos conseguirlo —le confesó —y por otro ya quisiera que estuvieran aquí.

—Os entiendo, pero la espera se os hará muy corta con todo lo que tenemos que hacer —la aseguro —y no os preocupéis, contamos con mucha mano de obra, casi todo el clan llegará aquí mañana para ponerse manos a la obra.

—Pero qué pasa con sus trabajos —quiso saber preocupada de que los abandonasen y luego sufrieran las consecuencias.

—La cosecha ya está hecha y los campos apenas necesitan atención hasta la primavera, por lo que casi todos no tienen casi nada que hacer, salvo frecuentar la taberna, claro está —la explico con paciencia —. Además, los salarios extras les vendrán muy bien para adecuar sus casas frente al crudo invierno.

—Eso es cierto, yo llegué aquí poco antes de Navidad y que frío hacía, por Dios.

—Siento mucho oírte decir eso —susurro, Alister, con la voz ronca por la emoción —, pero te prometo que este año no será así.

—Lo sé —le respondió colocando su mano sobre su pierna para darle consuelo.

Alister sintió que la piel le ardía allí donde ella le tocaba, no podía negar que deseaba acunarla entre sus brazos y perderse en el aroma de su pelo esparcido sobre la almohada,

haciéndola olvidar todo lo que Leinster la había hecho, enseñándola a amar de nuevo.

Alistar levanto la mirada hasta sus ojos brillantes que le observaban, pero el momento paso cuando la señora Caster irrumpió en la estancia con la cena.

—Milady —dijo levantándose y tendiendo la mano para ayudarla y guiarla hacia la mesa.

Pasaron el resto de la noche conversando sobre diversos temas.

Mariam insistía en que le contase todo lo que había acontecido durante su ausencia en Londres, pero sobre todo lo referente a Emma y Halfted, estaba desesperada por saber de ellos, pero, Alistar, se mantuvo esquivo apelando a que era mejor que fueran ellos mismos quienes la pusieran al día de sus vidas.

Decidieron retirarse pronto, había sido un día muy largo y mañana empezarían las reformas.

Iban a estar muy ocupados en las próximas semanas, pensó Mariam, dejándose caer en su nueva cama.

Justo estaban terminando de desayunar cuando George llego acompañado de los operarios.

Alistar no había mentido, la mayoría del clan se encontraba allí listo para empezar los trabajos, pensó, Mariam, al verlos.

Más tarde se enteró de que otra parte había partido para Thurson en busca de los materiales que necesitarían y a encargar lo que les faltara.

—Mariam —la llamo, Alistar, desde las cocinas —he pensado trasladar las cocinas a la cabaña más cercana, liberando así este espacio y ampliando la casa en esa dirección.

—Buena idea —dijo, asomándose a la puerta para ver la distancia que los separaba — podemos usarla para el alojamiento de los criados y aquí instalar el comedor, es suficientemente amplio para albergarnos a todos más cuatro o seis invitados mas, si es necesario.

—Perfecto, lo dejo en tus manos.

—Iré a buscar a los hombres y comenzaremos por acondicionar la vieja cabaña —dijo, George, moviéndose hacia la salida —aunque lleva algunos años deshabitada, podría estar terminada para hoy.

—Estupendo, yo iré a buscar a Roxanne para organizar el equipo de limpieza.

Alistar la vio partir con una sonrisa de satisfacción en la cara, la Mariam que él conocía, no sé quedaría plantada sin hacer nada mientras reformaban su casa, sino todo lo contrario, participaría activamente dando su opinión y adaptándolo a sus deseos, aunque esos no fueran los mismos que los de su esposo.

Él esperaba exactamente eso y al parecer lo había conseguido.

Las siguientes semanas fueron un caos total, las obras avanzaban a un ritmo vertiginoso, pensó, Mariam, dejándose caer sobre el diván, ya bien entrada la noche, mientras esperaban la cena.

Ese era el único momento del día en que Alister y ella podían estar solos y relajarse, charlando sobre los trabajos que faltaban o felicitándose por los que habían terminado.

Aunque era demasiado corto, el tiempo que compartían, ambos acababan exhaustos al final del día y se retiraban a descansar en cuanto terminaban.

—Mañana llegarán los primeros muebles —la recordó tomando su copa de vino y dándole un buen trago.

—Lo sé, me hubiera gustado ir yo misma a elegirlos.

—Ya hemos hablado de eso —la contesto con paciencia —es mejor esperar a que nazca el bebé antes de salir de estos muros.

—Y la llegada de Halfted y Braynning antes de que el mundo sepa donde me escondo y los Leinster lleguen hasta aquí —replico, sabiendo que era la mejor decisión, pero saberlo no aliviaba su malestar.

—Solo traeremos lo imprescindible, los dormitorios y algunas mesas y sillas donde poder sentar a nuestros invitados —dijo, tratando de consolarla —los cuales podréis cambiar cuando vayáis a elegir el resto.

—Sois muy generoso.

—Para nada, cualquier cosa que desechéis la utilizaremos en la siguiente fase.

—La cual aún no me habéis comentado —se quejó.

—Prefiero que estemos todos los implicados para hacerlo, no me gusta perder el tiempo teniendo que repetir las cosas y ya sabéis que solo es una idea, el plan final lo decidiremos entre todos.

—Aun así, me gustaría conocerlo, os recuerdo que soy vuestra esposa —le reprochó por su silencio.

—Algo que no he olvidado ni por un segundo —la dijo con una cálida sonrisa — paciencia, a partir de la próxima semana nuestros invitados pueden llegar cualquier día.

—No veo el momento —susurro, deseosa de verlos.

—Hasta entonces debéis seguir cuidándoos para no provocar el parto, una vez llegados hasta aquí estaría bien que estuvieran presentes cuando llegara el momento.

—Ese es mi mayor deseo —dijo, acariciándose su vientre abultado con cariño —y este pequeñín parece estar de acuerdo.

Alister rio suavemente al contemplarla tan ilusionada con el feliz acontecimiento.

A pesar de que hacía una semana que había salido de cuentas, el médico les había asegurado que todo estaba bien y que debían dejar a la naturaleza seguir su curso.

Que al igual que algunos bebés parecían tener prisa por llegar a este mundo, naciendo antes de tiempo, otros se lo tomaban con calma y tardaban más en abandonar el vientre materno, no había que alarmarse por ello.

Esas palabras los tranquilizaron a ambos, aunque permanecían atentos a cualquier señal que les indicara lo contrario.

Cuando al fin llegara el momento del alumbramiento, ambos descansarían, pensó Alister,

mientras se preparaba para pasar la noche en su dormitorio.

Unos días más y todo estaría listo para recibirle.

## Capítulo 9

—Collins, Collins —le llamo, Emma, cruzando el vestíbulo, apresurada hacia su estudio, esperaba que no hubiera salido ya hacia el molino que debía revisar.

—Me buscabas, querida.

—Nos vamos a Glasgow, mañana al amanecer —anuncio parándose en seco junto a las puertas entreabiertas de la biblioteca —ya he dado orden de que lo preparen todo para nuestra partida, ahora debo ir a ver a Halfted —le dijo blandiendo ante él la misiva que acababa de recibir.

—Así sin más.

—Sí, que haces ahí plantado como un pasmarote aún, seguro que tienes mil cosas que atender antes de que partamos.

—Tantas que es imposible que pueda partir con tan poca demora.

—Entonces partiré sin ti, ya te reunirás con nosotros cuando te sea posible y ahora deja de entretenerme, debo ir a ver a Halfted con urgencia y regresar para supervisar los preparativos —le dijo apresurada tomando el pomo de la puerta y abriéndola —. No tengo tiempo que perder.

—Entonces es una suerte que haya venido a tratar un asunto pendiente con Braynning, mi querida Emma —dijo, Halfted, apareciendo tras las puertas de la biblioteca, intentando ocultar su risa por lo cómico de la situación —. Siempre supe que nunca te aburrirías en tu matrimonio.

—Lo cual no tuviste ninguna decencia de advertirme antes de pronunciar los votos — contesto entre divertido y enfadado con su esposa. La cual era de lo más desesperante cuando actuaba de ese modo, pero aun así la amaba con locura.

—Perfecto, debemos ir a Glasgow inmediatamente —dijo, volviéndose hacia él, entrando en la biblioteca, obligándoles a que la siguieran.

Collins se volvió a cerrar las puertas a sus espaldas.

—Necesito un té —anuncio, caminando hacia la chimenea para llamar al servicio — partiremos al amanecer.

—Eso he oído —dijo, Halfted tras ella.

—No me has entendido, vosotros nos acompañaréis.

—¿Cómo?

Braynning fue directo hacia su esposa y tomo la misiva que aún conservaba, Halfted se unió a él en silencio.

—Vale, Dudley nos invita a ir a Glasgow lo antes posible, ya que Alister desea reunir a toda la familia, tras encontrar lo que se había perdido y desea hablarnos de su próximo proyecto —resumió, Collins, sin comprender muy bien a que se refería, ni a que venía tanta urgencia por partir.

—A Becca y a mí ni siquiera nos ha invitado —dijo, Halfted, volviendo a sentarse en el sillón que antes ocupaba, tan desconcertado como Braynning por su comportamiento.

—Por supuesto que sí, no puede estar más claro —exclamo, exasperada con ellos al no ser capaces de leer entre líneas lo que había encontrado.

Estaba a punto de explicárselo justo cuando el ama de llaves llegó con el té.

—Vuestra doncella, desea saber que tipo de ropa deseáis empacar para Escocia, milady —la pregunto, depositando la bandeja que transportaba sobre la mesa.

—Conociendo a Alister no haremos mucha vida social —comento pensando en voz alta —con un baúl de gala para los dos sera suficiente —le dijo señalando a su esposo —ropa de viaje para dos semanas en un baúl ligero con algo de abrigo, las noches son bastante frescas en esta época del año, si no recuerdo mal.

—Sí, milady.

—Viajaremos en dos carruajes, así iremos más rápidos —decidió sobre la marcha —solo la niñera de John vendrá con nosotros.

—Pensaba que milord no los acompañaría, milady —comento su ama de llaves extrañada.

—Yo también lo pensaba —dijo, Collins, aún más confuso que antes.

—Por el amor de Dios —replico, a punto de perder la paciencia —toda la familia —recalco tomando la carta y mostrándosela —toda la familia.

—Creo que hay es donde entran los Halfted —dijo, Collins, empezando a comprender.

Volvió a leer de nuevo la nota, más despacio en esta ocasión, pero no fue capaz de descubrir nada más.

—Los proyectos del Duque siempre son sucios y polvorientos, por lo que deberán empacar toda la ropa de trabajo y abrigo de la que dispongamos —reflexiono en voz alta, caminando de un lado a otro —mi doncella y el ayuda de cámara de milord, viajarán con ella en el segundo carruaje.

—Sí, milady, ¿algo más?

—No, eso es todo, por ahora, puede retirarse.

Halfted había permanecido en silencio observando el intercambio.

Emma estaba demasiado nerviosa como para ser una simple invitación del Duque a visitarles, algo le decía que había mucho más en juego.

Ellos ya habían usado un tipo de señales que solo ellos conocían con anterioridad y eso permitió que encontraran a Emma antes que su tío y la pusieran a salvo.

—Vas a contarnos de que va todo esto, en realidad —la pregunto, Halfted, una vez que el ama de llaves salió de la estancia y cerrara la puerta tras ella.

—Iba a hacerlo —les confesó dejándose caer en el diván —de verdad, pero si Alister hubiese querido que lo supierais hubiera sido más claro en su misiva, así que ahora no sé si debo hacerlo, es demasiado importante.

—Lo que quiere decir, es que no lo hará.

—Deberéis confiar en mí, lo que si os puedo decir es que si no me acompañáis a Escocia os arrepentiréis el resto de vuestra vida —dijo, volviéndose hacia Halfted suplicándole con la mirada.

—Debo pensar en Becca y el bebé, es demasiado pequeño para exponerle a un viaje tan largo o como para que lo dejemos en casa mientras nosotros nos marchamos durante semanas o meses.

—No, debe venir con nosotros —recalco — y lo entiendo, pero el riesgo merece la pena, os lo juro, por favor, confiar en mí —le suplico con lágrimas en los ojos.

Halfted se la quedo mirando en silencio, su cabeza iba a mil por hora tratando de desentramar todo ese galimatías, pero no se le ocurría nada tan importante que justificase su comportamiento y desesperación porque los acompañaran.

—Al menos lo consultaréis con Becca, le contaréis todo lo que os he dicho —le suplico, tal vez ella pueda convencerlo para hacer ese viaje —tomad darle la carta de Dudley para que la lea ella misma, pero advertirla, antes de nada, que no debe pronunciar ni una sola palabra más de las que hay escritas, recordar que hasta las sillas tienen oídos para los que buscan información y no sabemos como puede ser de peligroso que la obtengan en este caso —le advirtió.

—Me estás asustando, cariño.

—Solo hacedlo, os lo suplico.

—Lo haré y la advertiré de vuestro temor, os lo prometo, pero dudo que ella tenga otra opinión distinta a la mía en cuanto al viaje.

—Es una mujer, eso nunca se sabe —dijo, Collins, sentándose junto a su esposa —ni que descubrirá ella al leer la nota.

Halfted le miro dubitativo, en eso tenía que darle la razón, las mujeres eran capaces de ver mucho más que ellos la mayoría de las veces.

Ellas lo llamaban intuición, para ellos solo era suerte.

—Está bien, me marchó, os enviaré una nota con nuestra decisión —anuncio, Halfted, levantándose y saliendo de la estancia.

—Espero que Becca le haga entrar en razón y no tenga que atarle a la rueda del carruaje para que venga.

—¿Tan importante es? —dijo, sorprendido de que estuviera dispuesta a llegar tan lejos con tal de llevarle a Escocia.

—Sí —afirmo levantándose y recuperando la compostura —he de dejaros, tengo mucho por hacer.

—Ni siquiera me lo vais a decir ami —la reprocho sorprendido.

—Es mejor así, creerme, cuando llegemos y conozcamos toda la historia me lo agradeceréis.

Collins vio como daba media vuelta y se internaba en el vestíbulo, dispuesta a supervisar todo y dar las últimas instrucciones, algo compungido.

Desde que se habían casado era la primera vez que Emma no compartía con él cualquier cosa que pasaba y eso no le gustaba, tenía una sensación agri dulce en el estómago, como si algo les estuviera separando y no podía hacer nada para acercarlos de nuevo.

Solo esperaba que todo volviera a la normalidad cuando llegaran a su destino y lo que encontraran mereciera la pena, como para haber despertado ese malestar en sus entrañas.

Todo estaría bien cuando llegaran, rogó en silencio para sus adentros.

Ya habían pasado siete días cuando llegaron a las puertas del castillo del Duque de Alister en Glasgow.

Aquellos que lo veían por primera vez no podían dejar de admirar aquella ferocidad de piedra gris oscura y el esplendor de la calidez que sus jardines desprendían.

Emma no podía apartar la mirada de sus rostros, tan horrorizados y maravillados, como fue el suyo la primera vez que estuvo allí en compañía de la señorita Griffin para conocer a su excelencia.

El carruaje se detuvo ante sus enormes puertas y los lacayos que esperaban junto a ellas se acercaron para atenderlos, seguidos de la señora Dudley.

—Bienvenidos a nuestra casa —les saludo, descendiendo los tres escalones que la separaban del carruaje—. Me disculpo en nombre de mi esposo por no estar aquí para recibirles, como hubiera sido su deseo, pero no tardara en llegar.

—Supongo que su excelencia le acompaña —dijo, Emma, al no verle en la entrada.

—Alister se encuentra en Thurson, en la tierra de los MacFarlan —replico, extrañada de que preguntaran por él —por lo que yo sé, no regresara hasta la primavera, milady.

—Pero eso no puede ser, recibí una nota para que me reuniera con él aquí cuanto antes —dijo, consternada, sintiendo las miradas acusadoras de los demás clavadas en ella.

Los había arrastrado hasta allí para nada, pero la nota decía claramente que fueran a Glasgow, y si se había equivocado al interpretarla, pensó sintiendo la desesperación adueñarse de ella al comprender que Mariam podía seguir estando perdida para ellos.

Nunca volverían a verla.

Braynning se acercó hasta ella, colocando la palma de su mano sobre su espalda, al verla tan desanimada.

— Puede que el señor Dudley nos pueda aclarar este malentendido cuando regrese —comento rezando en silencio para que así fuera, mirando de reojo a Emma.

Parecía tan decepcionada, allí parada, con la cabeza baja, como si el mundo se hubiera hundido bajo sus pies, odiaba verla tan apagada y marchita, cuando era una de las personas más activa y entusiasta que había conocido.

—Seguro que Dudley nos da noticias sobre el Duque —dijo, Halfred, preocupado por su amiga.

—Es probable, el señor Pierson nos visitó hace unas semanas y estuvieron reunidos en su despacho, puede que el pueda decirles más.

—¿El señor Pierson? —pregunto, Becca, curiosa al no reconocer el nombre.

—El secretario personal del Duque —les aclaro —él viajó con Alister a Thurson y regreso a recoger algunas cosas en su nombre, ya debe de estar de vuelta con su excelencia.

—Seguro que es así —intervino de nuevo, Halfted —, ahora si nos indica donde podríamos quitarnos el polvo del camino y esperar al señor Dudley se lo agradeceríamos.

—Ay por Dios, lo que deben estar pensando de mí —se disculpó sonrosándose de vergüenza por su descuido y falta de hospitalidad —por favor, síganme, sus habitaciones llevan preparadas desde hace días —balbuceaba presa de los nervios —incluso su equipaje está siendo trasladado allí mientras hablamos.

Los demás la siguieron hasta la segunda planta, donde sus aposentos habían sido dispuestos.

—Un lacayo les esperara fuera para acompañarlos a la sala cuando estén listos —les informo antes de disculparse de nuevo y regresar sobre sus pasos.

Como media hora después, todos se encontraba en la agradable sala de estar de la familia Dudley.

—Siento no haber estado aquí para recibirlos —se disculpó, Dudley, poniéndose en pie a su llegada —mi esposa me estaba comentando vuestro malestar, Lady Braynning al descubrir que su excelencia no se encontraba en el castillo.

—Alister ...

—No quiso poner por escrito cuál era en realidad su destino por si la misiva era interceptada —la aclaro —ni siquiera mi esposa conocía su existencia y mucho menos su contenido —comento, volviéndose hacia ella con una disculpa en la mirada —, aquí hasta la más misera piedra podría tener oídos.

Emma levantó la cabeza hacia él, así que no lo había malinterpretado todo en su desesperación por encontrar a su amiga, sintió que las piernas comenzaban a temblarle y extendió la mano, buscando a tientas un sitio donde sentarse.

Braynning se dio cuenta de su estado y la guio con cariño hacia el diván.

—Siento muchísimo el malentendido, milady —comento compungido al ver las lágrimas surcar su rostro en silencio.

—Entonces, hemos de suponer que el motivo de la misiva es el mismo que nos ha traído hasta aquí —intervino, Becca, dándole así un poco de tiempo a Emma para recuperarse.

—Sí, milady, es más, debéis llegar a Thurson lo más rápidamente posible, ya que están esperando algo que puede suceder en cualquier momento y desean que estéis presentes cuando ocurra.

Emma levantó la cabeza al oírle, sorprendida, no podía haber dado a entender lo que estaba pensando, eso era imposible, seguro que había malinterpretado sus palabras.

—Lo único que me ha quedado claro de toda vuestra enigmática conversación es que debemos seguir viajando hasta Thurson sin que nos digáis el motivo de esta premura, ni que

encontraremos a nuestra llegada —bufo, Halford, mal humorado por mantenerle en la ignorancia.

—Partiremos al amanecer sin más demora —anuncio, Emma, secándose las lágrimas con el pañuelo que Collins le había prestado.

—Si fueran tan amable de ofrecernos alojamiento hasta nuestra partida —les pido, Becca — o indicarnos la posada más cercana donde poder pasar la noche, se lo agradeceríamos.

—Ay, por Dios —se lamentó de nuevo la señora Dudley —por supuesto pueden quedarse todo el tiempo que deseen y volver a visitarnos cuando gusten, esta es su casa, sus puertas siempre están abiertas.

—Gracias —dijo, Braynning, quien seguía observando a Emma preocupado.

—Me temo que mi esposa tardara un tiempo en perdonarse su falta de hospitalidad al no mostrarles sus aposentos en cuanto llegaron, entreteniéndolos en la puerta con su parloteo.

—Tranquila, señora Dudley, nosotros también somos culpables, al acribillarla con nuestras preguntas, en busca de noticias —dijo, Emma tratando de zanjar el tema de una vez por todas.

Pasaron el resto de la tarde charlando sobre los campos y las últimas ventajas que estaban incorporando, hasta retirarse tras la cena a descansar antes de reanudar su viaje a Thurson.

Donde no esperaban tener más sorpresas y encontrarse, por fin, con el Duque de Alistair quien los esperaba, pero no era él quien los esperaba en la posada donde Dudley les dijo que le encontrarían.

## Capítulo 10

Cinco días, más viajando, pero por fin habían llegado, pensó Emma incorporándose al notar la desaceleración del carruaje al entrar en el patio de la posada en Thurson.

Pierson llevaba toda la mañana pendiente de la llegada de los carruajes, desde su posición en el salón principal de la taberna, junto a la ventana, según sus cálculos, si nada los había retrasado, ese día llegarían los invitados que el Duque esperaba.

Vio entrar el gran carruaje tirado por seis hermosos caballos pardos y reconoció al instante el escudo de la familia Braynning en las puertas.

Por fin, habían llegado, pensó poniéndose en pie y dirigiéndose a la salida.

—Por favor, que me traigan mi caballo —le pidió al mozo de cuadra con el que se cruzó yendo a su encuentro.

—Enseguida, señor.

No espero más y siguió su camino, observando como sus ocupantes descendían.

—Buenos días, soy el señor Pierson, secretario personal de su excelencia —se presentó a sí mismo, llegando junto a ellos.

—Si se atreve a decir que Alister no se encuentra aquí y que debemos seguir viajando, montaré tal escándalo que me oirán hasta en los salones más selectos de Londres.

—Usted debe de ser Lady Braynning, supongo —replico sin inmutarse, su excelencia ya le había advertido sobre ella.

—¿El Duque se encuentra aquí o no? —intervino, Halfted, malhumorado.

—A menos de siete millas, milord, yo mismo les acompañaré hasta allí.

—Esto es ridículo —replico, Becca, tan enfadada como su esposo —espero que haya un buen motivo para tratarnos así.

—Lo hay, milady, —dijo, volviéndose hacia ella, armándose de paciencia —a pesar de las precauciones que tanto les han molestado, los cazarrecompensas les han seguido hasta aquí desde que salieron de Halftead, era primordial identificarles y controlar cada uno de sus movimientos antes de que llegaran.

—¿De que demonios está hablando? —inquirió, Braynning, furioso —hemos viajado con nuestras familias hasta aquí, si corrían algún peligro deberíamos haber sido informados de inmediato.

—Cálmate, no hemos corrido ningún peligro, es a quien acompaña a Alister a quien

amenazan, por eso él ha permanecido a su lado en todo momento, incluso ahora.

—Exacto, lo entenderán todo en cuanto lleguemos.

—Alister tiene mucho que explicarnos —sentencio, Halfted, furioso.

—Por favor, si son tan amables de subir al carruaje de nuevo, nos pondremos en marcha —anunció, Pierson, volviéndose hacia el mozo que sostenía su caballo.

—Pero mucho que explicar —corroboró, Braynning, aún más furioso que antes.

—Por Dios dejar de refunfuñar y acabemos con esto de una santa vez —les regañó, Becca, su actitud, volviendo a acomodarse dentro del carruaje.

—Pero ... —comenzó, Halfted a protestar de nuevo al entrar tras ella.

—Todo está bien, todo estará bien —repetía, Emma, una y otra vez.

—Emma, cariño —intentó, Collins, llamar su atención acercándose a ella.

Emma se replegó aún más contra el rincón del carruaje al sentir su presencia a su lado.

—Está bien, tiene que estar bien —continuo murmurando presa de la desesperación — Alister se asegura de que este a salvo.

La verdad es que no se había percatado del peligro que corría Mariam, a pesar de todo el secretismo a la hora de pronunciar su nombre o el motivo de su viaje.

No hasta que el señor Pierson menciona a los cazarrecompensas, entonces todo cayó por su propio peso y un miedo atroz, que era incapaz de controlar, se había adueñado de ella.

Y si en su deseo de reencontrarse con su querida amiga, la habían puesto aún en más peligro del que ya corría, se preguntaba desesperada.

—No, Alister nunca haría algo así, nunca les hubiera mandado a buscar si no estuviera seguro de que controlaría la situación y nadie correría peligro —reflexionaba en voz alta — nunca lo haría.

Todos en el habitáculo guardaban un sepultrar silencio, incluso los niños, ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor, dormían como angelitos.

Apenas se atrevían a respirar por no desestabilizarla y ninguno sabía que hacer para ayudarla, verla sufrir de esa manera los estaba volviendo locos, sobre todo a Collins. Que no dejaba de rezar en silencio, porque llegaran pronto a su destino con la esperanza de que así todo se aclararía y Emma volvería a estar bien, pensó cada vez más preocupado.

Sintió como el carruaje desaceleraba y se detenía ante una inmensa muralla de piedra.

Emma fue la primera en bajar de un salto y se precipitó hacia la puerta semioculta, todos se apresuraron a ir tras ella.

—¿Dónde está? —grito histérica, nada más ver a Alister que salía a recibirlos —si la ha ocurrido algo bajo vuestra protección os arrancaré las entrañas con mis propias manos.

—Yo también me alegro de veros, Lady Braynning, espero que hayáis tenido un buen viaje —la saludo divertido, sin inmutarse por su amenaza.

Nunca hubiera esperado no ver a su valiente amiga hecha una furia haciendo frente a quien fuera, si pensara que uno de sus seres queridos podría ser dañado por este.

—Tan bruta como siempre, ya veo que convertirte en Vizcondesa, no ha refrenado tu genio y mucho menos convirtiéndote en la Dama que todos esperan de ti —dijo, Mariam, entrando por la puerta de la cocina para reunirse con ellos.

Alister la observaba en silencio, se la notaba nerviosa, expectante por ver su reacción después de tanto tiempo, pero a la vez ilusionada por tenerlos allí.

—¿Cómo ...? —balbuceo, Halfted, luchando por salir del estupor en el que se encontraba al ver a su querida hermana frente a él —. Vosotras lo sabíais y no habéis dicho nada —grito, volviéndose hacia su esposa y Emma señalándolas con el dedo.

—Alister nos invitó para reunir a toda la familia, y aunque hemos viajado todos juntos hasta aquí, siempre nos ha faltado un miembro —murmuro, Braynning, comenzando a entender lo que la misiva decía exactamente.

Halfted abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella, ¿cómo había podido ser tan estúpido?, se regañó a sí mismo al comprenderlo, estaba tan claro desde el principio y no había sido capaz de darse cuenta.

—Tranquilo, querido, leer entre líneas, nunca ha sido una de tus virtudes —dijo, Becca, apoyando su mano sobre su hombro tratando de aliviarle.

—Podéis dejar de discutir de una vez y darme un abrazo —sugirió, Mariam, con lágrimas en los ojos —he esperado mucho tiempo para esto, incluso llegué a pensar que nunca ocurriría. No puedo estar más agradecida a Alister por encontrar una manera de hacerlo posible y convencerme de que era seguro, no estaríais aquí, conmigo de otro modo.

Emma se lanzó a sus brazos sin pensarlo dos veces en un apretado abrazo, dejándola ver lo que la quería.

Alister se echó a un lado incómodo al verlas llorar a lágrima viva, nunca se sentía cómodo al ver las lágrimas de una mujer, aunque en este caso fueran de alegría.

Alister se tensó al oír la vacilante voz de George llamándole desde la entrada y se volvió hacia él con un mal presentimiento.

—¿Qué ocurre?

—Acaban de comunicarme que se ha enviado una misiva urgente desde la taberna de Thurson al condado de Leinster en Irlanda.

—Interceptarla, aún necesitamos ganar algo de tiempo —ordeno sin vacilar.

—Como deseéis, excelencia.

Alister le vio marchar antes de volverse hacia sus invitados, muy consciente del silencio que se había adueñado de la sala mientras hablaba con George.

—Ahh, no, tenemos un trato —la recordó a su esposa poniéndose serio —nosotros nos ocupamos de Leinster —dijo señalando a Halfted y Braynning —cuando llegue el momento y tú dejas de preocuparte por el bien del bebé.

—Pero ...

—Sin peros —la corto, autoritario —, no participarás en esto, ninguna de vosotras lo haréis, ¿está claro?

—Eso lo decidiré cuando sepa a qué te refieres exactamente —protesto, Emma, evitando

comprometerse.

—Entonces será mejor que nos sentemos, hay una larga historia que contar —sugirió, Alister, señalando los divanes y sillones de la sala.

—Pero antes debería presentarme, ya que por lo visto nadie más tiene intención de hacerlo —dijo, Becca, volviéndose hacia su esposo con una mirada de reproche—. Soy Rebecca Halfted y este es nuestro hijo, Kevin, futuro Conde de Halfted —continuo tomando al pequeño de brazos de su niñera antes de volverse para mostrárselo.

—Encantada de conoceros, milady —dijo, Mariam, haciendo una reverencia y acercándose para tomar a su sobrino en brazos por primera vez —has estado muy ocupado durante mi ausencia —le reprocho medio en broma, volviéndose hacia su hermano —, me alegro mucho que encontraras a alguien con quien compartir tu vida y te ayudara a afrontar nuestra separación.

Halfted la miro sin saber que decir, por lo que dio un paso al frente y la estrecho entre sus temblorosos brazos.

—Vale y ese es John, el futuro Vizconde de Braynning —dijo, Emma, una vez que se separaron —, pero ya tendrás tiempo de achucharle más adelante, ahora si nos indicas donde pueden instalarse nos harías un favor.

—Oh, perdonarme, os acompañaré arriba.

—Yo lo haré —se ofreció, Alister adelantándose e indicándoles las escaleras, habían dispuesto toda la tercera planta de la casa para poder cubrir sus necesidades y las de sus cuidadoras, las cuales le siguieron a la planta superior.

—Aún no podemos disponer de todo el servicio que necesitamos, Alister prefiere esperar a que el niño nazca antes de que alguien nuevo entre en el refugio, por temor a comentarios indeseados que podrían llegar a Leinster y perjudicarnos a la hora de enfrentarse a él.

—Esto cada vez se ve más complicado y necesitamos saberlo todo para poder ayudarte.

—Collins tiene razón, anda ven aquí —la indico, Emma, palmeando un lugar junto a ella en el diván — cuéntanoslo todo.

Alister regreso a la sala justo en ese momento y se apresuró a ocupar un sillón junto a ellos.

Iba a ser un día muy largo, lleno de explicaciones y recuerdos, pero del todo necesario, ninguno de ellos se conformaría con un simple resumen de lo acontecido, ni era deseable que así fuera o no podría contar con ellos frente a Leinster.

Solo esperaba que Mariam pudiera enfrentarlo con la valentía de siempre y no se desmoronara en mitad de la historia.

—Está bien, pero antes de nada debo pedir disculpas a mi querido hermano por no confiar en él lo suficiente, aunque los documentos que Leinster me enseñó eran tan concluyentes que cualquier jurado te hubiera encontrado culpable, condenándote a la pena capital y eso era algo que no podía permitir bajo ningún concepto.

—He visto los documentos y tengo que darla la razón en eso —dijo, Alister.

—Eso es imposible, no existen tales documentos —se defendió, Halfted, atónito.

—Eso lo descubrí cuando ya era demasiado tarde, tanto los informes de las autoridades como las declaraciones juradas de los testigos fueron sustituidos por otros falsos, que los Leinster habían comprado, gastándose una fortuna, solo para destruirte, ocultando los verdaderos —les explico—. Aunque su intención inicial era destruirlos por completo, mi esposo decidió guardarlos en la caja fuerte de su despacho, pensando que nunca volverían a ver la luz.

—No os preocupéis, Halfted, todos los documentos, tanto los falsos como los originales se encuentran ahora en mi poder —le informo, Alister, al verle tan sorprendido—. Mariam tuvo la precaución de tomarlos antes de marcharse y con la ayuda del refugio y la firma de un notario se han depositado copias totalmente legales ante los juzgados en Edimburgo y Londres, al igual que tus abogados y otros lores de confianza poseen un sobre con los mismos, por si Leinster decidirá iniciar un pleito contra ti.

—Estoy segura de que su excelencia os lo mostrara en otro momento y podréis hablar largo y tendido sobre ellos —sugirió, Becca, al ver como la conversación se había desviado del tema.

—Os lo prometo —dijo, el aludido, ahora hay un asunto mucho más importante del que debemos ocuparnos, la vida de vuestra hermana y el bienestar de vuestro sobrino depende de ello.

—Por el amor de Dios, les estás asustando, planteádoselo de esa manera.

—Qué tal si nos lo cuentas todo y dejas que nosotros mismos nos hagamos una idea del peligro que corréis —propuso, Braynning, quien se había mantenido en un discreto segundo plano hasta el momento, observando toda la escena en silencio.

Mariam paseó la mirada entre aquellos rostros tan queridos para ella y que tanto había echado de menos, no sería una conversación agradable para ninguno de ellos, pero necesaria, tomo una larga respiración para darse valor y comenzó a contarles como Leinster se acercó a ella en Londres y todo lo que aconteció después.

Ninguno de los presentes se atrevió a interrumpirla hasta que acabo su historia y aún necesitaron unos minutos más para procesarla.

—Es duro de digerir y tendréis muchas preguntas, pero os propongo que lo dejemos estar por hoy y disfrutemos de una succulenta cena antes de retirarnos a descansar —sugirió, Alister, viendo el estado en que su esposa se encontraba —mañana retomaremos el tema y resolveremos todas vuestras dudas.

—Me parece una buena idea —le apoyo, Becca—. Mariam parece estar agotada y no debemos olvidar su avanzado estado de gestación.

—Someterla a todo esto no es bueno para el bebé —corroboro, Emma.

—Estoy bien.

—Aun así seguiremos mañana —ordeno, Halfted, levantándose y tendiéndole la mano para ayudarla a ponerse en pie.

Todos los demás le imitaron y se trasladaron al comedor para disfrutar de la cena antes de subir a sus aposentos a descansar, los acontecimientos del día los había dejado exhaustos, a todos.

Alister acompañó a su esposa a su dormitorio para desearla buenas noches antes de

regresar a la sala, sabiendo de antemano que Braynning y Halfted no tardarían mucho en bajar, buscándole, exigiéndole respuestas a preguntas muy delicadas como para plantearlas ante las damas.

No tuvo que esperar mucho, menos de media hora después, los tres se encontraban instalados en sus sillones, saboreando sendas copas de buen whisky escocés, abordando el tema que les interesaba.

La reunión se alargó toda la noche, pero al llegar al alba se encontraban satisfechos consigo mismos al haber alcanzado un plan de actuación frente a Leinster, que protegería a Mariam y su bebé.

Ahora solo faltaba ponerlo en marcha en el momento adecuado y lograr mantener a sus entrometidas y valientes esposas lejos del mismo, algo que no tenían claro que fueran a conseguir ninguno de ellos.

# Capítulo 11

Tal y como, Mariam esperaba, Emma se interesó inmediatamente por el refugio y las personas que allí residían.

Dada su experiencia personal con su malvado tío, siempre había querido construir algo así en Halfted, incluso lo intentaron, pero la seguridad que podían ofrecer a las mujeres que buscaban su ayuda frente a sus perseguidores, no era mucha, por lo que se vieron obligadas a desistir.

Emma podía ver la diferencia, la gran muralla que les aislaba del exterior y todo un pueblo, un clan de fieros guerreros escoceses dispuestos a defenderlos.

Las personas que acudían allí se sentían seguras, porque lo estaban, y eso les permitía curar sus heridas, para elegir un futuro, fuera del cruel dominio de sus amos.

Tal y como, Roxanne había dicho, el refugio tan solo era un lugar de paso para muchos de ellos y aunque habían hecho un gran trabajo, ofreciéndoles un hogar.

Muchas cosas podían mejorarse, pero sobre todo, aumentar su capacidad, ya de por sí reducida e insuficiente, se había convertido en una necesidad para Emma, quien se pasaba las mañanas visitando el refugio, charlando con las personas, pero sobre todo tomando notas de lo que creía que podría mejorarse y como.

Mariam e incluso Roxanne, cuando sus quehaceres lo permitían, la acompañaban, contagiadas por su entusiasmo.

Emma deseaba contar con todos los datos y testimonios que pudiera reunir, antes de presentarle un plan a Alister con todo lo que se podía hacer allí.

El dinero no sería problema, ella misma lo financiaría, estaba segura de que Collins no pondría ningún problema para ello.

Becca por su parte dedicaba sus mañanas a pasear por los alrededores, bosquejando a grandes rasgos en su cuaderno, todo era tan distinto allí, comparado con Londres, que quería plasmarlo antes de que se marcharan, dudaba mucho de que volvieran, ese lugar estaba demasiado lejos para ellos y hacía tanto frío.

Una helada racha de aire helado la recordó a su querida Nusa, a quien había dejado en casa sin saber que estarían tanto tiempo ausentes.

Era la primera vez que permanecían tanto tiempo separadas, desde que llegó a su vida y echaba de menos su compañía.

A veces se cruzaba con Alister, Halfted y Braynning, quienes permanecían ocupados con

sus asuntos, las cosecha, los campos, las necesidades de la aldea o simplemente sentados en la taberna saboreando sendas jarras de aguamiel.

Tras el almuerzo, todos se reunían en la sala o la biblioteca donde jugaban con los niños y conversaban.

La vida en las Tierras Altas era muy hogareña y familiar, todo un cambio a como solían conducir sus vidas en Londres, donde quedarse en casa con la familia se consideraba una aberración de lo más aburrida, con todas las diversiones de las que disfrutar en sociedad.

Esa era una de las cosas que Becca nunca echaría de menos, aunque en Halftead llevaban una vida más agitada, con los típicos compromisos sociales del campo, siempre había tiempo para la familia y eso la encantaba.

Aunque nadie hablaba de ello, todos estaban expectantes ante el nacimiento del bebé de Lady Mariam, quien había decidido quedarse más tiempo del habitual en el vientre de su madre y eso los preocupaba.

Cinco días después de su llegada, el 11 de septiembre de 1807, llegó al mundo Lady Freiya Alister, en un parto tan natural y rápido, que incluso el médico y la comadrona llegaron cuando casi había nacido.

Por lo que Emma, Becca y Roxanne que se encontraba cerca, tuvieron que asistirle.

Lo mejor es que los caballeros también estaban ausentes, por lo que no tuvieron que lidiar con ellos y su malestar al sentirse impotentes por no poder hacer nada para aliviar el sufrimiento de la parturienta, pensó, Emma, recordando como tuvo que recurrir a dos fornidos mozos, para que retuvieran a Halftead, cuando Becca pasó por ese trance.

A Collins, no hubo quien le detuviera y estuvo junto a ella, sentado en la cabecera de su cama todo el tiempo, susurrándole palabras de amor y consuelo, sonrió al recordarlo, aun a día de hoy era incapaz de decir quién de los dos lo pasó peor en esos momentos.

Emma se echó a un lado, pegándose a la pared, en su camino a la cocina, para pedir que le subieran un caldo a Mariam, cuando oyó la puerta abrirse de golpe y Alister pasó ante ella como un rayo en su afán de reunirse con su esposa cuanto antes.

—Todo está bien y las dos se encuentran descansando, no hay de que preocuparse —dijo, Emma, al ver llegar a Collins junto a Halftead, tras el Duque.

—Gracias a Dios.

—Entonces ha sido una niña —dijo, Braynning al oírla —mejor, eso nos evitará muchos problemas.

—Si hubiera sido el heredero del Condado de Leinster nos complicaría mucho las cosas —terminó, Halftead, por él.

—Sí, todo será más fácil al ser una niña y Mariam está encantada con ello —les aseguro —, que tal si vais a la sala o la biblioteca hasta que os avisen para que podáis verlas —les propuso reanudando su camino hacia las cocinas.

—Yo os acompañaré —anuncio, Becca, uniéndose a ellos.

—Yo iré a buscar a George para darle la noticia —les dijo, Roxanne, pasando ante ellos y abandonando la casa.

Ya no era necesaria allí, por lo que sería mejor que se marchara y dejara sola a la familia, pensó, sintiéndose una extraña entre ellos, aún tenía muchas cosas por hacer esa mañana.

Alister empujó con cuidado la puerta de los aposentos de Mariam, temeroso de lo que encontraría en su interior.

Aún no podía creérselo, tan solo hacía un par de horas que todo era como una mañana cualquiera, se despedían tras el desayuno, antes de salir a sus quehaceres.

Las Damas al patio de armas de la fortaleza y ellos al campo norte, a revisar un arado que no estaba dando los resultados esperados.

Apenas se habían puesto manos a la obra cuando les llegó la noticia y habían vuelto al galope, pero ya todo había acabado.

—Vas a entrar de una vez o piensas quedarte ahí plantado para siempre —le invito, Mariam, al ver su indecisión.

Alister no se lo pensó dos veces y entro en el cuarto, yendo directamente hacia la cama.

—Te presento a Lady Freiya Alister —dijo, mostrándosela por primera vez.

—Mi hija —murmuro recorriendo con un dedo su hermoso rostro.

—Bueno ...

Alister se giró hacia ella furioso, esa era su hija y mataría a cualquiera que se atreviera a cuestionarlo.

Mariam se tragó sus palabras al verle tan enfadado, lo decía en serio, ese bebé, era para él su hija dentro de su corazón y ella no podía estar más satisfecha con el gran padre que sería, le sonrió con ternura.

En un impulso extendió su mano por detrás de su nuca y lo acercó hasta que sus labios se rozaron en un tierno beso, cargado de sentimientos, despertando emociones que ambos disfrutaron.

Alister se enderezó sorprendido, el beso había acabado tan rápido como empezó, dejándolo confundido, con el sabor amargo del deseo de profundizarlo y ver cuanto más lejos los podía llevar, sin imponerse, dejando que ella se entregara libremente a él.

Por el amor de Dios, en que demonios estaba pensando, era una mujer que acababa de alumbrar a su hija y necesitaba recuperarse antes de recibir a cualquier hombre en su interior, se regañó a sí mismo enfadado con a donde le habían llevado sus pensamientos.

Eso suponiendo que Mariam deseara entregarse a él, algo que era más que probable que nunca ocurriera, suspiro resignado, recordando cuál era la realidad de su matrimonio y lo que la había prometido antes de que se casaran.

Él era un hombre de palabra y nunca rompería su compromiso, con ella.

Mariam estaba asombrada, nunca pensó que sería tan fácil volver a disfrutar de un beso después de todo lo ocurrido, pero tenía que reconocer que lo había disfrutado, como antes de que Leinster la hiciera todas aquellas cosas horribles, acabando con su deseo de querer cualquier contacto con un hombre y el temor que en ella despertaba.

Aunque puede que estuviera equivocada y algún día sí que pudiera entregarse a Alister, pararle el heredero que se merecía, pensó, sintiendo renacer la esperanza en su interior.

Pero hoy no era ese día, se recordó dolorida dejándose vencer por el sueño.

Cuando se recuperara y el médico diera su visto bueno, volvería a intentarlo, se prometió, cerrando los ojos justo antes de quedarse dormida.

Alister tomó a la pequeña en sus brazos con cuidado y la dejó en el canasto que hacía las veces de cuna, preparado a los pies de la cama para la ocasión, antes de acomodarse en uno de los sillones junto a la chimenea, dispuesto a velar sus sueños.

A otras mujeres les molestaría que tras casi dos semanas desde el alumbramiento de Freiya la siguieran tratando entre algodones, pero a Mariam la encantaba.

Toda la familia se había volcado con ella, sobre todo Alister, colmándola de atenciones y consintiéndola hasta el más mínimo de sus caprichos.

Cada mañana la obsequiaba con un ramo de rosas frescas, sus flores favoritas, al igual que anteriormente, lo habían sido de su madre.

Y cada mañana se hacía la misma pregunta, de dónde las sacaría, ya que no estaban en primavera, cuando los rosales se colmaban de flores para dar la bienvenida al buen tiempo, celebrando el final del invierno, pero ese no era el caso. Más bien era todo lo contrario, el invierno llegaba cada día con más crudeza a las Tierras Altas, con un frío cada vez más intenso.

Así que solo podían ser de un invernadero, aunque no creía que en Halkrik ni en Thurson hubiera alguno, estaba claro que se equivocaba, ya que Alister había conseguido encontrarlo para ella, ese pensamiento la hizo sonreír con ternura, al pensar en él recorriendo cada rincón de ambas ciudades, buscando como alegrarla cada mañana al despertar.

Siempre había tenido sentimientos hacia ese hombre desde que se conocieron, pensó, recordando el pasado, estaba muy ilusionada al pensar que sería su esposa al acabar la Temporada, pero todos sus sueños saltaron por la ventana al conocer a Leinster y tener que ceder ante su chantaje, sintió como un escalofrío la recorría la espalda solo con recordarlo.

Había sido muy difícil para ella renunciar a él, a la vida que la había prometido a su lado como su Duquesa, nunca pensó, ni en el más loco de sus sueños, que tendría otra oportunidad, pero allí estaba. Sentado frente a ella en aquella mecedora, sosteniendo entre sus brazos a la hija del hombre que le robó a su Dama, queriéndola como si fuera suya.

Unos discretos golpes en la puerta la sacaron de sus cavilaciones, devolviéndola al presente bruscamente.

—Adelante.

—El almuerzo está servido, excelencias —anuncio la señora Caster desde el umbral.

—Enseguida bajamos —la contesto, Alister, poniéndose en pie, aun con la pequeña en sus brazos.

Mariam dejó su bordado en la cesta y le siguió en silencio.

Algún día sería de verdad su esposa y le devolvería todo el cariño que él la profesaba, se prometió así misma, más decidida que nunca, a conseguirlo.

## Capítulo 12

Becca regresaba de su paseo por el bosque aquella mañana, cuando vio llegar a los carruajes con el resto del equipaje y parte del personal, se colocó bien su bolsa donde llevaba su cuaderno de dibujo.

La encantaba perderse por las mañanas hasta la hora del almuerzo, tratando de plasmar en sus páginas la magia que la rodeaba.

Vio como otros mozos se acercaban para descargar lo que transportaba, de repente una de las puertas del último carruaje se abrió y una enorme masa de pelo, salto al exterior con un ladrido atronador, con un fuerte tirón, se liberó de su cuidador y se lanzó a la carrera nada más verla.

Becca noto como lágrimas de alegría surcaban su rostro al reconocerla, dejándose caer de rodillas para recibirla.

—Nusa —baluceo sollozando abrazada a su cuello—. Como te he echado de menos, mi querida Nusa —murmuro besando su algodonada cabeza.

—Y a mí no vas a saludarme —dijo, Halfted llegando hasta ellas.

Nusa se retorció para escapar de su abrazo y salto sobre él, colocando las patas delanteras sobre su pecho para lamerle la cara.

Gracias a Dios, Halfted se había preparado para su embestida, si no hubiera acabado en el suelo, como tantas otras veces.

Nusa era un San Bernardo, más grande de lo normal, o al menos era lo que a él le parecía, desde que la conoció, con una fuerza enorme.

—Nusa, abajo —la regaña, Becca, al ver que no tenía intención de dejar de lamer a su amo, se agachó para tomar la correa y darle un ligero tirón—. Qué maneras son esas de comportarse para una dama educada como tú.

Nusa al final decidió abandonar su objetivo y retroceder hasta sentarse a su lado.

—Pensé que la gustarían estos bosques —respondió, Halfted, a la mirada inquisitiva de su esposa.

—Ya.

—Además, este invierno tan frío le recordará a los Alpes donde nació —añadió haciéndose el inocente.

Becca se rio a carcajadas y se acercó a él, para besarle con todo el cariño que despertaba

aquel gran hombre en su corazón.

—Gracias —murmuro junto a sus labios.

—La echabas de menos —dijo, conocedor de sus sentimientos hacia su fiel amiga —y no deseaba que Nusa pensara que la habíamos abandonado al estar tanto tiempo lejos.

Becca no pudo hacer otra cosa que besarlo de nuevo, cada día daba gracias de Dios por haberlo puesto en su camino y hacer que la amara.

—Nusa es un miembro más de nuestra familia, sin ella no estaríamos completos.

Becca fue a responder cuando noto un fuerte tirón de la correa, Nusa se había cansado de esperar y deseaba recorrer los alrededores.

—Dámela iré a darla un buen paseo para que se desentumezca del viaje.

—Está bien, pero ni se te ocurra soltarla, todo esto es desconocido para ella y podría perderse.

—Tranquila, no tardaremos.

—Más os vale o la señora Caster se sentirá muy ofendida si haces que se enfríe el almuerzo.

—Y no tendrá ningún escrúpulo en hacerme saber su disgusto durante la cena.

—No tengas ninguna duda de ello —dijo a modo de despedida, reanudando su camino hacia la casa.

Halfted se quedó observando su esbelta espalda mientras se alejaba, hasta que Nusa volvió a dar un fuerte tirón al tiempo que emitía uno de sus más lastimeros ladridos para llamar su atención.

—Tienes toda la razón —la dijo volviéndose hacia ella —, venga, vamos a dar ese paseo que te he prometido.

Halfted se giró hacia el bosque adentrándose a buen paso, Nusa correteaba junto a él emocionada, aunque le hubiera gustado soltarla, para que corriera en libertad, Becca tenía razón, ese bosque era demasiado espeso como para poder vigilarla desde la distancia.

—En unos días, Nusa, por ahora solo pasearemos —la dijo, como si adivinara sus pensamientos.

Nusa volvió a lanzar un ladrido lastimero y acomodó su paso al de él, por instinto.

Alister y Mariam se quedaron sorprendidos, como todos los que la veían por primera vez, por su gran tamaño y la miraban recelosos, pero en tan solo unos minutos se ganó sus corazones.

Ahora, sí que de verdad estaba toda la familia reunida, pensó Becca, abandonando la mesa tras el almuerzo, subiría un rato a descansar a sus aposentos, antes de ir al cuarto de los niños a recoger a Kevin y regresar a la sala para pasar la tarde.

Nusa no dudó ni por un segundo en acompañarla y acomodarse sobre la suave alfombra frente a la chimenea para velar su sueño.

Alister se levantó del sillón esa tarde para recibir a Roxanne y George, a quien había hecho llamar para la ocasión.

—Excelencia —le saludo, Roxanne, con una ligera reverencia, al tiempo que George inclinaba la cabeza ante él.

—Buenas tardes —les correspondió —, por favor, sentaos —dijo indicándoles el diván que aún no estaba ocupado en la sala —os preguntaréis por qué os he convocado. El caso es que espero poder contar con vuestra opinión sobre lo que voy a proponer aquí esta tarde a todos.

—Por fin, nos contarás en que consiste tu plan para el refugio —intervino, Mariam, adivinando a que se refería.

—Sí, mi impaciente esposa —la respondió volviéndose hacia ella con una sonrisa en los labios.

—Ya era hora de que sacases el tema, porque yo tengo una lista interminable de mejoras que podrían llevarse a cabo, con tu permiso, por supuesto —intervino, Emma, levantándose —iré a buscarla.

—Por qué no le dejas hablar primero y después discutís tu lista —la propuso, Collins, agarrándola por la muñeca y tirando suavemente de ella para que volviera a sentarse.

—Eso sería una gran idea —estuvo de acuerdo, Halfted, conociendo su faceta a la hora de hacer listas de tareas pendientes.

Becca paseó la mirada entre ellos, pero no dijo nada y retomo a centrar su atención de nuevo en Nusa y en como vigilaba a los bebés tendidos sobre la alfombra, quienes parecían disputarse su atención, con sus pataditas al aire y balbuceos.

Esa simple vista era mucho más agradable que cualquier cosa que tuvieran que decir sobre el refugio.

No es que no estuviera encantada con su existencia, la cual reconocía que era muy valiosa para las mujeres, ni tampoco es que fuese a negar su ayuda en lo que la pidieran, pero ella tenía otras preferencias con las que pasar su tiempo libre, más satisfactorias.

—Necesito la colaboración de todos y cada uno de vosotros para que este proyecto salga adelante, ya que cada uno de vosotros poséis esa chispita de magia que vamos a necesitar —dijo, Alister, sintiendo todas las miradas sobre él.

—¿Magia? —pregunto, Collins, escéptico.

—Por el amor de Dios, es una forma de hablar —le regañó, Emma, por interrumpir —, todo el mundo sabe que la magia no existe.

—Bueno, eso es algo muy discutible en estas tierras —les recordó, Roxanne, donde estaban.

—Vale, olvidaros de la magia —intervino de nuevo Alister, temiendo que se enzarzaran en un gran debate sobre su existencia, ya que su clan creía en la magia tanto como en la cosecha que veían crecer cada año en sus campos.

Aunque esto fuera causado más por el trabajo duro que por algún conjuro mágico vertido sobre la tierra.

—En el tiempo que he estado aquí he estado pensando en como se podría aprovechar mejor el espacio dentro de estos muros, ya que fuera de ellos el refugio no sobreviviría —apuntó, por si a alguien se le había ocurrido sacarlo al exterior —y en la manera de albergar a más

personas de ser necesario.

—Eso es algo de lo que hemos hablado muchas veces en las reuniones del clan, pero aún no hemos sido capaces de ver como hacerlo —intervino, George, bastante interesado en ese tema.

—Más que ampliar su capacidad para acoger a más gente necesitada, deberíamos ver la manera de mejorar la calidad de vida de los que ya están aquí —sugirió, Roxanne, contrariada.

—Eso se lo dejamos a Emma, quien de seguro tiene mil ideas sobre ello —dijo, Halfted convencido.

—Por supuesto que sí.

—Bien, pues Emma podrá señalarte que hacer en ese sentido —concordó, Alister.

—Necesitaremos apoyo económico para poder llevarlo a cabo —insistió, Roxanne, desconcertada, conociendo cuál era la situación, el dinero lo tenían los hombres y si ninguno de ellos las financiaba, todo lo que podrían hacer ellas, como mujeres, era hablar y hablar, una y otra vez sobre las mismas ideas, sin poder ponerlas en práctica.

—De eso también se ocupara, Emma, este es su proyecto y no dejara que nadie más intervenga —dijo, Mariam, conociéndola —. Lleva muchos años soñando con poner algo así en marcha.

—Emma, posee una de las fortunas más grandes de Inglaterra, me atrevería a decir que tan solo la reina la supera y es libre de disponer de ella a su antojo —dijo, Collins, con orgullo —. El dinero no será problema, créeme.

—Tranquila, dispondremos de todo lo que necesitemos y si no es así, ellos también colaborarán.

—No será necesario que nos rasquemos nuestros pobres bolsillos —bromeo, Halfted, sobre el tema.

Roxanne fue a decir algo, pero decidió permanecer en silencio, sería verdad que por fin contarían con la financiación necesaria para mejorarlo todo, se preguntó, no acabando de creérselo.

Al fin y al cabo, ellos no eran más que lores ingleses a los cuales nada les ataba a esas tierras, salvo su amistad con Alister. Solo esperaba que eso fuera suficiente para que cumplieran su palabra y no los dejaran en la estacada a la mínima de cambio, pensó, el bienestar de muchas personas, que ya habían sufrido bastante, dependía de ello.

—Yo sí espero que colaboréis económicamente y de manera altruista en lo que voy a proponeros —dijo, Alister, llamando su atención de nuevo en sus palabras —ya que la inversión inicial es tan grande que no creo poder hacerlo solo.

—Que tienes en mente —pregunto, Braynning intrigado.

—Abrir la fortaleza —dijo, sin más —, es un edificio demasiado grande para no ser aprovechado, no solo para albergar al doble de las personas que ya están aquí, sino también para dotar de zonas comunes para el disfrute de todos.

—Es una buena idea, pero no creo que se necesite tanta inversión —dijo, Halfted, sin comprenderlo —un poco de limpieza, una capa de pintura y algunos muebles nuevos, como

mucho.

—Yo tampoco he observado grandes desperfectos en la construcción, al menos lo que se puede ver desde el exterior, parece haberse conservado en buen estado —observo, Braynning.

—Necesita mucho más que eso, creerme.

—Lo que yo no entiendo es porque no se está utilizando ya —pregunto, Becca, contrariada.

—Mi padre la cerró en cuanto ocupó su puesto como Laird de los MacFarlan, ordenando que nunca más se traspasaran sus puertas, para que todo lo que ocurrió entre sus muros, quedara allí enterrado para siempre y con el paso de las generaciones venideras, si tenían un poco de suerte, olvidado.

La sala entera callo en un silencio expectante tras sus palabras.

Alister tomó una respiración profunda para darse valor antes de continuar contándoles su historia.

—Si me permitís, yo lo haré por vos —intervino, George, viendo como le estaba afectando el tema.

—Gracias, tú serás más objetivo, adelante.

—Entre los muros de la fortaleza se ocultaba un centro de reclutamiento, por llamarlo de alguna manera, donde los nobles y terratenientes más pudientes, enviaban a sus hijos, diferentes, para que fueran reconducidos dentro de las normas de la sociedad —les explico brevemente — durante siglos fue un lugar de tortura y atrocidades, que acaban en muerte si no conseguían enderezar al noble descarrilado.

Todos en la sala permanecían en silencio, los que nunca habían oído hablar de aquel lugar, tratando de asimilar el horror que se ocultaba tras sus puertas, mientras el resto preguntándose si serían capaces de traspasarlas y devolverle su dignidad.

Ninguno de ellos sabía que se ocultaba en realidad en su interior.

—Va a necesitar más que una simple mano de pintura.

—Y mucho valor para borrar todo el horror que alberga en el recuerdo de quienes la transiten.

—Por eso he hecho llamar a George —se volvió hacia él —las puertas no se abrirán si el clan no lo permite.

—Entendido, tendremos la próxima reunión en pocos días, hablaremos sobre ello y lo someteremos a votación.

—Yo asistiré hasta que vayáis a abordar el tema, es mejor que no este presente para que puedan expresarse libremente —dijo, Alister, conociendo cuál era su posición entre ellos, a pesar del tiempo que llevaban conviviendo en sus tierras.

Era el Laird y le respetaban como tal, su palabra era obedecida y acatada sin discusión, pero seguían acudiendo a George si tenían problemas.

Aún no se había ganado su confianza ciega y no se engañaba así mismo, eso nunca sucedería.

Cuando acabara el invierno se marcharía y aunque volvería de visita, su vida no estaba en esas tierras y todos lo sabían.

Siempre sería ese Laird que de vez en cuando los visitaba, un extraño entre los suyos.

—Esa es una buena idea, la votación debe ser justa para todos —le alabo, George —, aunque no te puedo decir hacia que lado se inclinara la balanza en esta ocasión.

—La fortaleza siempre ha sido un tema tabú entre nosotros —intervino, Roxanne —que trae mucho dolor a la vida de muchos, con solo mencionar su nombre.

—Lo sé, por eso he decidido que sea el clan quien tenga la última palabra sobre el tema, en lugar de imponer mi voluntad sobre ellos.

—Supongo que hasta que eso ocurra no tiene sentido seguir hablando sobre el proyecto —comento, Halfted, convencido de ello.

—Ni de mi lista de mejoras —dijo, Emma, volviéndose hacia Roxanne —ya que no sabemos lo que la fortaleza puede ofrecer en realidad y podríamos duplicarlas, desperdiciando así recursos que bien pueden ser aprovechados en otras cosas.

—Estoy de acuerdo, esperar a la votación es la decisión más sensata.

—Bien, pues si no desea nada más, excelencia —dijo, George, levantándose —nosotros nos retiramos y les dejamos en paz, para que sigan disfrutando de su tarde en familia.

—Nada más.

Alister les acompaña a la puerta para despedirles.

Por ahora no había nada más que pudieran hacer, en cuatro días todo se decidiría, pensó regresando a la sala con los demás.

## Capítulo 13

Alister salió por la puerta de atrás de la mansión, dirigiéndose hacia la fortaleza.

Mariam, se despidió apresurada y fue tras él, al comprender cuáles eran sus intenciones.

—No pretenderás entrar ahí tú solo —dijo, alcanzándole a pocos metros de la escalinata de entrada.

—Debo enfrentarme a lo que se oculte en su interior antes de que alguien más lo haga.

—Supongo que tú tienes tus propios demonios sobre este lugar —comento, observando las enormes puertas de roble que se erguían ante ella.

—Nunca traspase su umbral —la confesó, abatido.

—Mejor, así será la primera vez para ambos.

—No tienes por qué hacerlo, no será agradable.

Mariam se giró hacia él para poder mirarle a los ojos.

—Ser tu compañera es lo único que puedo darte como esposa —le recordó, tomando su mano entre las suyas decidida —lo haremos juntos.

Ese simple gesto y su determinación a estar a su lado, cuando abriera las puertas, le habían devuelto el valor que comenzaba a fallarle.

—Está bien, allá vamos —dijo, adelantándose e introduciendo la enorme llave de hierro oxidado en la cerradura, la cual giro con suavidad a pesar de los años.

Alister y Mariam colocaron sus manos sobre la hoja, mirándose a los ojos y empujaron, unas bisagras bien engrasadas les permitieron abrirla sin esfuerzo.

Fuera el cielo se había vestido de nubes negras, dejando caer las primeras gotas, mientras rugía en la distancia, convirtiéndolo todo aún más siniestro de lo que ya era.

Alister tomo el farol que había llevado consigo y lo prendió antes de adentrarse en el enorme pasillo que los conduciría a su interior.

—Deberíamos ir a por más faroles y colocarlos a ambos lados al tiempo que avanzamos. Está demasiado oscuro como para ver nada.

—¿Tenéis miedo, excelencia? —la pregunto en tono de burla.

—Un poco, ¿Vos no?

—Para seros sincero parece el pasadizo del terror de cualquier caseta de feria que he visitado.

—Lo veis, tampoco sois inmune a la oscuridad —dijo, con voz triunfante ante su confusión —, será mejor que salgamos y volvamos más tarde, mejor preparados para combatirla.

—Esperar —dijo, soltándola la mano —debería haber algún tipo de iluminación a lo largo de las paredes, tener en cuenta que es el corredor principal, al que no llega ningún tipo de luz exterior —la explico —no es posible que caminaran a oscuras todo el día.

—Está bien, buscaremos un poco más, pero si no lo encontramos pronto nos iremos.

—De acuerdo, solo unos metros más —concordó con ella para tranquilizarla, ya volvería el solo más tarde si fuera necesario.

No tuvo que adentrarse mucho más, tan solo unos metros más adelante, encontró una especie de pequeña antorcha a media altura, fijada a lo que parecía ser una columna.

Acercó con cuidado el farol para prenderla, rogando en silencio que a pesar de los años no hubiera cogido demasiada humedad y encendiera.

Mariam observó en silencio como la débil llama iba tomando fuerza, iluminándolo todo a su alrededor.

—¿Antorchas?, un poco primitivo para nuestra época.

—Pero servirá.

—Por el momento, ya las cambiaremos más adelante.

—Como quieras, el tema de la decoración lo dejo en tus hábiles manos.

Mariam se volvió feliz al oírle, siempre había soñado con redecorar una casa por completo, sonrió al pensar en todas las posibilidades que ese lugar la ofrecía.

—Lo haré lo mejor que pueda —le prometió —, pero necesito ver más para poder hacerme una idea de lo que mejor quedaría.

—Entonces busquemos el resto de las antorchas.

—Vamos.

—Lo harás bien —la dijo, tomándola por el codo y volviéndola hacia él —estoy plenamente convencido de ello —la aseguro.

Mariam sintió como su corazón se saltaba un latido al oírle, sus miradas se quedaron entrelazadas en aquel momento de cariño, indecisas sobre lo que hacer o decir a continuación.

Sus cuerpos se acercaron tan solo un centímetro, anhelantes del contacto que el otro le ofrecía.

La luz plateada del relámpago entrando por la puerta entreabierta y el retumbar del trueno en las paredes de piedra, rompiendo el momento mágico que se había creado entre ellos, devolviéndoles a la realidad.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, este lugar es demasiado grande y pronto será la hora del almuerzo.

—Como siempre tenéis toda la razón, mi práctica esposa, dudo mucho que podamos ver algo más que este interminable pasillo.

—Entonces, volveremos esta tarde con la ventaja de que estará iluminado y podremos seguir avanzando.

—Tardaremos días en poder recorrerlo entero.

—No tenemos ninguna prisa, ¿no?

—No, pero esperaba poder enseñárselo a los demás y ver por donde podíamos empezar a trabajar para la próxima semana.

Conversaban mientras caminaban hacia el interior de la fortaleza, encendiendo todas las antorchas que encontraban a su paso.

—Supongo que deseas examinarlo tu primero antes de que los demás vengan.

—Esa era la idea, no deseo exponerlos a nada más desagradable de lo que ya supone entrar aquí.

—Por ahora no hemos encontrado nada tétrico, es más —le dijo, dándose la vuelta una vez llegaron a unas puertas dobles que indicaban el final del recto pasillo, el cual se abría en ambas direcciones a partir de ahí —anticuado y frío por la piedra de sus paredes, pero quedara mucho más acogedor una vez lo paneleemos y lo cubramos de cuadros y tapices.

Alister no pudo hacer más que sonreír al verla observar todo a su alrededor minuciosamente, con una mira de ilusión hasta ahora, para él desconocida.

Ojalá le mirara a él de esa manera, pensó, sintiendo como el deseo le hacía hervir la sangre de sus venas.

Demasiado tiempo sin una mujer, se dijo a sí mismo, sacudiendo la cabeza levemente tratando de controlarse, sería mejor que fuera a visitar alguna cama antes de hacer una tontería, como intentar seducir a su esposa, algo que la había prometido que no sucedería, se recordó contrariado.

—Será mejor que sigamos, a ver si por lo menos podemos encender todas las antorchas del pasillo de esta planta antes del almuerzo —la propuso alejándose de ella y del sentimiento que su embriagadora presencia le despertaba.

—Eso estaría bien, así esta tarde podríamos intentar ver las habitaciones que se ocultan tras estas puertas.

Ambos se pusieron de nuevo en marcha, más apresurados al no haber descubierto, hasta ahora, nada fuera de lo normal, lo cual hizo que sus temores disminuyeran.

Quizás en la planta superior, donde se suponía que estarían los dormitorios, encontrarán algún resquicio de lo que se suponía había ocurrido dentro de sus muros, porque por ahora no lo habían hecho, pensó Mariam saliendo de nuevo al anochecer, para volver a casa, mañana seguirían explorando su interior.

Alister caminaba de nuevo hacia la fortaleza, esta vez en solitario.

Había pasado casi una semana desde que el clan dio el visto bueno a la apertura de la misma en beneficio del refugio y eso es lo que habían tardado Mariam y él en recorrerla, hasta ahora todo lo que habían encontrado estaba viejo y en desuso, telarañas y polvo, pero nada de lo que tanto temían hallar.

Hasta hoy que visitaría las mazmorras.

Por eso se había negado a que Mariam, ni nadie le acompañara, sabía que allí se

encontrarían las celdas de castigo, junto a los aparatos de tortura, y no estaba dispuesto a que Mariam sufriera al imaginar como habían sido usados.

No tenía ninguna duda de que todo ello estaba allí, incluso en su castillo de Glasgow, donde no se habían practicado de forma masiva, estaban esas terroríficas máquinas encerradas bajo siete llaves en lo más profundo de sus entrañas.

Sabía que debería haberse deshecho de ellas hace mucho tiempo, pero formaban parte de la historia del castillo y aunque odiaba la violencia y lo que representaban, no podía destruir parte de su historia solo porque no fuera de su agrado.

Era un sentimental, pensó mientras introducía la llave en la puerta, tras la que se ocultaban las escaleras que conducían a las mazmorras.

Se había preparado mentalmente para esa visita en particular, solo esperaba que fuese suficiente como para soportarlo y volver a casa, junto a su esposa y su hija, siendo aún un hombre cuerdo, no un loco destrozado por el horror que había presenciado en su interior.

Lo primero que encontró fueron los almacenes donde se conservaba la comida para el largo invierno, estos se extendían hacia la izquierda, abriéndose a lo largo de una especie de sala central con grandes mesas de trabajo.

Las bodegas bien surtidas a pesar de los años y de gran calidad, como pudo comprobar al examinar con más detenimiento algunas de sus polvorientas botellas.

Siguió caminando, observándolo todo a su alrededor, hasta llegar a las escaleras que conectaban con las cocinas del castillo y la zona de servicio.

Gracias a Dios, alguien había tenido la grandiosa idea de trasladarlas a la planta superior, evitando así que los sirvientes tuvieran que escuchar los gritos de las personas que allí retenían.

Volvió sobre sus pasos a la escalera por la que había entrado y en esta ocasión tomó el camino de enfrente, unos pocos metros, hasta que este se abrió en una enorme sala llena de viejas armaduras, lanzas, estandartes que recordaban antiguas batallas ya por muchos olvidadas, escudos, espadas. Todo lo necesario para defender la fortaleza en caso de ser atacada.

Sin lugar a dudas eso era la armería, volvió sobre sus pasos y en esta ocasión tomó el pasillo de la derecha, como veinte metros más adelante, este se abrió en una enorme sala central circular, a su alrededor las puertas abiertas de las celdas, ocultando su interior por la negra oscuridad.

Las máquinas de tortura en el centro de la sala dejaban claro el lugar donde se encontraba, se acercó a cada una de ellas sorprendiéndose por su limpieza, alguien había hecho un buen trabajo borrando cualquier huella que delatara para qué eran usadas.

Aun así, el olor a orín y vomito que salía de las celdas impregnaba el ambiente, volviéndose casi irrespirable.

Se acercó reticente a una de ellas, temiendo lo que encontraría en su interior.

Levantó la antorcha para poder ver mejor, un jergón lleno de inmundicias tirado en el suelo, un cubo de metal, al cual no se atrevió a mirar en su interior, las cadenas y grilletes en la pared, enfrente de la puerta, es todo lo que albergaba.

Algo llamó su atención y se acercó un poco más para iluminar la pared sobre el jergón, allí estaban marcadas, con sus propias manos, los arañazos que desprendían la desesperación que

sufría su cautivo, en el trazo, en los más profundos aún se podía apreciar las uñas desprendidas al hacerlos e incluso la carne atrapada en el surco de piedra.

Dio un paso atrás, horrorizado, ya había visto suficiente, pensó volviendo sobre sus pasos al pie de la escalera por la que había bajado, se volvió y miro de nuevo la encrucijada de caminos que tenía delante, unas puertas dobles que dieran a las despensas y otra a la armería, la cual permanecería cerrada, con el fin de evitar que alguien pudiera tomar algún objeto indebido, con el que poder dañar o incluso matar a sus habitantes, sería lo más adecuado.

En cambio, el pasillo de la derecha debía ser tapiado, una simple puerta no bastaría, para encerrar de una vez por todas el pasado en su interior, decidió satisfecho, así nunca más nadie tendría que observar lo que él acababa de ver.

Una vez tomada la decisión salió de la fortaleza y regreso a la mansión mucho más aliviado, hablaría con los operarios y mañana mismo se pondrían con ello.

Una vez el muro fuera levantado podrían empezar a trabajar en su interior y darle la vida que se merecía, de eso se ocuparía Mariam, transformando el dolor, en belleza como solo ella sabía hacerlo.

Una gran sonrisa iluminó su cara solo con imaginarse el resultado.

## Capítulo 14

Mariam se paseaba por el pasillo de la fortaleza observando como los operarios lo revestían de blanco, dándole una gran luminosidad en comparación al gris oscuro de la piedra anterior.

Al fin, Alister, había dado su permiso para que pudieran empezar los trabajos, pero no antes de tapiar y colocar las puertas que deseaba en las mazmorras, para desesperación de Mariam, que había tenido que esperar pacientemente a que acabaran.

La paciencia nunca había sido su virtud, tenía mil ideas que quería poner en marcha inmediatamente, pero se había tenido que conformar con ayudar a Emma y Roxanne con las mejoras en el exterior.

Aunque en realidad no necesitaban su ayuda, habían fingido que sí para contentarla y mantenerla entretenida, mientras esperaba que Alister la diera permiso, para empezar a transformar la fortaleza en un agradable hogar, para las personas que acudirían a ella en busca de refugio.

Si seguían a ese ritmo en un par de días, las paredes estarían terminadas, calculo mentalmente al ver como avanzaban los trabajos de un día para otro.

—¿Cuándo llegarán las maderas para revestir el suelo? —le pregunto al encargado de los suministros al llegar frente a él.

—El miércoles de la próxima semana, excelencia. Si el barco no se retrasa por cualquier motivo, lo cual no se puede prevenir.

—Entiendo.

Mariam se quedó pensativa, volviendo a reevaluar sus planes de terminar el pasillo antes de entrar en otras estancias, no deseaba ir dejando habitaciones a medias, pero en este caso era lo más conveniente.

—En cuanto acabemos con las paredes del pasillo, me gustaría continuar con la primera sala de visitas y terminarla.

—Creía que no deseabais que trabajásemos en varias estancias a la vez.

—Y no es lo que deseo, pero necesitamos una habitación terminada para que puedan vaciar la biblioteca y almacenar los libros. Una vez terminen de limpiar y hacer inventario en las despensas, si no tenemos donde emplearlos, tendremos que mandar a casa a los trabajadores, hasta que volvamos a necesitarlos —le explico el motivo de su cambio de planes.

—Comprendo, la gente cuenta con estos salarios durante el invierno, para poder afrontar

las mejoras que desean hacer durante la primavera en sus casas, principalmente.

—O para lo que ellos deseen utilizarlos, cada uno tiene sus propios planes para ese dinero extra.

—Cierto, hablaré con Joshua sobre el cambio de planes.

—Gracias, ahora si me disculpa he de continuar con mis quehaceres.

—Por supuesto, excelencia —la respondió, echándose a un lado para permitirle continuar su camino.

Mariam se lo agradeció con una inclinación de cabeza y se dirigió a la puerta que conducía a las escaleras del sótano, tal y como denominaban ahora a las mazmorras de mutuo acuerdo, con el fin de olvidar lo que ocultaba aquella pared recién construida, pensó, descendiendo con cuidado por las irregulares piedras que recubrían los escalones.

Según se acercaba comenzó a oír el murmullo de los que allí trabajaban.

—Anoche vieron al Duque en la posada de Thurson subir acompañado al piso superior.

Mariam paro en seco sorprendida al pie de la escalera, “El Duque”, había dicho aquella voz femenina que no supo reconocer.

“El Duque”, repetía en su cabeza horrorizada, cuantas probabilidades había de que hubiera más de un Duque en esas tierras pasando el invierno, se preguntó, ya sabiendo la respuesta.

—Dicen que no es la primera vez que le ven por allí a altas horas de la madrugada.

—Dicen que la Duquesa no le recibe en su cama y tiene que buscar fuera donde cubrir sus necesidades.

Siguió escuchando, como cuchicheaban, sobre su maltrecho matrimonio, sin ningún pudor.

—Pues es una pena, despreciar a un hombre así.

—Yo le recibiría con las piernas abiertas sin dudarlo.

Un estridente estallido de risas jocosas, reboto en las paredes de piedra, tras el comentario.

—No sé que más desea en un hombre esa estirada damita inglesa, nunca debió casarse con ella.

—Él se merecía algo mejor que una mujer mancillada y con un hijo —exclamo, la primera voz, escandalizada, con desprecio.

Mariam sintió como las rodillas comenzaban a fallarle, busco a tientas el pasamanos de la escalera, para sujetarse antes de caer, respirando con dificultad.

Necesitaba aire, tenía que respirar, fue todo lo que pudo pensar antes de volverse y regresar sobre sus pasos al pasillo principal, caminando como una autónoma, hacia las puertas de entrada.

Tomo el pomo de la puerta, decidida a salir al exterior, deteniéndose en el último minuto.

No deseaba encontrarse con nadie en esos momentos y mucho menos con Alister, ni siquiera sabría que decirle.

Podría salir a pasear al bosque, pensó esperanzada en perderse por sus senderos, pero eso no sería una buena idea con Leinster o sus secuaces alrededor, vigilantes.

No podía salir fuera del refugio hasta que se enfrentaran y acabaran de una vez por todas con esa pesadilla.

Soltó lentamente el pomo, se sentía totalmente derrotada y apresada en aquella maldita fortaleza, como nunca se había sentido desde que llegó allí.

Hasta ahora no había sentido la privación de libertad que aceptabas, voluntariamente, al cruzar sus puertas.

Un precio demasiado alto por la seguridad que ofrecía, ahora entendía a aquellas mujeres que habían preferido volver con sus amos, por muy malvados que fueran, a un futuro de dolor y penurias por el resto de su vida, a cambio de un poco de libertad, en lugar de continuar en aquella prisión, por mucha seguridad que les garantizara.

Giro lentamente observando su alrededor, desolada, sus ojos se detuvieron en la puerta de su derecha, tras la cual se ocultaban las escaleras que subían a una de las almenas delanteras.

Sin pensarlo dos veces fue hacia allí, decidida a subir aquella escalera sin fin hasta salir al exterior.

El aire frío la saludó nada más abrir la puerta, llenando sus pulmones, mientras se abrazaba a sí misma.

Se acercó al borde y observó el patio de armas, convertido en el refugio, con sus cabañas, desde allí todo parecía estar en calma, la cual poco a poco caló en su alma, llenándola de la tranquilidad que tanto necesitaba.

Sintió como sus ojos se anegaban y no se molestó en retener las lágrimas, dejándolas surcar su cara sin consuelo.

No sabía cuanto tiempo llevaba allí, sin ver en realidad antes de que pudiera volver a pensar y ser consciente de donde se encontraba.

Un escalofrío provocado por el aire helado, hizo que se arrebujara bajo su gruesa capa de lana, menos mal que había decidido ponérsela antes de bajar al sótano, pensó agradecida de ello.

No entendía por qué se sentía tan traicionada y dolida por lo que había escuchado.

Alister ya la había advertido antes de que se casaran que buscaría saciar sus necesidades de placer fuera, cuando ella le dijo que no podría recibirle en su cama como su esposa, debido a lo que Leinster hizo con ella en la intimidad de su dormitorio.

No estaba preparada ni deseaba que otro hombre la invadiera de nuevo, pero eso no aliviaba el dolor que en esos momentos sentía.

Se suponía que no debería afectarla e incluso dar gracias a Dios, porque Alister respetara su decisión y no se impusiera como su marido, haciendo valer sus derechos sobre ella y su cuerpo, pero no era así.

¿Qué la estaba pasando?, se preguntó, de dónde nacía ese deseo de ser ella y no otra mujer quien satisficiera a su esposo, en todas las necesidades de su vida, incluida esa.

Sacudió la cabeza confusa, tratando de encontrar una respuesta, que se negaba a llegar.

No supo cuanto más tiempo estuvo allí, mirando al vacío, sin ver nada de lo que ocurría a

su alrededor, hasta que el estallido de un trueno lejano, la recordó donde se encontraba.

Miro al cielo que se había vuelto negro a su alrededor por la proximidad de la tormenta, confundida, sin saber exactamente cuando había sucedido.

Estar en lo alto de una almena cuando la furia de la tormenta se desatará no era una buena idea, pensó, tomando una respiración profunda, del aire frío que tanto anhelaba, antes de regresar al interior.

Lo primero que vio nada más regresar al pasillo principal, fue a Alister caminando hacia ella, presuroso, seguido por su hermano.

—¿Dónde estabas? —la pregunto, Alister, alterado, llegando a su altura —, llevamos horas buscándote por toda la fortaleza.

—Yo ...

—Debemos regresar a casa con los demás, antes de que la tormenta no alcance de lleno, a Becca la aterrorizan y deseo estar con ella cuando estalle —les confesó, preocupado por su esposa, caminando hacia la puerta principal.

Pero Alister no se movió, continuo allí mirándola a los ojos, exigiéndola una respuesta.

—Solo subí a la almena por un momento, necesitaba un poco de aire, eso es todo —le confesó, aun sabiendo que se enfadaría por su estupidez al no haberse dado cuenta de las nubes que se acercaban y cernían sobre ellos.

Alister la miro sorprendido y a la vez intrigado por su respuesta, Mariam no era ninguna de esas, tontéelas damas a las que se las tuviera que estar vigilando, constantemente, porque eran incapaces de ver el peligro al que se exponían, con cada uno de sus actos.

De haber sido así, nunca se hubiera casado con ella.

Su esposa era inteligente y muy capaz de cuidarse a sí misma, algo le decía que su decisión de subir a las almenas no solo se debía a su necesidad de aire fresco.

Siguió observándola con suspicacia.

—A veces me gustaría poder salir a pasear por el bosque, como hace Becca cada mañana, pero mis circunstancias me impiden hacerlo —decidió contarle lo que había sentido cuando necesito escapar de allí —. Soy una prisionera en mi propia casa, rodeada de altos muros inescrutable.

—Pronto acabara, te lo prometo —dijo, Alister, satisfecho porque hubiera confiado en él al contarle lo que la ocurría en realidad —solo te pido que tengas un poco más de paciencia, al barco que viene de Irlanda no tardara muchos días más en llegar, tras lo cual todo habrá terminado.

Alister sintió la rigidez que se había apoderado de ella, al escucharle, mencionar aquel maldito barco y lo que representaba, pero también vio el gesto de fastidio, que intento disimular, al ver que no podía salirse con la suya y pasear por el bosque como deseaba.

Esa era su Mariam, sonrió Alister, satisfecho de encontrarla de nuevo tras ese simple gesto.

Quizás no todo estaba perdido entre ellos, con paciencia, tal vez, algún día, podrían disfrutar de una vida plena como un matrimonio verdadero, pensó, llenando su corazón de

esperanza porque algo así pudiera suceder en el futuro.

—No eres una prisionera, claro que puedes salir más allá de estos muros —la dijo tratando de animarla—. Solo debes dejar que Braynning, Halfted o yo mismo te acompañemos, con una discreta escolta alrededor.

—Lo cual no deja de ser un burdo intento de seguir teniéndome vigilada en todo momento.

—Mariam ... —susurro dando un paso hacia ella.

—Lo sé, tranquilo, solo ha sido un pensamiento —dijo, sintiéndose nerviosa por su cercanía.

Alister la miro a los ojos tratando de averiguar cuanto de profundo era ese pensamiento, tal y como ella insistía en llamarlo y ver el dolor real que la provocaba.

—Vais a venir o qué —grito, Halfted, desde la puerta.

—Vamos.

—No seas tan impaciente, hermanito, seguro que Becca está perfectamente —le regañó, Mariam, por su interrupción, caminando hacia él.

El reflejo del rayo cruzando el cielo, seguido del estallido del trueno, les dijo que no les quedaba demasiado tiempo, por lo que se apresuraron a salir al exterior, justo cuando las primeras gotas comenzaban a caer.

## Capítulo 15

Halfted no había exagerado en cuanto a Becca y las tormentas, su miedo se hizo palpable toda la velada, hasta el punto, de que todos los habitantes de la casa deseaban que pasara de una vez por todas, para dejar de verla sufrir de esa manera.

Pero la naturaleza tenía sus propios planes, tal y como el retumbe de un nuevo trueno, esta vez más lejano, la recordó.

Hacía rato que ya se habían retirado todos a sus aposentos, pero Mariam era incapaz de dormir, se sentía atrapada en un desasosiego que ni ella misma comprendía.

Todo lo que podía hacer era seguir mirando el elaborado bordado del dosel de su cama, a la tenue luz del fuego que ardía en la chimenea.

Aunque Alister aún permanecía en su habitación y no creía que saliera esa noche, por el mal tiempo, permanecía atenta al sonido de su puerta.

No es que pudiera hacer nada por impedir que se marchara, si él deseaba acudir a la cama de su amante, pero así tendría un motivo real que justificase su agonía en ese momento.

Oh, esto tenía que acabar, pensó furiosa consigo misma, poniéndose en pie y yendo hacia el fuego en busca de su calor.

Basta ya de ese temor absurdo, si pudo soportarlo con Leinster podría hacerlo con su esposo, se dijo, decidida, en el silencio de la noche, porque hasta el rugir de la tormenta parecía haberse detenido a escuchar sus pensamientos.

Además, Alister era un hombre amable, no dado a la violencia de ningún tipo, con un carácter agradable, que se preocupaba por ella y anteponía su bienestar al suyo propio, pensó, recordando tantas veces como se había sacrificado él mismo, con tal de dibujar una sonrisa en su cara cuando la veía preocupada por algún motivo.

Incluso esa farsa de matrimonio, había sido idea suya, para devolverla su libertad.

Una lágrima silenciosa resbaló por su mejilla al recordarlo, él no estaba obligado a hacer nada de eso, ni por ella, ni por su hija, pero lo hizo de corazón y le estaba agradecida.

Quizás había llegado el momento de enfrentarse a sus temores y acudir a su cama, todo podía ser distinto con la persona adecuada, la había oído decir una vez a Emma, no recordaba a quién.

Halfted no la había educado para que se recluyera en un rincón, presa de sus miedos, sino para enfrentarse a ellos, con la cabeza muy alta y el coraje que recorría sus venas.

Pues había llegado el momento de reunir el valor necesario y hacerlo, Alister bien merecía que se arriesgara, se dijo dándose la vuelta y tomando su bata de los pies de la cama donde la había dejado, cruzando el pasillo, decidida y entrando en su habitación.

Alister abrió los ojos, sorprendido al oír la puerta de sus aposentos abrirse, aún no había conseguido dormirse por la tormenta, o al menos eso se decía así mismo para justificar su desvelo.

La realidad era bien distinta.

Estaba preocupado por su esposa y la conversación que habían tenido sobre su visita a las almenas, por más vueltas que le daba, no conseguía librarse de la sensación de que no se lo había contado todo.

Como si algo no encajara, pero en realidad ella no había hecho ni dicho nada que justificase esa sensación, la cual se negaba a abandonarle.

Giro la cabeza y vio a la persona que dominaba sus pensamientos, desde que se había retirado esa noche, cruzar el umbral de su puerta y cerrar a sus espaldas, oyó el suave chasquido de la cerradura al girar la llave y venía en ropa de cama directa hacia él.

Eso no podía ser, debía de estar soñando, Mariam nunca entraría a sus aposentos en plena noche, se recordó cuál era la situación real de su matrimonio, pero ese pensamiento no evito que su libido se despertara, haciendo su sangre arder dentro de sus venas.

Hacía mucho tiempo que deseaba a su bella esposa con todo su ser y hacía mucho más tiempo aún, que había comprendido, que algo así nunca sucedería.

Su primer impulso fue saltar de la cama para enfrentarla, pero entonces recordó que no usaba ninguna prenda de ropa para dormir, por lo que tuvo que conformarse con sentarse y cubrirse lo mejor que podía de cintura para abajo, no quería que ella viera lo mucho que la deseaba, eso le haría sentir muy avergonzado.

—¿Qué haces aquí?, ¿ha ocurrido algo? —la pregunto siguiendo con la mirada su camino hacia la cama.

—Mariam ... —insistió al ver que no contestaba a sus preguntas, ya casi había llegado hasta él.

Mariam no se atrevía ni a mirarle, por miedo a que el valor la abandonara, después de haber llegado hasta allí, cuanto más para responderle.

Se paró en el borde de la cama para desatar su bata y dejarla caer por sus hombros a sus pies, antes de subirse a ella.

—Estoy dispuesta a ser tu esposa, haz lo que tengas que hacer, tómame —murmuro dándole cierto tono de determinación a su voz.

—¿Qué?!

Grito Alister desconcertado, mirándola allí tumbada, rígida como una tabla, con los brazos estirados a los costados y los ojos cerrados con fuerza, esperando el dolor inhumano que estaba segura de recibir.

Sacudió la cabeza, perplejo y tomo varias respiraciones para calmar su traicionero cuerpo que rugía, aún más que la tormenta desatada de nuevo en el exterior, clamando porque tomase lo

que por derecho le pertenecía y ella libremente le ofrecía.

—No sé que es lo que esperas que haga, ni lo que Leinster te hizo en el lecho conyugal —consiguió decir, tratando de poner cierto orden en medio de ese despropósito —, pero yo no soy él, ni deseo poseer a ninguna mujer, sin que su placer y satisfacción sea tan grande como el mío.

Mariam abrió los ojos, sorprendida al escucharle.

—No hay placer en el lecho para una Dama con su esposo —le dijo convencida de ello —, solo las cortesanas lo alcanzan con sus amantes.

—Por supuesto que si y cualquier hombre que se considere un caballero está obligado a proporcionárselo a su compañera de cama, antes de obtener el suyo, ya sea Dama o cortesana.

—Yo nunca lo he obtenido —susurro.

Mariam se lo quedó mirando durante mucho tiempo tratando de asimilar lo que había dicho.

Alister espero pacientemente a que continuara hablando cuando estuviera lista para ello.

—¿Creéis que yo también podría sentir ese placer del que hablas, después de ...? —le pregunto, dejando la frase a medias, incapaz de pronunciar su nombre.

—Sí —afirmo lleno de seguridad.

Mariam volvió a quedarse en silencio tratando de decidir que hacer, sacudió la cabeza, confundida, presa de sus miedos de nuevo.

No había llegado hasta allí para nada, se regañó a sí misma por las dudas que la asaltaban y no dejaban de insistir en que se retirara a su propio cuarto con la poca dignidad que aún la quedaba.

—Muéstramelo —le pido con un hilo de voz que apenas identifico como suyo.

Ahora fue el turno de Alister de permanecer en silencio evaluando la situación.

—¿Estás segura?

—Sí, por favor, hazlo.

—Está bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que si no te satisface lo que te haga, me lo digas —la dijo mirándola fijamente a los ojos — o si deseas que paremos no dudes en decírmelo.

—Eso no ocurrirá, confié en ti.

—Aun así quiero que me lo prometas —insistió.

—Está bien, si es lo que deseas, te lo prometo —claudico ante su súplica.

—Bien, no olvides que me lo has prometido.

Mariam afirmó con la cabeza, esperando su siguiente movimiento, estaba nerviosa y asustada, pero a la vez tenía la esperanza de que él tuviera razón y el lecho conyugal pudiera ser distinto a lo que ella había conocido.

Eso daría sentido a lo que había oído comentar durante años, en el cuarto de descanso de las Damas, durante los bailes a los que había asistido, hacía tanto tiempo, quienes incluso se alegraban de que sus esposos las visitaran en medio de la noche.

Ojalá, ella fuera una de esas Damas y Alister fuera a sus aposentos en lugar de visitar la cama de otras mujeres, deseo con todo su corazón.

Alister se inclinó despacio sobre ella y rozo sus labios con los suyos, un toque suave, ligero, cargado de ternura.

No sabía como conseguiría hacerlo, pero tenía que dominarse y dejar de lado su deseo, esa noche era de Mariam, solo eso importaba para él y tenía que hacerlo bien o nunca más tendría otra oportunidad, tenía que ir muy despacio para no asustarla más de lo que ya estaba.

Volvió a inclinarse y a rozarlos de nuevo, una y otra vez, presionando un poco más cada una de ellas, invitándola a dejar salir su osadía, tentándola a reclamar una mayor atención que la de un simple roce, cargado de promesas, que no obtendría si no las reclamaba.

Mariam entendió el mensaje y atrapo su cabeza por la nuca, impidiéndole que se retirara de nuevo, obligándole a profundizar el beso.

Alister suspiro de placer sobre sus labios entreabiertos que le esperaban y no tuvo ningún problema en profundizar el beso, acariciando con su lengua suavemente su entrada.

Mariam entreabrió la boca instintivamente para absorber su aliento, rozando sus labios con la punta de su lengua, eso no tenía que ver nada con cualquier beso que hubiera compartido con nadie hasta ahora y quería más, las sensaciones la abrumaban.

Alister, se dejó hacer, manteniendo un control férreo sobre su pasión.

Dios del cielo, no sabía cuanto más aguantaría si ella insistía, en su inocencia, provocándole así.

Poco a poco fue introduciéndose en su interior, invitándola a bailar con él una danza macabra, explorando su cavidad cada vez con mayor énfasis, bebiéndose su aliento.

Mariam abrió los ojos al sentir que se apartaba de ella y se giró para poder mirarle, tumbado sobre su costado, con la respiración tan agitada que temió por su salud.

Entonces, recordó que su esposo respiraba igual de rasposo después de sus encuentros.

—¿Ya está? —le pregunto, con un deje de desilusión en la voz.

—No hemos ni comenzado.

—Ahh.

—¿Quieres parar aquí? —la pregunto, temiendo su respuesta.

—No.

—Eso quiere decir que te ha gustado.

—Sí —le contesto sintiendo como se ruborizaba al tener que admitirlo en voz alta ante él —podemos continuar, por favor.

Alister no pudo evitar reírse al escucharla tan decidida y a la vez tan temerosa de lo que ocurriría a continuación.

—Está bien, pero la siguiente parte puedes considerarla más invasiva —la advirtió,

poniéndose serio —, pero también más placentera, te lo prometo.

—Haz el favor de callarte de una vez y muéstrame lo que me has prometido —se quejó al verle tan pasivo.

—A sus órdenes, milady, solo vivo para servirlos.

Alister se inclinó de nuevo sobre ella y la besó con toda la pasión que había estado conteniendo, mientras que con una mano la desabrochaba los pequeños botones para liberar sus pechos.

Mariam sintió el aire fresco, acariciar sus senos, los notaba hinchados, anhelantes, como si ellos supieran lo que iba a ocurrir, aunque ella no tuviera ni idea.

Alister se apartó para mirarlos, devorándolos con los ojos, eran perfectos, coronados con sus picos erectos, mirando al techo, sé moría por saborearlos, pero se obligó a sí mismo a contener su necesidad, antes debía acostumbrarse a sus caricias y a su tacto.

No debía precipitarse o todo estaría perdido, se recordó, cubriéndolo con la palma de su mano, enredando su dura protuberancia entre sus dedos, mientras la pellizcaba suavemente.

—¿Te gusta? —la pregunto, al escuchar el suspiro de placer que se escapó de sus labios entreabiertos.

—Sabes que sí —le respondió con la voz ronca por la pasión.

Alister la recompensa por su valentía al compartir con él lo que sentía, esta vez fue un beso tórrido lleno de pasión, que los transporta a los dos un poco más allá.

Alister aparta su boca cuando sintió que perdía el control y bajo la cabeza para saborear el fruto prohibido que tanto deseaba, mientras su mano bajaba por su costado, delineando cada curva de su cuerpo hasta alcanzar el dobladillo de su camión y comenzar a subírselo, con mucho cuidado, para no asustarla.

Mariam estaba desconcertada, no sabía decir que la estaba gustando más, si sus pequeños mordiscos que la arrancaban gemidos de placer del fondo de su garganta, o el camino de fuego que sus manos dejaban sobre su cuerpo.

Sintió el aire fresco entre sus piernas, pero se obligó a no dejarle ver el escalofrío que la recorrió, sus temores habían regresado, se dijo, ahí estaba ese dolor que la partiría en dos cuando él se introdujera en su interior.

—¿Todo bien? —quiso saber, Alister, al notar su leve cambio.

—Sí.

Alister la escudriña con la mirada, en busca de cualquier duda o temor, antes de tomar su boca como un poseso, a la vez que tocaba por primera vez su centro, notándolo tan humedecido que casi estuvo a punto de perder el control por completo.

Estaba lista para él, pensó introduciendo un dedo en su interior, seguido de otro para dilatarla y que todo fuera más fácil para ella llegado el momento.

—No sé cuanto más voy a poder controlar mi pasión por ti.

—¿Te estás refrenando? —le pregunto, furiosa —no quiero que lo hagas, quiero que me enseñes todo lo que sientes cuando me tocas, igual que yo lo estoy haciendo.

—Créeme, es mejor así.

—No —grito, apartándolo de un manotazo sobre su pecho.

—Vale, vale, de todas formas, estás lista para recibirme —dijo, moviendo sus dedos en su interior imitando un ritmo lento de lo que pasaría a continuación — y yo me muero por estar en tu interior.

Alister retiró su mano y se colocó sobre ella, apoyándose en sus codos, para no aplastarla con su peso, no quería que se sintiera una prisionera bajo su cuerpo.

Apoyó su miembro sobre su húmeda entrada, listo para introducirse en su interior, el momento que tanto ansiaba había llegado, al fin, iba a hacerla suya, aún no podía creérselo.

Mariam lo sintió allí y no pudo refrenar la rigidez que invadió su cuerpo, estaba sucediendo de nuevo, pensó aterrorizada.

—No, por favor, no —grito, desesperada, presa del pánico, mientras le empujaba con todas sus fuerzas para que se apartara —no.

Alister se sorprendió al oír su protesta, había estado tan concentrado en no dejarse llevar por su propia pasión desmedida, que se había descuidado en observar su reacción, se había precipitado, pensó maldiciéndose en silencio, había perdido su única oportunidad.

Mariam sintió su mirada de frustración clavada en ella, mientras las lágrimas de pena por haberle fallado, bañaban su cara libremente.

Vio como se giraba hacia el borde de la cama y tomaba su batín de un sillón cercano, para envolverse en él, antes de levantarse y abandonar la habitación en silencio.

Estaba tan enfadado que no había podido ni mirarla, pensó desconsolada.

Se quedó unos minutos más tratando de controlarse, antes de colocarse sus ropas y regresar a su propio dormitorio.

Ya no la querría como esposa, pensó tumbada de nuevo en su propia cama, dejando que las lágrimas mojaran su almohada.

## Capítulo 16

Habían pasado cuatro días y ambos seguían fingiendo que nada había sucedido, cuando aquella mañana tan gris como sus almas y fría como su trato, George entro en el comedor, interrumpiendo su desayuno, muy alterado.

—El barco ha llegado, excelencia —anuncio nada más cruzar el umbral.

—Por fin —exclamo, Braynning.

—Ha llegado la hora de acabar con esto —dijo, Halfted, depositando su servilleta sobre la mesa, levantándose.

—Será mejor que nos preparemos —anuncio, Alister, uniéndose a él.

Las damas les vieron partir en silencio, presas de su promesa de no intervenir, pero deseando hacerlo.

Era por todos bien sabido que el Conde de Leinster era un cobarde que prefería ocultarse tras sus matones, en lugar de dar la cara y enfrentarse el mismo a sus enemigos.

Por eso, ellos se encontraban semi ocultos al otro lado de la calle, esperando su llegada, ya habían tenido confirmación de su desembarco en la ciudad, era solo cuestión de tiempo que apareciera por la taberna donde había quedado con sus secuaces.

Pero ninguno de los tres parecía tener mucha paciencia en esos momentos, pensó Alister, observando a sus acompañantes y él menos que ninguno, aunque por el bien de Mariam debían controlarse e intentar mantener esa reunión lo más pacífica posible, a pesar de sus ganas de devolverle cada golpe que Mariam recibió en manos de su familia.

—Ahí está —susurro, Halfted, entre dientes, tratando de dominar su ira, descarnada, clamando venganza, eso estaba resultando ser el mayor acto de dominio al que se había enfrentado en toda su vida.

Alister se volvió a escudriñar la calle al oírle, hasta que la figura regordeta de ese malnacido, apareció ante sus ojos, escoltado, como no, por dos buenos mozos bien fornidos.

Parecía que le estaba costando caminar por las empinadas calles de piedra de Thurson, a juzgar por su respiración agitada y el sudor de su frente, que trataba de secar con su pañuelo.

Por lo menos no podría quejarse del frío, pensó, Alister, complacido al verle sufrir de esa manera.

Desviando la mirada, para comprobar en el resto de transeúntes, tal y como habían planeado la calle estaba plagada de guerreros del clan MacFarlan, los cuales pasaban

desapercibidos ante sus ojos, no iban a darle la oportunidad de que escapara, llevaban mucho tiempo esperando poderse echar a la cara y acabar con esa pesadilla de una vez por todas.

—La señal —les advirtió, Braynning quien había estado atento a la ventana de la taberna, por donde los hombres de Alistar, que estaban apostados en su interior, les indicarían que estaba todo listo para que entraran.

Podría decirse que Braynning sería el más calmado de todos, ya que no tenía ningún parentesco con la muchacha, apenas habían intercambiado un par de palabras antes de su matrimonio con Emma.

Pero la realidad es que se sentía tan deshonrado como ellos y le estaba costando controlar su sed de venganza, la cual no quedaría ni remotamente satisfecha con la conversación tranquila que habían planeado tener con el Conde, por el bien de Mariam, pensó, apretando los puños con rabia a los costados, tratando de descargar su frustración.

Si para él, estaba siendo uno de los momentos más difíciles de su vida, no quería ni pensar en como de desquiciante sería para su hermano y su esposo.

—Es la hora —dijo, Halfted, encabezando la marcha, directo hacia la puerta de la taberna, la cual cayó en un silencio sepulcral al verles entrar, esperando ser testigos del enfrentamiento.

—Lord Leinster —saludo, Halfted, lo más cortes que pudo, dadas las circunstancias —permítame que le presente al Vizconde de Braynning y al Duque de Alistar —continuo tomando una silla y sentándose frente a él.

—Debería despachar a sus acompañantes —le sugirió Braynning uniéndose a la mesa —no querrá que sean testigos del asunto que nos ocupa.

Leinster les miro con rabia, sabía que tendría que enfrentarse a ellos, pero bajo una atmosfera que pudiera controlar y estuviera seguro de su victoria, pero no de esa manera.

Alistar espero a que los demás salieran de la taberna, donde los hombres del clan darían buena cuenta de ellos, antes de tomar una silla y unirse a la mesa.

—Cuatro jarras de aguamiel, por favor —le pidió al tabernero que se acercaba presuroso hacia ellos.

—Enseguida, excelencia.

—Estáis muy lejos de vuestras tierras —dijo, Braynning, en tono despreocupado con el fin de comenzar una ligera conversación, mientras esperaban a que les sirvieran.

—Y no estaría aquí si no me hubierais robado lo que me pertenece —le respondió, mirando a Halfted directamente a los ojos con valentía.

Alistar frunció el ceño contrariado al oírle, podrían haber subestimado su cobardía a raíz de los informes que habían obtenido sobre su persona, al fin y al cabo, Leinster permanecía casi siempre encerrado en su finca, sin apenas vida social.

Solo hacía acto de presencia en Londres, cuando deseaba obtener una nueva esposa, pensó, recordando que este era su cuarto matrimonio, las cuales siempre habían fallecido en extraños y desafortunados accidentes domésticos difíciles de explicar.

Miro a Halfted de reojo, parecía tan confundido como él, era posible que tuvieran que

adaptar su estrategia sobre la marcha, solo esperaba que por el bien de su querida esposa lo hicieran bien y se libaran de una vez por todas de ese petulante desgraciado.

La llegada del posadero, con las jarras que le habían pedido, le saco de sus pensamientos, devolviéndole al presente.

Sería mejor que se concentrara o todo se iría al traste, se regañó a sí mismo y ese era un lujo que no se podía permitir.

—Supongo que os referís a mi esposa, la Duquesa de Alister —le respondió lo más sereno que pudo —la cual por supuesto no os pertenece.

Leinster no estaba preparado para encajar el golpe, pensó, Braynning, viendo como palidecía al oírle, tras lo cual su cara se tornó de un rojo tan fuerte que podría confundirse con morado.

—Mentís —le acuso con rabia, mirándole con los ojos desorbitados de furia —. La Condesa viuda de Leinster nunca se casaría con vos, y aunque lo hiciera, no sería un matrimonio válido, sin mi beneplácito, como cabeza de familia.

—Hasta donde yo sé, mi hermana tiene la edad suficiente para tomar sus propias decisiones.

—Sin la necesidad de un tutor o protector que las apruebe —le recordó, Braynning, furioso por su osadía.

—Recurriré al parlamento y anularé dicho matrimonio.

—No haréis nada por el estilo —le amenazó Alister, entre dientes.

—Por supuesto que sí, y me aseguraré de que su reputación quede tan arruinada, que ni la más rebelde de las Damas la recibirá en su casa.

—Basta —exclamo, Halfted, golpeando la mesa con tanta fuerza que hasta las jarras, depositadas sobre ella, se tambalearon, dejando derramar parte de su contenido.

Halfted sabía que había perdido el control al dejarle ver la ira que le embargaba, pero no estaba dispuesto a seguir oyendo como se pavoneaba, con sus viles amenazas, sabiendo el destino que la esperaba a su hermana, en el supuesto de que tuviera éxito y volviera a estar bajo su yugo.

—En realidad no haréis nada de eso, o no saldréis de aquí de una pieza —le recomendó, Alister, inclinándose hacia delante, situando su cara frente a la suya.

—Me estáis amenazando —dijo, sin amilanarse ni un poquito —. Será muy interesante ver que tienen que decir sus pares del parlamento sobre esto.

—Os recuerdo que estamos en Escocia, un país que se rige por unas leyes y principios un poco distintos a los de Inglaterra e Irlanda —intervino, Braynning, tratando de poner un poco de paz entre ellos, pero sobre todo dándoles tiempo a Halfted y Alister para recomponerse.

La situación se les estaba yendo de las manos, nada estaba saliendo como habían planeado y era el momento de reconducirla a su favor o no ganarían esa batalla, algo que no se podían permitir.

—Lo que vais a hacer en realidad es abandonar estas tierras en el primer barco que zarpe, sea cual sea su destino y no volver a acercaros a mi esposa, ni a mencionar su nombre siquiera, si

sabéis lo que os conviene.

—Además de llevaros a vuestros secuaces con vos —añadió, Halfted, amenazante.

—Nunca sin ella —les encaro —ningún Leinster ha perdido algo que le pertenecía ni lo ha entregado por voluntad propia —les desafío —. La Condesa viuda de Leinster vendrá conmigo, por las buenas o por las malas, pero no me iré de aquí sin ella, cueste lo que cueste.

—Acabáis de amenazar públicamente a mi esposa, con secuestrarla y arrastrarla con vos, todas estas personas son testigo de ello.

—Vuestra puta, habéis querido decir, nunca reconoceré vuestro matrimonio y no cejaré en mi empeño de conseguir su anulación.

—¿Qué deseáis hacer, excelencia? —dijo, el juez de paz, allí convocado, acercándose con dos de sus alguaciles sin uniforme.

—Que el peso de la ley caiga sobre él —le dijo sin dejar de mirar a su presa, recuperando un poco la compostura.

—Como deseáis, apresarle, llevarle al juzgado —ordeno a quienes le acompañaban —, todos ustedes están invitados a acompañarnos en calidad de testigos, de lo aquí acontecido —dijo volviéndose hacia la sala —. El juicio tendrá lugar esta misma tarde tras el almuerzo.

Alister los observo partir con un mal presentimiento, eso no se había acabado, para nada, tal y como esperaban.

Ahora Mariam se encontraba aún en más peligro que antes de que entraran en la taberna, pensó, sintiendo un escalofrío recorrer su tensa espalda.

—Dara problemas —asevero, Braynning, tomando su jarra y apurándola de un solo trago, antes de pedir otra ronda, iban a necesitarla, estaba seguro de ello.

—No me cabe la menor duda —corroboro, Halfted, imitándole.

—Es hora de hablar con George y liberar al clan contra él.

Todos se quedaron en silencio, pensando en lo que eso supondría para Leinster, hubieran preferido acabar con esto sin tener que recurrir a la violencia, no es que ese desgraciado no lo mereciera, ni que no desearan desahogarse, golpeándole como a un saco de boxeo, pero se consideraban por encima de esos métodos, ellos eran unos caballeros.

—¿Quién se lo dirá a Marian?

—Yo lo haré, es mi obligación, como su esposo, protegerla de ese malnacido.

—No estás solo en esto —le recordó, Halfted.

—Deberíamos esperar a que el juicio se celebre y a ver donde se queda su bravuconería, cuando se enfrente a las autoridades, antes de decirles nada a nuestras Damas o a George —sugirió, Braynning, temeroso de su reacción cuando les dijeran que no habían conseguido su objetivo.

—Es lo mejor —murmuro, Alister, desanimado.

Nadie dijo nada más, perdido cada uno en sus propios pensamientos, tratando de asimilar lo mejor posible lo ocurrido, a la vez que trataban de dar con una solución para su problema, sin dejar de ser unos caballeros ni rebajarse a su nivel.

## Capítulo 17

Parecía que las cosas por fin se iban solucionando poco a poco, pensó, Mariam, mientras caminaba hacia la fortaleza en busca de Becca, quien había abandonado sus cuadernos de dibujo, para dedicarse a buscar entre los viejos libros de la gran biblioteca que albergaba la fortaleza.

Alguno que hubiera pertenecido a John Dee y de paso a separar todo el material que encontrara sobre los Templarios para Emma, la cual seguía empeñada en descubrir todos sus secretos.

Aunque todos se mantenían expectantes ante cualquier hallazgo, ni siquiera Becca tenía demasiadas esperanzas en que algo así ocurriera, estaban demasiado lejos de la corte de Isabel I de Inglaterra y viajar tantas millas en aquella época era peligroso, los caminos estaban en unas condiciones pésimas y llenos de ladrones que te asaltaban en cada curva.

Sin contar con que era prácticamente imposible encontrar caballos de repuesto u hospedaje en toda la ruta.

Por lo que si alguno de esos libros perdidos llegó allí, debió hacerlo siglos después y muy probablemente entre el equipaje de los jóvenes nobles que allí enviaban.

Era la misma conclusión a la que habían llegado todos, tras debatirlo durante las largas veladas de invierno, frente al fuego, aun así mantenían la esperanza.

Sobre todo Becca, que cada día se encerraba, durante horas a revisarlos, uno por uno.

Alister y los demás caballeros estaban muy complacidos de que al fin se hubiera comprometido con algo, sonrió Mariam solo de pensarlo.

Con Emma ocupada con las mejoras exteriores, ella con la nueva decoración de la fortaleza y Becca con sus libros, ellos eran libres de ocuparse en sus propias tareas sin preocuparse de tener que entretenerlas.

Los hombres siempre serán hombres, pensó, empujando la puerta y entrando a la calidez del corredor, ya completamente terminado, ellos siempre pensando que las pobres mujeres no podrían vivir si no las colmaban de atenciones.

Vio a Becca salir del cuarto donde guardaban los libros, seguida de uno de sus ayudantes, cargado con una caja repleta de ellos.

Supuso que irían a la biblioteca, la cual ya había sido rehabilitada, a colocarlos de nuevo en su lugar.

—¿Habéis tenido más suerte hoy? —la pregunto acercándose a ella.

—Ninguna, pero aún quedan cientos de libros por revisar.

—Si hay alguno escondido entre ellos, lo encontrarás.

—Seguro, los estamos revisando muy minuciosamente.

—Las ventajas de tener mucho tiempo para hacerlo.

—De aquí a que llegue la primavera habremos terminado.

—Nosotros esperamos que también —la comento refiriéndose a la redecoración —los trabajos van mucho más adelantados de lo que pensaba haber concluido en tan poco tiempo.

—Es lo que tiene tener tanta mano de obra a tu disposición.

—La verdad es que sí.

Ambas siguieron conversando, mientras cruzaban el largo pasillo hacia sus destinos.

—A vosotras dos estaba buscando —dijo, Alister, levantando la voz para que le oyeran.

—¿Qué haces aquí?

—¿Nusa, está bien?, ¿la ha sucedido algo? —pregunto, Becca, alarmada al verle acercarse hacia ellas, sujetando su correa.

—Está muy intranquila, he pensado que un paseo por el bosque la vendría bien —las confesó, la conclusión a la que había llegado, observando su comportamiento —, ya no sale tanto como antes y creo que lo echa de menos.

—Dios mío, Nusa —exclamo, Becca, agachándose ante ella —. Lo siento, estoy tan ocupada con los libros que me olvide de nuestros paseos, perdóname cariño.

Nusa emitió un sonido tan lastimero que hizo reír a Alister, ese perro era más listo de lo que aparentaba.

Sabía a la perfección como manejar a su ama para conseguir lo que quería o hacerla sentirse culpable si no se lo daba.

—Yo puedo sacarla, si me lo permites —se ofreció, Mariam —, hace tiempo que deseo pasear por el bosque, pero hasta ahora no me había decidido a hacerlo.

—No, por favor, no quisiera que descuidaras tus tareas por mí —dijo, Becca, levantándose —, me tomaré un descanso y yo misma la sacaré.

—En realidad yo venía a deciros que nos íbamos a pasear —les informó, Alister, de sus intenciones, mirando a Becca —y a invitar a mi esposa a que nos acompañe, si lo desea —continuo, volviéndose hacia ella.

Mariam le miro sorprendida, pero a la vez muy complacida.

—Por supuesto, si me dais unos minutos, subiré a ver una de las habitaciones que debo revisar y estaré libre para acompañaros.

—Está bien, haremos compañía a Becca durante vuestra ausencia.

—No tardaré, os lo prometo.

Mariam se volvió hacia las escaleras con una gran sonrisa en los labios, esa sería la primera vez que estarían solos, tras aquella noche fatídica en sus aposentos.

Su relación, ya de por sí extraña, se había vuelto aún más fría desde entonces.

Recuperar, aunque solo fuera en parte, la calidez que su amistad les brindaba antes de eso, era muy importante para ella.

Poder contar con Alistar, acudir a él para hablar, cuando tenía un problema, o simplemente por el gusto de conversar con su marido.

O, por el contrario, que él acudiera a ella, buscando su opinión, era el sustento donde se asentaba su matrimonio, sin eso no tenían nada.

Mariam regresó lo más rápido posible, por miedo a que se arrepintiera y decidiera salir sin ella, cansado de esperarla.

Pero sus temores resultaron infundados, tal y como, pudo comprobar al cruzar el umbral de la biblioteca.

Allí estaba, donde le había dicho que estaría, conversando con Becca.

Alistar debió de sentir su presencia y se volvió hacia ella con una gran sonrisa que hizo que las rodillas la temblaran, recordando lo agradable que podían ser sus besos.

—¿Estás lista?

—¿Cuándo quieras?

—Nos vemos en el almuerzo —dijo, Alistar a modo de despedida, caminando hacia la puerta.

Mariam se colocó a su lado y juntos caminaron hacia la puerta lateral de la muralla, que conectaba su casa con el bosque.

Una puerta que nunca había podido cruzar por miedo a que Leinster la apresara y que ahora podía traspasar en libertad, gracias al hombre que caminaba a su lado, pensó, sonriendo en él con todo el cariño y gratitud que su corazón albergaba.

—Un penique por tus pensamientos.

—No valen tanto, créeme.

—Entonces no te importará compartírselos conmigo.

—Pensaba en el gran hombre que eres y cuanto tengo que agradecerte, porque me libraras de las garras del loco de mi cuñado.

Alistar sintió como se le encogía el corazón al oírla.

No se merecía su gratitud, en realidad se sentía un canalla por no haberla contado toda la verdad de lo sucedido.

Entre los tres habían decidido no darles todos los detalles, al fin y al cabo, Leinster fue juzgado y desterrado esa misma tarde, embarcado en el primer barco que zarpo del puerto de Thurson.

El cual dio la casualidad de que se dirigía hacia Londres y que pasaría muy cerca de Irlanda, por lo que estaban seguros de que se bajaría tras cruzar la frontera con Escocia y embarcaría hacia allí.

A pesar de ello, los tres estaban de acuerdo en que seguía siendo una amenaza, para Mariam, de la cual no sabían como librarse, por el momento.

Así que lo único que podían hacer, era poner vigías a lo largo de todo el país, por si decidía regresar y una escolta oculta a Mariam, que la cuidara, cada vez que abandonara la seguridad del refugio.

Con la esperanza de dar con un plan que los librara de él antes de tener que regresar a Inglaterra en primavera, pero hasta ahora nada de lo que se les había ocurrido, los convencía de que obtendrían el éxito que esperaban.

—Por fin, soy libre para poder ir donde me plazca —dijo, Mariam, tomando una gran bocanada de aire fresco.

Alistar se abstuvo de contestar, dejando que Nusa le guiara, no deseaba mentirla.

Pasearon en silencio hasta un pequeño claro, cruzado por un arroyo.

—Hay tanta paz aquí que hasta se puede respirar.

—Sí, los bosques están muy tranquilos en esta época del año.

—Imagino que casi todos los animales salvajes invernaran por el frío.

—No todos, aún quedan algunos muy peligrosos, no dejéis que la belleza del paisaje os confunda —la advirtió.

—Tranquilo seré precavida.

—Aun así, me gustaría que aceptarais que un par de guerreros os acompañaran en vuestras salidas —se atrevió a insinuar, observando detenidamente su reacción.

—No creo que sea necesario.

—Por lo menos al principio, ellos conocen estas tierras —insistió —, eso evitaría que os perdierais en la espesura del bosque, hasta que aprendierais los caminos.

Mariam se quedó mirándolo fijamente, presintiendo que había mucho más que no la estaba contando, tras su sugerencia de ir escoltada cuando saliera del refugio.

—Hay algo de lo que deba preocuparme.

—Nada en absoluto —dijo, volviendo su mirada hacia Nusa, incapaz de mirarla a los ojos, por miedo a que se diera cuenta de la verdad.

—Pues yo creo que sí, haz el favor de mirarme.

Demasiado inteligente y él un estúpido por haberla subestimado, pensó, volviéndose hacia ella.

Tomo su nuca y la atrajo hacia él para atraparla en un tórrido beso, donde olvidara hasta su nombre.

Quizás una distracción acabase con sus preguntas, pensó, esperanzado.

Mariam no estaba preparada para el asalto, no solo su boca sino a sus sentidos, pero aun así respondió como él la había enseñado y lo disfruto.

Alistar se separó cuando sintió que estaba perdiendo el control, deseaba demasiado a esa mujer como para permanecer indiferente, cuando ella se entrega con la misma pasión que le devora las entrañas.

En cualquier otro lugar, quizás hubiera intentado ir más allá y casi estuvo a punto de

hacerlo, hasta que recordó a los guerreros del clan, que se ocultaban a su alrededor, por si había problemas.

Maldita sea, por qué había iniciado el beso cuando sabía que no podría ir más lejos, se regañó mentalmente, tratando de recuperar el ritmo normal de su respiración.

Mariam le observaba en silencio, deseando que continuara, que la diera la oportunidad de intentar ser su esposa en el lecho una vez más, a pesar de sus temores.

Puede que esta vez consiguiera vencerlos, se dijo esperanzada de poder hacerlo.

—Será mejor que regresemos o llegaremos tarde al almuerzo —la propuso, tendiéndole su brazo para qué lo tomará.

Mariam oculto su desilusión tras una forzada sonrisa y tomo el brazo que le tendía.

Pasearon de regreso en silencio, simplemente disfrutando de su mutua compañía y de los ladridos de felicidad de Nusa, cada vez que veía moverse un arbusto y corría hacia él.

Otro día, pensó esperanzada, llenando sus pulmones de esperanza y anhelo.

## Capítulo 18

Era jueves de mercado, por primera vez todos en la casa se estaban preparando para ir juntos a Thurson, en busca de los suministros que necesitaban para continuar las mejoras, pensó, Mariam, dándose un último vistazo en el espejo, antes de reunirse con todos los demás en la sala.

Su objetivo era visitar todas las casas de muebles y telas que pudiera, no tenía mucha fe en que fuera a encontrar exactamente lo que tenía en mente, por desgracia Thurson no era Londres, pero esperaba poder adaptarlo a sus necesidades.

—Por fin has bajado, llevamos más de diez minutos esperando —exclamo, Halfted, nada más verla.

—Si llego a saber que estarías de tan mal humor, te hubiera hecho esperar más de una hora, como hacía antes, cuando íbamos a algún baile —le replico, sin amilanarse ante su regaño por su tardanza.

—Dios, dame paciencia —pidió, elevando los ojos al techo en señal de súplica.

—Si habéis acabado ya, ¿qué tal si nos vamos? —intervino, Becca, sorprendida de lo emocionada que se sentía con aquella simple excursión.

Llevar casi dos meses allí, encerrada tras aquellas enormes murallas, había hecho mella hasta en ella, que se consideraba a sí misma una persona solitaria por naturaleza, que disfrutaba de su soledad.

Emma fue la primera en reaccionar, tomo su capa y sus guantes, yendo hacia la puerta.

Había sido testigo demasiadas veces de la misma escena entre los dos hermanos y no estaba dispuesta a seguir perdiendo el tiempo viendo como ambos se peleaban.

Tenía demasiadas cosas que hacer y muy poco tiempo antes de que callera la noche y los obligara a volver.

Los demás la imitaron y pronto estuvieron todos instalados en el gran carruaje del Duque con comodidad, los ladrillos calientes instalados a sus pies, mantenían el habitáculo con una agradable temperatura, aunque ninguno de ellos prescindía del confort que las gruesas mantas sobre el regazo, les proporcionaban.

—Parece que tu invento funciona —le alabó, Braynning.

—La verdad es que tenía mis dudas, de que fuera seguro transitar por estos caminos helados, trayendo a las Damas con nosotros —comento, Halfted, complacido con el resultado que observaba.

—Ya deberías saber que todos los inventos de Alister son un éxito —replico, Emma, enfadada.

—Como si alguno de ellos no hubiera dado el resultado esperado —recalcó, Becca, contrariada ante su comentario.

—En que consiste exactamente tu invento —le pregunto, Mariam, desconocedora, de que hubiera tenido tiempo para dedicarse a ello, con todo el trabajo que aún faltaba por hacer en la fortaleza.

Hasta tal punto había llegado su distanciamiento, que no la había comentado nada al respecto, pensó Mariam, desilusionada al saber que solo podía culparse a ella misma de esa situación.

Si no hubiera querido convertirse en su esposa de verdad, compartiendo su lecho y dándole los hijos que se merecía, nada de esto hubiera sucedido, al menos seguirían gozando de una buena amistad, sin sentirse incómodos, uno alrededor del otro.

Sacudió la cabeza para sacar esos pensamientos de su mente, ese no era el momento ni el lugar, para ponerse a comparecerse de sí misma, se regañó, centrando toda su atención en lo que su esposo estaba diciendo.

—La verdad, es que hace años que pienso en ello —les confesó —, cada año, al comienzo de la primavera, George me envía su informe de como han sobrevivido al invierno y los estragos que este ha causado, así como una lista de los arreglos que se deben acometer durante el verano.

—¿Y eso que tiene que ver con la seguridad de este viaje? —quiso saber, Becca, confundida, no entendiendo a donde quería ir a parar.

—Qué tal si le dejas hablar, querida.

Becca se volvió hacia su marido, fulminándolo con la mirada, dejándole ver lo infortunado que había sido su comentario.

Halfted trago saliva, sonoramente, la garganta se le había quedado seca de repente, su esposa querría tener unas palabras con él, cuando se quedaran solos, al respecto, no tenía ninguna duda de ello.

—Por favor, continua, a mí también me gustaría saber como se te ocurrió semejante idea —le pidió, Braynning, no deseando ser testigo de una disputa doméstica entre los Condes —, queda por descontado decir que en cuanto regrese a mis tierras, ordenaré que sea instalado en todos mis carruajes durante el invierno e invitaré a mis arrendatarios a que hagan lo mismo en sus carros, sobre todo en los que se utilizan para la labor del transporte de suministros.

—Lo mismo haré yo, poder moverse con seguridad por los caminos, durante el invierno, será beneficioso para todos —aseguro, Halfted.

—Ale, decidido, ya tenéis algo que hacer para cuando volvamos —intervino, Emma, desquiciada —. Ahora, si a los caballeros no les importa, me gustaría seguir escuchando a Alister contando su historia.

El cual carraspeo sonoramente antes de volver a tomar la palabra.

—Como iba diciendo, George, envía a Glasgow sus informes cada primavera y en todos y cada uno de ellos, se lamenta de lo aislados que quedan durante varios meses, al no poder

transitar por los caminos helados a otras poblaciones en busca de lo que necesitan, lo que les obliga a adquirir grandes cantidades de víveres, para prevenir la hambruna y remedios para las enfermedades típicas de esa época del año, quedando en manos de las inclemencias del tiempo para conservarlos y no quedarse desabastecidos.

—Algo que no ocurrió el invierno pasado, por suerte, no tuvimos escasez de nada —les informo, Mariam.

—En realidad solo ha ocurrido una vez en los diecisiete años que llevo siendo Laird de los MacFarlan —les confesó —, por suerte, George, es un gran previsor y un estratega brillante, no depositando todos los suministros en un mismo lugar, sino repartiéndolos por toda la ciudad y en diferentes condiciones.

Pauso durante unos segundos para ordenar sus ideas y explicárselo lo mejor posible, para que lo entendieran.

—En los sótanos, en los altillos, en tinajas de barro, envueltos en telas de algodón, junto al fuego, en barriles o cofres de madera —les explico al ver que no comprendían a que se estaba refiriendo.

—Así no todos los suministros de un mismo producto esta expuestos a la misma inclemencia —murmuro, Mariam, al entender lo que trataba de explicar.

—Exacto.

—Muy inteligente por su parte —le alabo, Becca, complacida.

—La verdad es que si, por eso, nunca me puse a trabajar seriamente en las dificultades que los caminos helados suponían en realidad, me tomaba sus quejas como vana palabrería.

—Hasta que te toco a ti, sufrirlas en tus propias carnes —le reprocho, Emma, quien había estado atenta a sus palabras durante todo el relato.

—He de confesar que sí, algo por lo que me siento muy avergonzado —les confesó, sintiendo como se acaloraba.

—Pero a partir de ahora tendrán un problema menos del que preocuparse, gracias a ti —le alabo, Mariam, tratando de animarle.

—Siento ser una pesada, pero que tal si vamos al grano —intervino de nuevo, Becca —, a mí lo que me gustaría saber es en que consiste en realidad dicho invento, a ser posible, antes de que lleguemos a Thurson, por favor.

—Paciencia, querida esposa.

Halfted se dio cuenta de su error, nada más salieron las fatídicas palabras de su boca, ahora sí que estaba metido en problemas, ya podía pensar en algo, rápido, con lo que aplacar su genio y que se sintiera satisfecha.

—La verdad es que es muy sencillo, a cualquiera se le hubiera podido ocurrir —dijo, Alister, con humildad, ya que no se creía merecedor de ningún mérito por tan ridícula solución —tan solo se han clavado unos grandes clavos en las ruedas, las cuales se clavan en el hielo al girar, evitando que patinen.

Todos en el habitáculo se quedaron en silencio, tras sus palabras, sobre todo las damas, quienes se habían quedado tan sorprendidas que eran incapaces de hablar.

Alistér se concentró en observar la reacción de Mariam, la única en realidad, que le importaba.

Parecía estar tan sorprendida como las demás, pero en sus ojos le pareció apreciar una mirada de orgullo, de satisfacción, la cual nunca había dirigido hacia su persona.

Esa misma mirada con la que premiaba a su hermano, llena de amor y cariño, para hacerle saber lo orgullosa que estaba él y cuanto lo amaba.

Sus ojos se encontraron y quedaron atrapados, el uno en el otro, diciéndose tanto, pero sin decirse nada.

—Parece que ya hemos llegado —anuncio, Emma, rompiendo el encanto del momento —, será mejor que nos preparemos.

—Sí, debemos apresurarnos, no tenemos mucho tiempo antes del almuerzo —les aviso, Halfted, consultando su reloj de bolsillo.

—Entonces, será mejor que nos separemos, así abarcaremos más y podremos hacer más recados.

—Buena idea, yo te acompañaré a visitar las casas de muebles —se ofreció, Alistér —, al fin y al cabo, no tengo ningún asunto urgente que atender.

—Está bien, entonces nos vemos en la posada para almorzar —dijo, Braynning, descendiendo del carruaje y volviéndose a ayudar a su esposa —. Cógete a mi brazo, no queremos que resbales.

—Mi gentil, caballero, de blanca armadura —susurro, poniéndose de puntillas para depositar un suave beso sobre su mejilla, recién afeitada, antes de tomar el brazo que la tendía.

Alistér y Mariam se dirigieron directamente al mercado, aunque no pensaban entretenerse demasiado, pero no les quedaba más remedio que atravesarlo para llegar a los almacenes, junto a los muelles, que era donde se encontraban las casas de muebles, con sus artesanos.

El colorido de unas alfombras, llamo su atención y se acercó para verlas mejor, esos tonos pastel, darían una sensación de calidez en los dormitorios que las recién llegadas agradecerían, pensó, volviéndose en busca de su marido, para comentárselo.

Extrañada, al no encontrarlo a su lado, se incorporó buscándolo con la mirada.

Lo encontró unos metros más atrás, conversando alegremente, con una hermosa joven, la cual se empeñada, sin ningún pudor, en lucir sus encantos a pesar de frío tan intenso que hacía.

Se fijó un poco más, comprobando que se trataban con demasiada familiaridad para su gusto, incluso esos leves toques que ella le daba en el brazo, para llamar su atención y que Alistér recibía con agrado.

Sintió la ira recorrerla de arriba abajo, incendiando la sangre de sus venas, como nunca la había sentido, al comprender que esa debía ser una de las mujeres que su esposo visitaba en el lecho, durante las noches que se ausentaba de la casa.

Alistér recordó de repente donde estaban y quién le acompañaba, por lo que se volvió hacia ella, cortando su conversación, abruptamente, con Lady Claudia, para acudir a su lado.

Mariam se inclinó de nuevo sobre las alfombras, fingiendo examinarlas más detenidamente, tratando de dominar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

Él nunca debía saber que le había visto conversar con aquella mujer, mucho menos conocer a la conclusión que había llegado.

## Capítulo 19

Mariam miró a través del espejo de su tocador, donde estaba sentada, trenzándose su larga melena, hacia el exterior por la ventana, al viento había arreciado bastante y una ligera lluvia caía golpeando tímidamente los cristales, no la extrañaría que esa misma noche cayera la primera nevada del invierno.

Aunque gracias a Alister, este año no se quedarían varados en la nieve, si es que su invento también sirviera para eso, pensó, dudándolo.

Cómo iban a poder subir un carro sobre casi un metro de nieve y viajar a través de él, se preguntó sin hallar una respuesta que la convenciera.

Lo más probable es que esos clavos en las ruedas solo pudieran utilizarse sobre el hielo, pero aunque fuera así, gracias a ellos estarían menos tiempo aislados.

Ojalá, a Alister, se le ocurriera una forma de poder salir de la ciudad cuando la nieve los cubriera.

Oyó ruidos que parecían venir del otro lado del pasillo, sonaban como si este se estuviera preparando para salir, pensó, apenada, mirando su cara reflejada en el espejo, lo más seguro es que hubiera quedado con aquella hermosa dama, en verse más tarde, aquella misma mañana en el mercado.

Maldito, Leinster, por todo lo que la había hecho, impidiéndola ser una mujer completa con cualquier otro hombre, por mucho que deseara serlo para él.

Las lágrimas, por tanto tiempo, reprimidas, surcaron su rostro, regándolo en silencio.

No había nada que pudiera hacer al respecto, pensó, sintiéndose más derrotada que nunca, ya lo había intentado y Dios sabía que había hecho su mayor esfuerzo por conseguirlo, pero en el momento de la verdad, sus temores regresaron con tal fuerza, que la impidieron completar el acto.

Si al menos hubiera podido ocultárselos, dejando que él obtuviera su placer, pensó, arrepentida de haberse dejado llevar por ellos, pero no solo no pudo hacerlo, sino que además había perdido la frágil amistad que los unía y que ahora les estaba costando tanto recuperar.

Echaba de menos esas miradas de complicidad, donde parecían decirse tantas cosas, sin necesidad de pronunciar ninguna palabra para hacerlo.

El placer de esas largas noches, sentados frente al fuego, conversando plácidamente de lo que les había deparado el día o cualquier otra banalidad que se les ocurriera.

O los largos silencios, donde Alister disfrutaba de una agradable lectura, sentado en su

sillón favorito, mientras ella se colocaba frente a él con su bordado.

Extrañaba tanto su compañía que la dolía el corazón, solo de pensar que nunca más, compartirían momentos como aquellos frente al fuego.

Solo porque ella, en un arrebato de estupidez, había querido ser su esposa en el lecho, desoyendo sus temores, junto a su mente que la advertía de no hacerlo.

Un fuerte golpe procedente de su habitación la sobresalto, sacándola de sus pensamientos.

Sin ser muy consciente de ello, se vio cruzando el pasillo y entrando en su cuarto, preocupada.

—¿Estás bien? —le pregunto acercándose a él, apresurada.

—¡¿Qué!? —exclamo, volviéndose sorprendido hacia ella.

—Oí un golpe muy fuerte y pensé que podrías haberte lastimado.

Alister la miro en silencio, desorientado, antes de comprender a que se refería exactamente.

—Ah, eso, me tropecé con el cajón abierto, pero no es nada, tranquila —le dijo, señalando el último cajón de su cómoda —me temo que mi orgullo es lo único que ha salido lastimado del incidente, por ser tan torpe.

Mariam miró la cómoda, fijándose en la gran cantidad de pañuelos esparcidos por el suelo, comprendiendo en ese momento cuál era su aprieto en realidad.

Sin darse cuenta avanza hacia él, suavemente le retiro las manos del que aún se mantenía alrededor de su cuello.

—Deberías contratar los servicios de un ayuda de cámara —le sugirió, moviendo hábilmente la tela hasta completar un nudo perfecto.

—Para que me haga el nudo del pañuelo.

—Por ejemplo, cualquier noble que se precie tiene un ayuda de cámara para que le atienda y se ocupe de sus ropas.

—Tonterías, puedo vestirme y bañarme yo mismo.

—No es solo eso, hay muchas otras labores que un ayuda de cámara puede hacer por vos —le explico, contrariada por su negativa a tomar a alguien a su servicio personal.

—Eso no es para mí.

—Alister ...

—Además, ya tengo un ayuda de cámara, al que suelo olvidar, haya donde me acompaña y el cual, aparece por Glasgow cuando se ha cansado de esperar a que le mande a buscar.

Mariam abrió los ojos como platos, horrorizada, al oírle.

—Lo cual ocurre tan a menudo que ya ni se molesta en acompañarme en mis viajes, a no ser que insista en ello.

—Por favor, eres terrible, me imagino al pobre hombre, varado allí donde le olvides.

—Ya está acostumbrado, créeme —la dijo, sin un ápice de arrepentimiento.

Mariam no insistió más, tenía toda la intención de conocer a aquel hombre y presentarle sus disculpas en nombre de su esposo, por tantas veces en que le había abandonado.

—¿Deseas algo más? —la pregunto, pasando ante ella en busca de su chaqueta.

—Eh, no —dijo viendo como se la ponía y completaba su atuendo —, supongo que no.

Alister la observo con mayor detenimiento al notar un deje de tristeza en su voz.

—Mariam ...

—Disculpa, vas a salir —no tenía sentido negar lo evidente —y yo te estoy entreteniéndote —se disculpó—. Que tenga una buena noche, excelencia.

Se despidió apresurada, antes de que perdiera la poca dignidad que la quedaba y le suplicara que no lo hiciera, que no fuera a aquella cama donde le esperaban.

—Mariam, ¿qué ocurre? —la pregunto, extendiendo el brazo, sujetándola por el codo, deteniendo su huida.

—Nada, por favor dejarme ir, no deseo ser el motivo de vuestro retraso.

—No, hasta que me digáis por qué estáis así.

Mariam permaneció tercamente en silencio, la verdad es que no sabía que decir, sin terminar completamente humillada, suplicándole que no acudiera a sus brazos.

Su orgullo era demasiado grande como para suplicar a nadie, prefería sufrir las consecuencias y morirse por dentro, antes que humillarse de esa manera tan deshonrosa.

Alister, permaneció en silencio sin soltar su agarre, no estaba dispuesto a dejarla ir hasta que le respondiera, de repente una idea cruzo por su mente, solo podía ser eso lo que la sucedida.

—Me viste conversar con Lady Claudia —se atrevió a increparla seguro de ello.

—Sí —le confesó con apenas un hilo de voz — y sé que eso no debería afectarme, de ninguna manera, es culpa mía que te veas obligado a verla —le dijo, sintiéndose más valiente con cada palabra que pronunciaba —, pero me duele que sea así.

—Estás celosa —exclamo, lleno de júbilo al comprender que ella había desarrollado sentimientos hacia él.

Puede que aún no lo amara o que solo fuera su orgullo quien hablara, pero la esperanza de que algún día lo hiciera, le hincho el corazón de esperanza.

—No lo sé, nunca he estado celosa antes, ni siquiera sabría identificar los celos —le confesó, tras sopesar sus palabras detenidamente en su mente —solo sé que me pone furiosa el hecho de que no sea a mí a quien desees.

—Eso no es cierto, te deseo con cada poro de mi piel, por eso visito otras camas, para no abalanzarme sobre ti, como hacia tu vil esposo —la confesó, sin ningún pudor lo que realmente sentía —cualquier otra mujer, es un mero pasatiempo, que me mantiene cuerdo por unos minutos, retrasando mi locura, por no poder tenerte entre mis brazos.

Mariam se quedó allí parada ante él, asombrada por la profundidad de sus sentimientos, sin tener muy claro que hacer o decir, ante eso.

—Puedo preguntarte algo.

—Por supuesto —logro, murmurar, sorprendida.

—¿Os gusto lo que compartimos hasta que vuestros temores regresaron?

—Sí, me resulto de lo más placentero —le dijo sin dudarlo ni un momento —, nunca hubiera pensado que un beso fuera tan agradable ni que pudiera despertar la necesidad de más caricias en otras zonas de mi cuerpo.

Alister trago saliva visiblemente al oírla, estaba perdido, se dijo, al sentir el rugir de la pasión, tanto tiempo, contenida, recorriendo sus venas.

Su esposa podía ser muchas cosas, pero tenía una manera de expresar sus sentimientos, sin disfraces ni tapujos, que lo ponía del revés, haciéndole caer de rodillas a sus pies, suplicando por sus favores.

Esa imagen en su mente hizo que se le ocurriera algo, que tal vez podría funcionar, no perdía nada por proponérselo y podría ganar el cielo si salía bien, estaba seguro de ello.

—Estaríais dispuesta a intentarlo de nuevo.

Mariam le miro pensativa, dudando si aceptar su invitación o no.

—No deseo arriesgar la poca amistad que nos queda tras mi fracaso —le confesó.

—Nuestra amistad siempre estará ahí, independientemente del resultado, solo nos llevará un tiempo adaptarnos y sentirnos cómodos de nuevo, os lo prometo, pase lo que pase, siempre estaré a vuestro lado.

Mariam se quedó en silencio, escudriñando sus ojos en busca de cualquier falta de sinceridad que pudiera detectar tras sus palabras.

—Qué me estás sugiriendo exactamente —se atrevió a preguntar pasados unos minutos.

—Que esta vez seáis vos quien me someta con vuestras caricias —la expuso su idea —, tal vez si descubrís el poder que ejercéis sobre mí, como mujer, lo débil y sumiso, que me dejáis, seáis capaz de ir más allá de donde lo dejamos.

Mariam dio unos pasos hacia atrás sin dejar de mirarle de frente, hasta que topo con el sillón que se encontraba a su espalda, dejándose caer sobre él, sin fuerzas.

—¿Y cómo pensáis hacerlo en realidad?

—Para empezar, podríais atarme las manos a los barrotes de la cama, para que no pueda acariciaros, eso os dará la sensación de control que necesitáis para avanzar, al menos eso espero —la explico —, lo demás iremos improvisando sobre la marcha, ¿si te parece bien? —la pregunto, con demasiado entusiasmo para su gusto.

Esa iba a ser la tortura más grande a la que se había sometido a lo largo de su vida, en busca de placer, y se había sometido a unas cuantas, pero si lograban su objetivo, habría merecido la pena. Ya se tomaría la revancha en otro momento y sería tan dulce para ella, como la que esta noche le proporcionaría.

Él se encargaría de ello, se prometió a sí mismo, mientras esperaba su respuesta, allí plantado ante ella.

—Mariam ... —la insto a que tomara una decisión.

—Está bien, hagámoslo.

Alister se arrancó el pañuelo del cuello y se sacó la camisa, yendo directo hacia la cama.

—Átalo a mis muñecas —la pidió, tumbado de espaldas sobre el colchón.

—¿Estás seguro de que es esto lo que deseas?

—Tú confía en mí, hazlo.

Mariam se levantó un poco el camisón, para poder subirse a la cama, quedando de rodillas a su costado e hizo lo que le pedía.

—Estoy a tu merced, haz conmigo lo que quieras —la invito veladamente —, eres libre de buscar tu placer, como más gustes hacerlo.

Mariam lo miro allí tumbado, dudando de que pudiera hacerlo, pero a la vez deseosa de intentarlo.

Puede que él tuviera razón, no perdían nada con intentarlo.

—Está bien, ¿y ahora que hago? —claudico, un poco indecisa aún.

—Lo que quieras, déjate llevar.

Mariam no es que deseara hacer nada especial, por lo que se quedó allí, arrodillada, observándolo, despacio, de arriba abajo, recreándose la vista con su cuerpo musculoso, semidesnudo, ante sus ojos.

Tratando de decidir por donde empezar.

Sus ojos burlones la invitaban en silencio, prometiendo e invitando, cosas que no entendía, de repente sus ojos cayeron en la plenitud de sus labios, recordándola lo que la hacían sentir cuando la besaba.

Muy lentamente se inclinó sobre él, hasta rozarlos con su lengua, tomándose su tiempo para delinear su contorno.

Alister no pudo reprimir un gemido de placer ante su tierna caricia, deseando que profundizara un poco más, hasta que sus bocas se acoplaran y sus lenguas bailaran al compás de la música que ellos mismos componían bajo la influencia de la pasión que los embargaba.

Mariam se atrevió a ir más allá e introdujo su lengua en su boca, tal y como él había hecho, imitando sus movimientos.

Su respiración se volvía más y más rasposa, por momentos, sentía los pechos hinchados, reclamando sus caricias, incluso el suave tacto del algodón que los cubría, la molestaba, necesitaban libertad.

Sin pensarlo dos veces rompió el beso y se incorporó un poco para quitarse el camisón que tanto la molestaba.

Alister los devoro con los ojos, no podía tocarlos como deseaba, pero se moría por saborear aquellos pezones erectos, que le llamaban como el canto de una sirena, al que no se podía resistir.

Mariam pareció percibir su necesidad, ya que se inclinó sobre él, acercándoselos a su boca.

Levanto cuanto pudo la cabeza, para atraparlo entre sus dientes, con verdadero fervor, arrancándola suaves gemidos de placer a la vez que los saboreaba.

Mariam no se esperaba una reacción tan intensa en su interior, sentía como la humedad

fluía entre sus piernas, reclamando la misma atención que sus senos.

Quizás él tuviera razón y sentir que era él quien estaba a su disposición, acabara con sus temores, volviéndola más osada y deseando cada vez más de aquel dulce tormento.

Por ahora, estaba funcionando, pensó, acercando su mano a su pecho para acariciarlo con timidez.

Recorrió cada uno de sus músculos con la yema de los dedos, disfrutando de su dureza y la excitante vista que la ofrecían.

Volvió a inclinarse sobre él en un tórrido beso, mientras dejaba que su mano se aventurara más abajo, hasta colocarla sobre la protuberancia que más tarde introduciría en su interior.

O al menos eso esperaba, rogó a Dios en silencio, por qué esta vez saliera bien y pudiera ser la esposa, completa, que él se merecía.

Abandono su boca en busca de aire, pero no dejó de acariciarle por encima de la tela del pantalón.

—Libéralo —susurro, Alister, con la voz ronca por la pasión.

—¿Qué? —le pregunto, sin saber muy bien a que se refería.

—Quítame el resto de la ropa —la sugirió, tratando de dominarse y dejarla hacer.

Sabiendo que de otra manera esto no funcionaría para nada, tenía que dominarse fuera como fuera, pensó, tragando saliva y comenzando a recitar mentalmente todos los condados de Inglaterra y Escocia, con tal de aplacar su libido.

Mariam colocó sus manos sobre la pernera del pantalón y comenzó a desabrocharla con torpeza, se sentía sonrojada y a la vez notaba como su excitación crecía y crecía, cada vez más, hasta lugares donde nunca había estado.

Eso la dio el valor para colocarse a sus pies y retirarle el pantalón por completo, su ropa interior corrió la misma suerte, dejándola ver unas piernas bien torneadas, gracias a las muchas horas que pasaba sobre el caballo.

Comenzó a acariciarlas con ambas manos, subiendo despacio por sus muslos, hacia su hermoso miembro erecto en toda su plenitud.

¿Hermoso?, lo consideraba hermoso, pensó, cuando hasta ahora siempre había sido el causante de su dolor.

Definitivamente, algo estaba cambiando en su interior, pensó, agradecida por ello.

Con dedos temblorosos comenzó a acariciarle de arriba abajo, sorprendida por su suavidad y a la vez por su dureza.

Alister respiraba cada vez más agitado, le era casi imposible quedarse quieto ante sus caricias.

Lanzo un hondo suspiro, liberando todo el aire de sus pulmones, para después volverlos a llenar de nuevo, tratando de calmarse.

Se estaba volviendo loco, si esto no acababa pronto, no creía que sobreviviera, necesitaba estar dentro de ella, ya, o moriría.

Sintió como Mariam se inclinaba para besar su punta, húmeda, por sus fluidos y comenzaba a recorrerlo lentamente con la lengua.

—Basta —la ordeno, dándose por vencido —, si no vienes aquí enseguida esto habrá terminado antes de empezar.

Mariam levantó la cabeza para mirarle, pudiendo ver su agonía, pero sin saber muy bien que hacer para aliviarla.

—Móntame —la suplico —o libérame para que pueda marcharme.

—¿Qué?

—Por el amor de Dios, es que tu marido no te enseñó nada.

Mariam dio un respingo hacia atrás al oírle, poniéndose rígida, al recordar todo lo que Leinster la había enseñado, lo cual nada de ello tenía que ver con lo que sentía en esos momentos.

Alister supo que había cometido un error garrafal, nada más mencionar a aquel bárbaro, haciéndola recordar las vejaciones a las que la sometía.

Maldita sea, lo había estropeado todo y no tenía a nadie más a quien culpar, que a sí mismo por ello.

Había sido un estúpido y ahora tendría que pagar por ello, pensó, sintiendo como la rabia en su interior, le estaba ganando terreno a la pasión.

—Enséñame —murmuro decidida a intentarlo, había llegado hasta allí y en esa ocasión no tenía intención de retirarse, esa vez no, se prometió a sí misma.

Alister la miro unos segundos tratando de adivinar hasta donde llegaba su disposición, sin llegar a poder percibir sus sentimientos, un rugido se escapó de su garganta, tratando de decidir que hacer.

—Ven aquí, colócate sobre mi miembro, pero sin llegar a sentarte sobre él.

Mariam miró su miembro, dudando, había llegado el momento, aunque no se sentía especialmente dominada por el deseo, el cual se había enfriado, considerablemente, aún quedaban rescoldos en su interior, que al igual que el fuego en la chimenea, podían volver a hacerla arder, si se removían como debieran.

—Vamos, confía en ti —la animo, al ver sus dudas reflejadas en su cara —aunque no te tocaré y seguirás teniendo el control absoluto —la recordó, tratando de disiparlas —, intentaré guiarte a partir de aquí.

Esas eran exactamente las palabras que necesitaba oír, para reunir el valor que la había abandonado al mencionar a Leinster.

Mariam hizo exactamente lo que la había pedido, colocándose a horcajadas sobre él, pero sin tocarse.

—Bésame —la suplico, sintiendo su libido renacer con más fuerza.

No se lo pensó dos veces y unió sus labios a los suyos, permitiendo que él convirtiera su inocente gesto, en un tórrido beso de pasión, se retiró con la respiración entrecortada ante la necesidad de aire.

—Toma mi miembro entre tu mano y guíame a tu interior.

Mariam no dudó en tomarlo y comenzó a descender sobre él, que Dios la ayudara, rezo en silencio, aunque se sentía ansiosa por recibirle.

Todo eso podía cambiar en cualquier momento, debía ser valiente y no retroceder ante el primer signo de temor, se dijo, sacudiendo la cabeza, para apartar cualquier pensamiento de su mente y concentrarse solo en sentir las sensaciones que la embargaban, sintiéndole en su interior.

Llenándola por completo.

—Muévete —murmuro, con la voz entrecortada, obligándose a mantenerse completamente, quieto —, vuelve a subir y a bajar despacio, al compás que desees —la explico —, déjate llevar.

Mariam hizo lo que la pedía, sorprendida al no sentir ningún dolor a pesar de la invasión a su cuerpo, incluso sentía que necesitaba más, poco a poco fue dejándose llevar por la pasión que la consumía por dentro.

Se inclinó para volver a besarle, mientras incrementaba el ritmo, Alister, no pudo resistirlo más y se unió a ella, embistiendo en su interior, como deseaba.

Sintió como su cuerpo comenzaba a temblar, acercándose al clímax y empujo con más fuerza, llevándola más allá de lo que había conocido hasta ahora, asegurándose de darla su placer antes de tomar el suyo.

Una tormenta de sensaciones, le invadió todo su cuerpo cuando por fin se dejó ir.

Mariam se dejó caer sobre él, exhausta y a la vez maravillada de no sentir dolor a pesar de estar aún en su interior.

Ese era el placer que la había prometido si se atrevía a tomarlo, pensó.

Una vez más, Alister, había cumplido su palabra, le besó suavemente en los labios, dándole las gracias por tanto como la había dado, no solo en el lecho, antes de retirarse y rodar sobre él, hasta quedar acurrucada a su lado sobre la cama.

—¿Todo bien? —la pregunto, preocupado, una vez se recuperó lo suficiente como para poder hablar.

Necesitaba oírsele decir.

—Sí —le respondió, soñolienta.

Alister se volvió hacia ella y la abrazó, atrayéndola más cerca, antes de cubrirlos con las mantas.

—Te has soltado.

—No eres muy buena atando a la gente.

—La próxima vez lo haré mejor, lo prometo —murmuro cayendo en un plácido sueño.

—Al menos habrá próxima vez —murmuro antes de abandonarse al sueño a su lado.

## Capítulo 20

A la mañana siguiente, Mariam, se despertó con una sonrisa, incluso el sol se atrevió a aparecer entre las nubes, tras la noche de lluvia y viento que habían pasado, pensó, aún tendida, desnuda, sobre la cama de Alister, observo a través de los cristales, con las cortinas entre corridas, que ocultaban todo su esplendor.

Una sensación de lánguida felicidad se extendía por su alma, lo había conseguido, aún no sabía como, pero tampoco importaba, por fin era una verdadera esposa para Alister, tras entregarse a él la noche anterior sin ningún pudor.

Se sentía una mujer completa de nuevo, capaz de cualquier cosa, una sensación que ya había olvidado tras los meses de matrimonio con Leinster y que nunca, jamás, pensó que recuperaría.

Incluso pensar en aquel pobre hombre enfermo, dominado por la ira y el dolor, se hacía más fácil, aunque nunca llegara a perdonarle por todo lo que la hizo, recordar ese tiempo ya no era tan demoledor como antes.

Alister y su hija Freiya eran los responsables, lo que de verdad habían hecho el milagro para que las heridas comenzaran a cerrarse, pensó, incorporándose para salir de la cama y regresar a su propia habitación a vestirse.

Las cicatrices siempre estarían ahí, pero aprendería a vivir con ellas, no permitiría que estas dirigieran su vida, negándole la paz y la felicidad, por la que tanto había luchado.

Miro de soslayo el lugar que Alister había ocupado durante la noche y se preguntó donde estaría, la hubiera gustado que aún estuviera a su lado cuando despertó, para poder darle las gracias de nuevo por su paciencia.

Pero sobre todo por creer en ella, por ayudarla a ir más allá, hasta convertirla en la mujer que, esa mañana, miraba el sol con esperanza, sabiendo que no sería fácil tumbarla de nuevo.

Bajo al comedor en busca del desayuno, todos ya se habían retirado a sus labores y la mesa estaba recogida, se volvió a mirar el reloj sobre la repisa de la chimenea.

Sí que había dormido, en apenas dos horas servirían el almuerzo, pensó, mientras iba hacia la cocina en busca de cualquier cosa que la señora Caster quisiera darle, para saciar el hambre que la devoraba.

—Buenos días, excelencia, supongo que deseáis desayunar —la saludo, la señora Caster, volviéndose al oír la puerta interior que se abría.

El Duque la había advertido que la señora bajaría tarde esa mañana y que debía tener un

tentempié preparado para ella, cuando lo hiciera.

—Sí, fuera posible, la verdad es que lo agradecería.

—Por supuesto, si me da unos minutos para retirar esto del fuego, se lo llevaré yo misma al comedor.

—No es necesario, no deseo causarle ninguna molestia, puedo tomarlo aquí, si me lo permite.

—Como desee, excelencia —fue lo único que pudo decir, sorprendida, al verla sentarse en la mesa de los criados, como si no fuera la señora de la casa.

—Gracias.

Mariam se sirvió ella misma el té con limón y azúcar, que siempre tomaba y saboreo un par de tartaleas de frambuesa, antes de sentirse satisfecha.

Eso sería suficiente hasta la hora del almuerzo, pensó, no deseando comer mucho más y tener que despreciar las viandas que, con tanto gusto, estaba preparando, ante ella, la señora Caster, por no tener apetito.

—Ahora, si me disculpa, la dejaré tranquila para que siga con sus labores —se despidió, saliendo de la cocina devuelta al comedor.

Era demasiado tarde para ir a la fortaleza, pero demasiado temprano para sentarse en la salita a esperar que los demás regresaran para el almuerzo, pensó, indecisa, sin saber muy bien que hacer con su tiempo.

De repente, el sonido de unas voces amortiguadas, desde el piso superior, llegaron hasta ella y fue hacia allí.

Pasar un poco de tiempo con su hija a solas, no era algo que pudiera hacer con la regularidad que desearía, entre su trabajo en la fortaleza y que la casa era justa para albergar a tantos ocupantes, las salas comunes siempre estaban ocupadas por alguien más.

Subió al tercer piso y fue directa a la habitación de Freiya, sorprendiendo a su niñera, que tejía sentada en la mecedora, mientras velaba su sueño.

—¡Excelencia! —exclamo al verla, levantándose de un salto, aun con la labor en la mano.

—Buenos días —la correspondió, con una sonrisa —me gustaría pasar un rato a solas con mi hija.

—Por supuesto, excelencia, estaré abajo para cuando me necesite —dijo, tomando su bolso del suelo y yendo hacia la puerta.

—Gracias, me quedaré hasta la hora del almuerzo —la informo, observando su espalda mientras salía y cerraba la puerta de nuevo.

Se acercó a la cuna para verla dormir, aún no podía creerse que aquella niña tan hermosa fuera fruto de una relación tan espantosa.

Era un milagro que agradecería a Dios, por el resto de sus días, pensó, inclinándose para tomarla en brazos, con cuidado y sentarse con ella en la mecedora junto al fuego.

—Algún día, cuando seas lo suficiente mayor como para comprenderlo, te contaremos tu

historia —murmuro con cariño, acariciando con un dedo su suave mejilla—. Tras lo cual, tendrás que tomar decisiones que pueden ser muy duras, pero recuerda que tu padre y yo, estaremos siempre aquí para ayudarte en lo que sea.

Se quedó allí sentada, meciéndose suavemente, disfrutando del ritmo plácido de su respiración, mientras dormía con una tierna sonrisa dibujada en su pequeña carita.

—Pase lo que pase en el futuro, nunca olvides que todo lo que hicimos fue por amor, eres lo mejor de nuestras vidas —susurro, justo antes de que unos suaves golpes en la puerta, por parte de su niñera, recordándola que la hora del almuerzo se acercaba, la devolvieran al presente.

Se levantó despacio y volvió a dejarla en su cuna, antes de bajar a la salita a reunirse con los demás.

A la mañana siguiente, volvió a levantarse tarde, pero llegó a tiempo al comedor, antes de que retiraran el desayuno.

Había vuelto a pasar la noche con Alister, aunque en esta ocasión fue él quien visitó su cama, enseñándole nuevas formas de obtener placer en el lecho, gracias a eso, sus temores habían quedado en el olvido.

Se sentía una mujer nueva, valiente y decidida, que sabía lo que deseaba en la vida y luchaba por obtenerlo.

No la asustadiza damisela en que Leinster la había convertido, sino la mujer que siempre quiso ser, pensó, con una sonrisa en los labios, llena de felicidad y esperanza, mientras se adentraba en el bosque por el sendero principal.

Había decidido salir en busca de unas flores para adornar las dos habitaciones que habían acabado en la fortaleza.

Un bonito ramo de flores silvestres serían el punto final a su renovación y quedarían listas para sus ocupantes, cuando llegaran.

A todo el mundo le gustan las flores y aunque era invierno, había descubierto, durante sus paseos con Alister, un pequeño claro con unas diminutas flores blancas que serían perfectas para sus planes, solo tenía que volver a encontrarlo, pensó, esperanzada de no perderse en el bosque.

Habían salido muy pocas veces, por lo que aún no dominaba los caminos, pero estaba segura de que si no abandonaba el sendero principal, daría con él y podría volver a casa ella sola, sin tener que molestar a nadie para que la acompañara.

El crujir de las hojas a un lado del camino, la sobresalto, se detuvo a escudriñar entre los árboles que había podido provocarlo, pero no vio nada.

Seguro que sería algún animalito, se dijo, para calmar sus temores, antes de ponerse de nuevo en movimiento.

Unos metros más adelante, el sendero se estrechaba y los árboles parecían cernirse mucho más sobre ella.

—No pasa nada —se dijo en voz alta para animarse— justo un poco más adelante está el claro que buscas.

Tomo una respiración profunda y acelero el paso, decidida a llegar cuanto antes y salir de

la espesura.

El crujido inconfundible de una rama al romperse, ahora mucho más cerca, le dijo que no estaba sola por esos lares, llenándola de temor, aun así siguió caminando, confiada en que fuera quien fuera, se marcharía y la dejaría en paz, pero no tuvo esa suerte.

Justo unos metros más adelante, tras el recodo del camino, se encontró con dos hombres, que la esperaban, recostados sobre el tronco de un árbol, a ambos lados del camino.

—Bueno, bueno, mira a quien tenemos aquí —dijo el situado a su izquierda al verla, sin abandonar su postura aparentemente relajada.

—Justo a la damisela a quien nos han mandado a buscar —replico, su compañero, imitando su actitud.

Mariam los miro con desconfianza, no parecían hombres del clan, iban vestidos más al estilo de ciudad que los ropajes campechanos que usaban en la aldea.

Si a eso le sumamos su acento, podría asegurar que no eran de por allí.

—¿Mi esposo los ha enviado? —les pregunto, dudando de que fuera cierto.

—Algo así.

Oyó una voz tras ella responderle y de repente todo se volvió negro a su alrededor.

—Será mejor que nos vayamos cuanto antes —dijo uno de ellos —, los hombres del Duque, que la vigilan a todas horas, no tardaran en llegar.

—Ha sido una suerte, que ella misma les diera esquinazo al salir.

—Qué puedes esperar de una mujer, ni siquiera por su seguridad son capaces de obedecer a su amo y señor.

Unas fuertes risotadas les acompañaron hasta donde habían dejado los caballos y partieron sin más dilación, cargando su preciada presa.

Si se daban prisa, estarían de vuelta en Thurson antes de anochecer, para embarcar rumbo a Londres, con los bolsillos bien llenos, con la recompensa que ese estirado irlandés les pagaría por ella.

## Capítulo 21

Mariam abrió los ojos despacio, sentía un terrible dolor en la cabeza, como si se hubiese golpeado con algo, que era incapaz de recordar, los cerro de nuevo y escarbo en su memoria, tratando de darle algo de sentido a como había acabado en aquella habitación desconocida, tumbada en el diván.

Lo último que recordaba era que había salido al bosque, a recoger flores silvestres y se había encontrado con dos desconocidos.

—Oh, ya te has despertado, querida, justo a tiempo para el almuerzo.

Mariam sintió un escalofrío recorrerla de arriba abajo, aquella voz la había perseguido en sueños durante meses.

Abrió los ojos de nuevo y vio su silueta parada ante ella, frente al fuego, observándola, aquello no podía estar sucediendo, se dijo, presa del pánico que sentía al volver a verlo.

—La señora Francis te acompañará para que te asees antes de ir a la mesa —dijo, disfrutando más de lo que esperaba al ver el miedo en sus ojos.

Había esperado mucho ese momento, pero por fin la tenía, a su entera disposición para hacer con ella lo que le placiera.

Así se enterarían de una vez por todas, aquellos nobleluchos ingleses que habían intentado arrebatarla, que un Leinster nunca cedía lo que le pertenecía y aquella damisela inglesa le pertenecía por derecho, era una Leinster y formaba parte de la familia.

Tenía grandes planes para ella, que sin duda disfrutaría, pensó, relamiéndose los labios y dejando que viera como su libido despertaba sin ningún pudor, solo de pensar en ellos.

—Señora Francis, acompañe a milady arriba, para que pueda retocarse y acicalarse como a mí me gusta —le pidió a su sirvienta que esperaba junto a las puertas —, deseo contemplar su belleza mientras saboreo otros manjares antes de nuestro encuentro en el lecho, eso me dará un gran placer adicional.

—Milady, sígame, por favor.

Mariam levantó la cabeza hacia la mujer mayor que se había acercado, todo la daba vueltas, sintió las náuseas, subir por la garganta, pero consiguió dominarlas, no le daría a ese desgraciado el placer de verla en ese estado.

Con mucho cuidado, consiguió ponerse en pie y seguirla tambaleante, al piso superior, donde la bañaron y prepararon para su amo.

Tenía que reaccionar, se dijo, pero su cerebro parecía haberse paralizado tanto como su cuerpo, y era incapaz de responderle.

—Perfecta, justo lo que esperaba, señora Francis —dijo, al verla regresar al comedor, vestida con las ropas que la había comprado —ya puede ordenar que nos sirvan la comida.

Mariam bajo la vista a su plato, aún vacío, negándose a mirarle, sentada frente a él en el otro extremo, de la gran mesa.

—Os aconsejo que comáis, para coger fuerzas, pienso disfrutar de vuestros encantos toda la tarde, hasta que tengamos que embarcar a media noche —la advirtió devorándola con los ojos —, volvemos a casa, querida.

Mariam sintió un nudo en la garganta tan grande que la impedía respirar, pero se obligó a tranquilizarse, bajo ningún concepto le dejaría ver de nuevo el terror que recorría sus venas en ese momento.

Ya había cometido ese error antes al despertar y no volvería a hacerlo, se prometió a sí misma, tratando de poner su cabeza en orden para buscar una salida.

Alistér volvió a mirar el reloj que estaba sobre la chimenea, preocupado, llevaban más de media hora esperando a Mariam para el almuerzo.

Ella no solía llegar tarde, pensó, cada vez más preocupado, sus ojos se toparon con Halfted, quien parecía estar en su misma situación.

—Esto no es normal en ella —aseguro, Emma, rompiendo el silencio que se había instaurado en la sala.

—Seguro que está dando los últimos toques a cualquier sala y ni se ha dado cuenta de la hora —respondió, Becca, restándole importancia a su retraso.

—Ni los trabajadores que la acompañan —la contradijo su esposo, quien empezaba a desesperarse.

—Está bien, vayamos a buscarla y así todos podremos comer de una vez —propuso, Braynning, quien hasta ahora se había guardado sus preocupaciones para él.

—Buena idea, Becca y yo iremos a la fortaleza.

—Nosotros daremos un paseo por el refugio y preguntaremos por si alguien la ha visto —dijo, Emma, poniéndose en pie y agarrando el brazo de su marido para que la siguiera.

—Yo me acercaré a la aldea, por si acaso ha ido allí por algún motivo —dijo, Alistér, poniéndose en movimiento —. Volveremos a reunirnos aquí lo antes posible.

—Está bien.

—Menudo alboroto, estáis formando por nada —se quejó, Becca, al verlos —, tan solo se ha retrasado unos minutos para el almuerzo.

Tras lo cual, cuatro pares de ojos se volvieron hacia ella, para fulminarla con la mirada.

—Con Leinster fuera de combate y lejos de estas tierras, no hay motivos para ponerse tan nerviosos.

—¿Qué no nos habéis contado? —grito, Emma, horrorizada, al ver a Halfted apartar la

mirada, cuando Becca menciona a Leinster.

—¿Os ocupasteis de Leinster?, ¿verdad? —le pregunto, Becca, alertada por Emma, sintiendo por primera vez que algo no iba bien.

—No hay tiempo para eso —la aseguro, tomándola del brazo y tirando de ella hacia la puerta —, tenemos que encontrarla.

—Alister ... —grito, Emma, temiéndose lo peor.

—Digamos que las cosas no salieron como esperábamos —la respondió, sin poder mirarla a la cara, sabiendo que no lo dejaría estar.

—No hay nada que temer, según nuestros informantes está en Irlanda —dijo, Braynning, tratando de calmarla —y nada nos hace sospechar lo contrario.

—Idiotas, más vale que la encontremos, porque si por vuestro silencio, Leinster se ha hecho con ella, pagaréis muy caro las consecuencias —les advirtió, Emma, saliendo de la casa hecha una furia.

—Tener por seguro que lo haréis. —dijo, Becca, imitándola, saliendo tras ella.

Ellos se quedaron allí parados, mirándose sin saber muy bien que hacer, sus mujeres eran la fuerza que más temían e iban a pagar caro no haberlas contado todo lo ocurrido con Leinster, estaban seguros de ello.

—Buscaré a George para que me dé el informe de los guerreros que la vigilan —dijo, Alister, recuperando el aplomo, saliendo de la casa.

Veinte minutos después todos volvían a estar en la misma habitación, no la habían encontrado, lo último que sabían de ella es que había salido por la puerta norte hacia el bosque, con una cesta de mimbre bajo el brazo, y que por algún misterioso motivo ninguno de los guerreros que la protegían se habían percatado de su marcha.

—Vosotras os quedaréis aquí por si regresa, avisare a Pierson para que os acompañe —ordeno, Alister, elaborando un plan sobre la marcha para buscarla —, nosotros iremos a buscar a George para que organice las partidas de búsqueda —continuo, explicándoles —vosotros iréis con ellos, yo me adelantaré por mi cuenta.

—Iremos contigo —aseguro, Halfted, no dispuesto a quedarse atrás.

Por el amor de Dios, era a su hermana a quien buscaban.

—No, no conocéis el terreno, solo me entretendríais.

—Me importa bien poco como lo hagáis, pero traerla de vuelta ya —les regaño, Emma, desesperada al verlos perder el tiempo discutiendo.

Si estaba en manos de ese degenerado, no quería ni imaginar lo que podría estar haciendo con ella.

Pobre Mariam, con todo lo que había sufrido en manos de esa familia, pensó, sintiendo como sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Moveos —les ordeno, Becca, aún más autoritaria.

Eso fue todo lo que necesito Alister para ponerse en marcha, tomo su caballo de los establos de la taberna donde lo guardaba y partió en su búsqueda.

Aún contaba con al menos tres horas de luz, antes de que la oscuridad de la noche cubriera el bosque, ese era todo el tiempo con el que contaba, para dar con ella, tras lo cual tendrían que suspender la búsqueda y esperar a la mañana para reanudarla.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo solo de pensarlo, tenía que encontrarla, costara lo que costara.

—Es hora de que nos retiremos a tomar el té a la otra sala, querida, estaremos más cómodos.

Mariam notó como un sirviente se acercaba a retirar la silla, obligándola a seguirle.

—Gracias, señora Francis, asegúrese de que nadie nos moleste hasta la hora de partir hacia los muelles.

—Sí, milord.

—Sirve el té, querida —la ordeno mientras se acomodaba en el amplio diván que dominaba la sala, junto al fuego.

Mariam se obligó a acercarse a la mesa para hacer lo que la había pedido, las manos le temblaban considerablemente, pero de alguna forma se las arregló para no derramar ni una gota, mientras lo hacía.

Tomo una taza y se acercó a él para dársela.

—Tomaré el té, mientras tú saboreas otra parte de mi anatomía, me muero de ganas por ver todo lo que has aprendido durante tu ausencia.

Mariam dio tal respingo al ver como intentaba abrirse la pernera del pantalón, que la taza de té que sostenía salió volando, derramando su contenido, justo sobre ella.

—Ahh, zorra —grito colérico, poniéndose en pie de un salto, extendiendo la mano, dándole una bofetada —esto te enseñará, maldita puta.

Mariam siempre había pensado que eso de ver las estrellas cuando te golpeaban, con la mano abierta en la cara, era una exageración, hasta que lo experimento en sus propias carnes.

La mejilla la ardía, mientras que la cabeza no dejaba de darla vueltas, se incorporó un poco tratando de recuperar el aliento, cubriéndose con su propia mano helada, lo cual parecía aliviar el dolor.

—Ven aquí, furcia —grito encolerizado, cogiéndola del pelo, poniéndola de rodillas ante él —ya puedes hacerlo bien para compensar tu torpeza o te golpearé de nuevo hasta que aprendas a hacerme disfrutar como merezco.

Mariam sintió como varios mechones, de su pelo, se soltaban de su cuero cabelludo, por la fuerza con la que tiraba de ella, para levantarla, hasta que sus ojos quedaron a la altura de su pernera manchada de té, donde se podía apreciar la excitación que esa situación le producía.

Tenía que hacer algo, si no quería verse con esa protuberancia asquerosa dentro de su boca, se dijo, desesperada, sabiendo de antemano que no podría hacer nada para impedirlo.

Estaba a su merced, justo como él quería, pensó, llena de rabia por no haber reaccionado antes, he intentado huir.

Había sido una cobarde y ahora pagaría las consecuencias.

—Suéltala —grito, Alister, entrando como un vendaval, en tres zancadas se abalanzó sobre él, tomándolo del cuello, haciéndole soltar a su presa.

Mariam gateó hacia atrás, sorprendida, hasta topar con su espalda contra la esquina de la chimenea.

No podía creerlo, Alister, de alguna forma la había encontrado.

Había venido en su búsqueda, pensó, con los ojos abnegados por las lágrimas, mientras observaba a ambos hombres, forcejear, mientras se golpeaban con fuerza.

Leinster parecía estar ganando la batalla, pensó, al ver como había tumbado a su marido de espaldas, sobre la mesa del escritorio, de pronto le vio levantar la mano, con lo que parecía ser un abrecartas y clavándoselo en el pecho.

Alister grito de dolor, mientras Mariam se llevaba las manos a la boca horrorizada.

Tenía que hacer algo para ayudarle o lo mataría, pensó, presa del pánico que sentía, extendió la mano, palpando a ciegas a su alrededor, en busca de algo con lo que pudiera defenderse, hasta que se topó con el atizador de la chimenea.

Sin pensarlo dos veces lo agarro con fuerza, se levantó y corrió hacia él, blandiéndolo como una posesa.

Ambos hombres dejaron de pelearse y se volvieron a mirarla al oírla gritar.

Mariam no dejó pasar la oportunidad, agarro el atizador con las dos manos y lo balanceo sobre su cabeza, dejándolo caer sobre Leinster con toda la furia que llevaba dentro, golpeándole de lleno en la sien.

Un chasquido como de porcelana rompiéndose en mil pedazos, estallo en la habitación, antes de que callera con un ruido sordo sobre la alfombra, tiñéndola de rojo con su propia sangre.

Alister se había medio incorporado, como podía, para comprobar que ya no fuera un peligro para ambos.

—Esa es mi chica —dijo, volviéndose hacia ella orgulloso, para después volver a dejarse caer sobre la mesa, agotado por el esfuerzo.

—Alister —gritó, corriendo a su lado, despavorida —mírame, por favor, mírame —gritaba, tomándolo de las solapas de la chaqueta, zarandeándole —no te atrevas a dejarme, Alister, no te atrevas, por qué pienso perseguirte hasta los infiernos para hacértelo pagar, si me dejas ahora.

Pero, Alister, no la respondió, seguía con los ojos cerrados y la respiración entre cortada, como si le costase respirar.

Con manos temblorosas le aflojo el pañuelo y le desabrocho la camisa, tuvo mucho cuidado de no tocar el estilete por miedo a agravar su herida.

—Te quiero, por favor, no me dejes —le suplico de nuevo —ahora no, después de todo lo que hemos pasado, no, por favor, no te rindas, hazlo por mí —murmuro depositando un suave beso sobre sus dulces labios.

Mariam se irguió sobresaltada al oír pasos apresurados que se dirigían hacia ellos, busco con la vista el atizador y se agachó para cogerlo.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunto, Braynning, entrando en la habitación, armado con dos pistolas, listo para disparar.

—¿Estás bien? —quiso saber, Halfted, quien le pisaba los talones.

Mariam soltó el atizador y corrió hacia él aliviada.

Halfted la abrazó con fuerza, tratando de calmarla, agradecido de que estuviera bien y hubieran llegado a tiempo.

Mientras Braynning se acercaba a Alister.

—El amo está malherido —dijo, George, al verle, el cual había llegado antes junto a su amigo —hay que llevarle a casa para que Roxanne se ocupe de él, mientras traen al doctor desde Thurson.

Mariam se soltó de su abrazo y volvió junto a él, fijando la mirada en George, esperando que él supiera que hacer.

—Preparar una camilla para transportarlo. —les grito a los guerreros del clan que esperaban junto a la puerta —que alguien se adelante para buscar a Roxanne y llevarla a la casa, mientras Brandon partirá ahora mismo en busca del médico —les ordeno.

—Y que den aviso a las autoridades, Leinster, está muerto —les pidió, Halfted, tras comprobar que no respiraba.

En unos minutos los guerreros regresaron con lo que parecía ser la hoja de una puerta y muchas cuerdas.

Tomaron el cojín que hacía de asiento en el diván y comenzaron a preparar una improvisada camilla donde transportarle, en un abrir y cerrar los ojos, salían al exterior y emprendían el regreso a casa.

—Nosotros no quedaremos aquí a esperar a las autoridades —dijo, Braynning, viéndolos partir.

—Dejaré a algunos hombres para acompañaros.

—Gracias —dijo, Halfted, viendo como su hermana se había colocado a un lado de la camilla y le tomaba la mano con cariño, para acompañarle —parece que hemos llegado a tiempo —murmuro a nadie en particular.

—Eso parece —respondió, Braynning, aliviado —, tendrán la oportunidad de ser felices, ya no tenemos que preocuparnos por ello.

—Lo serán y nosotros también, si sobrevivimos a lo que nos espera en casa cuando regresemos.

—No me lo recuerdes, Emma, está tan enfadada que pasaran meses antes de que me perdone.

—Algo me dice que el invierno se ha vuelto más frío de lo que ya está siendo para nosotros.

—No tengo ninguna duda al respecto. Tendremos que echar mano del brandy para calentarnos —dijo, Braynning, yendo hacia el mueble de las bebidas para servirse una buena copa del ambarino licor.

—Esa es una gran idea, va a ser una noche muy larga —dijo, Halfred, acomodándose junto al fuego.

## Capítulo 22

Dos largos días habían pasado desde aquella infortunada noche y Mariam no se había movido de su lado desde que llegaron.

Había hecho traer a Freiya para que su padre la viera cuando despertara y juntas habían velado su sueño reparador.

El médico le visitaba dos veces al día, cada vez más convencido de que era un hombre joven y fuerte que en cualquier momento despertaría, pero aún no había dado muestra de ello y Mariam se sentía cada vez más asustada de que no lo hiciera.

Eran tantas las cosas que deseaba decirle que necesitaría el resto de sus vidas, hasta cuando fueran dos viejos ancianos, para hacerlo y no creía que aun así tuviera tiempo para decírselo todo, ni demostrarle lo que sentía su corazón, pensó, meciéndose suavemente, junto al fuego, con Freiya, dormida entre sus brazos.

—Moriría una y mil veces por poder despertar cada mañana, contemplando tan bella estampa de mi familia a mi lado —dijo, Alister, con la voz pastosa, que llevaba un rato contemplándolas en silencio, sin que ellas se percataran.

—Alister —chillo, Mariam, sobresaltada al oírle, haciendo que Freiya llorara en protesta por haberse visto privada de su placentero sueño —. Mira lo que has hecho —le regañó, tratando de calmarla hasta que se durmiera de nuevo.

—Ha merecido la pena —la aseguro, cerrando los ojos de nuevo.

No fue hasta bien entrada la noche que volvió a abrirlos, pero en esta ocasión encontró a Mariam acurrucada a su lado observándole.

—No duermes.

—Alguien tiene que cuidar de ti.

—Seguro que hay mil criados a los que podrías ordenarles que lo hicieran.

—Seguro, pero prefiero hacerlo yo —le respondió —¿algún problema?

—Ninguno, solo me preocupo por tu bienestar.

—No soy yo quien ha estado al borde de la muerte —le recordó, incorporándose un poco para poder mirarlo mejor.

—Tampoco hay que exagerar, solo ha sido un pinchacito de nada —dijo, tratando de quitarle importancia —. Ya casi ni me duele.

—Mejor —dijo, inclinándose sin poderse resistir por más tiempo para besarle, con todo

el cariño que albergaba su corazón.

Alister se sorprendió gratamente y respondió con toda el hambre que sentía por su querida esposa.

—Él, no te hizo nada —la pregunto, con la respiración entrecortada cuando logro separarse de sus labios.

—No, llegaste justo a tiempo —le respondió, agradecida por ello —solo pase un miedo atroz, pero nada comparado con el que sentí al ver que te perdía, sin poderte decir que te quiero —le confesó, con lágrimas en los ojos.

Lágrimas que se había obligado a no derramar, que ahora fluían como un pozo sin fondo.

Alister se movió para abrazarla y atraerla más cerca.

—Estoy aquí, sigo aquí —murmuraba sobre la tapa de su cabeza —, te amo, mi querida y valiente esposa, estaré aquí cada mañana para despertar a tu lado —la prometió, depositando suaves besos sobre su pelo.

Mariam levantó la cabeza para poder mirarle a los ojos, entre las lágrimas que nublaban su vista, las cuales aparto de un manotazo para poder verle mejor.

—Esa es una promesa que pienso hacerte cumplir cada día del resto de tu vida —le aseguro, inclinándose sobre él para sellar sus palabras con un tórrido beso.

Tras el cual, ambos se quedaron dormidos, abrazados, sabiendo que, por fin, su matrimonio había llegado a buen puerto.

# Fin

# Biografía:

Autora internacional de la saga “El Descaro de las Damas” la cual la llevo al éxito, manteniéndola en los primeros puestos de venta de su género.

Nacida en 1969, soñadora, romántica empedernida y amante de su familia, vive junto a su marido y sus dos hijas en una zona rural, rodeada de bellos paisajes, un pueblecito medieval cargado de historia que la sirven de inspiración.

Amante de los relatos ocultos en la historia y de las leyendas urbanas, que se transmiten de generación en generación, comenzando a coleccionarlas durante su adolescencia.